

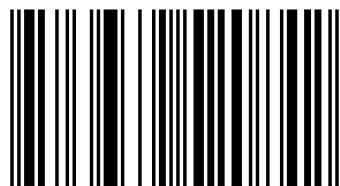
## Mi Iglesia y mi Credo

Un creyente busca decir su fe cristiana de manera creíble en el mundo actual. En primer lugar para sí y en segundo lugar para los hombres y las mujeres de hoy. Ha sido franciscano y sacerdote, y se ha dedicado a la enseñanza de la teología hasta hace tres años, cuando le fue retirada la licencia canónica y se vio obligado a dejar la Orden y el sacerdocio. A sus 60 años, hace balance: debió pasar del mundo agrícola y premoderno de su infancia y de su primera juventud a la Modernidad; luego, desde hace 20 años, su pensamiento y sensibilidad se han ido resituando en un mundo nuevo, en el que cuanto más aumenta el saber más crecen la conciencia de la ignorancia y el sentido del Misterio indecible. En este mundo, necesita vivir y decir su Credo cristiano y su pertenencia eclesial en un paradigma nuevo, radicalmente ecológico y pluralista. Este librito quiere ser un sencillo testimonio de esa búsqueda inacabada, arriesgada, apasionada. Quiere ser un acto de fe en el Espíritu de Dios que gime de dolor y de gozo en el corazón de los seres humanos y de todos los seres, de los átomos y de las galaxias, de la Tierra y del Cosmos.



### José Arregi

Nació en Azpeitia (País Vasco) en 1952. Es Doctor en teología por el Instituto Católico de París. Sus últimas obras: Cristianismo. Historia. Mundo moderno (Utopía, 2011); Jesús siglo XXI. Apuntes de cristología (Feadulta, 2011); Revivir el Evangelio. Repensar el cristianismo (Feadulta, 2012). Es profesor en la Universidad de Deusto.



978-3-639-52084-2

Mi Iglesia y mi Credo



José Arregi

## Mi Iglesia y mi Credo

Reflexiones sobre un cristianismo creíble para hoy

Arregi

CREDO  
EDICIONES

**José Arregi**

**Mi Iglesia y mi Credo**



**José Arregi**

# **Mi Iglesia y mi Credo**

**Reflexiones sobre un cristianismo creíble para hoy**

**CREDO EDICIONES**

## **Impressum / Aviso legal**

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Alle in diesem Buch genannten Marken und Produktnamen unterliegen warenzeichen-, marken- oder patentrechtlichem Schutz bzw. sind Warenzeichen oder eingetragene Warenzeichen der jeweiligen Inhaber. Die Wiedergabe von Marken, Produktnamen, Gebrauchsnamen, Handelsnamen, Warenbezeichnungen u.s.w. in diesem Werk berechtigt auch ohne besondere Kennzeichnung nicht zu der Annahme, dass solche Namen im Sinne der Warenzeichen- und Markenschutzgesetzgebung als frei zu betrachten wären und daher von jedermann benutzt werden dürften.

Información bibliográfica de la Deutsche Nationalbibliothek: La Deutsche Nationalbibliothek clasifica esta publicación en la Deutsche Nationalbibliografie; los datos bibliográficos detallados están disponibles en internet en <http://dnb.d-nb.de>.

Todos los nombres de marcas y nombres de productos mencionados en este libro están sujetos a la protección de marca comercial, marca registrada o patentes y son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de sus respectivos propietarios. La reproducción en esta obra de nombres de marcas, nombres de productos, nombres comunes, nombres comerciales, descripciones de productos, etc., incluso sin una indicación particular, de ninguna manera debe interpretarse como que estos nombres pueden ser considerados sin limitaciones en materia de marcas y legislación de protección de marcas y, por lo tanto, ser utilizados por cualquier persona.

Coverbild / Imagen de portada: [www.ingimage.com](http://www.ingimage.com)

Verlag / Editorial:

CREDO EDICIONES

ist ein Imprint der / es una marca de

OmniScriptum GmbH & Co. KG

Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Deutschland / Alemania

Email / Correo Electrónico: [info@credo-ediciones.com](mailto:info@credo-ediciones.com)

Herstellung: siehe letzte Seite /

Publicado en: consulte la última página

**ISBN: 978-3-639-52084-2**

Copyright / Propiedad literaria © 2013 OmniScriptum GmbH & Co. KG

Alle Rechte vorbehalten. / Todos los derechos reservados. Saarbrücken 2013

# **MI IGLESIA Y MI CREDO**

**José Arregi**

## **A modo de presentación. Un balance**

Tengo 60 años, con gran sorpresa de mi parte, y es buena ocasión para hacer un cierto balance de mi vida, de mi Credo (más allá de todo catecismo) y de mi Iglesia Católica (con mayúscula, más allá de todas las formas, siempre minúsculas).

No vengo a rendir cuentas ni menos aun a exigir las. No voy a narrar memorias del pasado ni a trazar programas de futuro. En esta hora de mi vida, solo quiero sentirme vivo y en gracia, dejándome envolver por la Luz y la Paz en medio de mis muchas sombras y ansiedades.

En esta hora de la Tierra y de mi vida, quiero ser Iglesia y rezar el Credo de la manera en que ahora me es posible, para sentirme sumergido en la gracia de vivir. El Credo y la Iglesia son formas relativas de lo único absoluto: la gracia de VIVIR compartida con todas las criaturas. Eso aprendo cuando miro a Jesús. Eso siento cuando digo “Dios”.

Mi historia no tiene nada de particular, más allá de la particularidad única de cada vida en cada momento. He llegado hasta aquí casi sin darme cuenta, por caminos imprevistos, como sucede a casi todas las personas. A los 10 años entré en el Seminario franciscano de Arantzazu, un sorprendente rincón del País Vasco, entrañable y escarpado, un santuario mariano que entre rocas y nubes se asoma al cielo y al barranco, sobrevolado por incansables golondrinas. A mis 57 años, en el 2010, el obispo de la diócesis (San Sebastián) me prohibió enseñar teología, predicar y escribir (aunque era

bien poco lo que escribía), alegando que mi heterodoxia “contaminaba” tanto a creyentes como a no creyentes. Entonces dejé la Orden para no crear problemas a mis hermanos franciscanos y poder yo mismo vivir en paz. Dejé también el sacerdocio clerical en el que ya no creía.

Y aquí estoy. Cada día me asombro de cuán distinto es el mundo en que vivo del mundo en que nací, cuán distinto era aquel mundo en que aprendí a rezar el Credo y a sentirme Iglesia, cuán diferente es este mundo de hoy en el que sigo rezando el Credo y sintiéndome Iglesia.

60 años no son muchos, pero es como si en ellos me hubiera tocado cambiar dos veces de era cultural y vivir en mi vida tres culturas distintas, tres visiones del mundo y tres paradigmas teológicos. Antes, las eras culturales perduraban milenios; creíamos que el cielo y la tierra estaban inmóviles, y que todo debía regirse por un orden inmutable; la Tierra era el centro del universo, y apenas el sol y la luna giraban lentamente alrededor de ella, para alumbrarnos de día y acompañarnos de noche y marcar los ritmos de la siembra y la cosecha. Pero hoy sabemos que la tierra gira a 30.000 km. por segundo. Todo en el universo –las galaxias quasi infinitas en número y dimensión, y los átomos quasi infinitos en sus partículas y ondas y vacíos–, todo está unido con todo, y todo se mueve y corre vertiginosamente. Es admirable más que vertiginoso (lo que produce vértigo y estragos es el ritmo del llamado “desarrollo económico”).

La cultura agraria se ha prolongado durante diez milenios –algo menos por estas tierras, donde aprendimos más tarde a cultivar la tierra y a criar animales–. Hace solamente doscientos años nació la era industrial, y la modernidad con ella. Pero ya estamos en otra era: en apenas doscientos años, la era industrial se ha transformado en era postindustrial, la era de la información; paralelamente, la cultura moderna, caracterizada por la fe laica en la razón científica y en el progreso, se ha transformado en cultura posmoderna, marcada por el estallido de la verdad, la fragmentación del saber, la evidencia de la incertidumbre y el reconocimiento del pluralismo en todos los campos.

En apenas doscientos años, hemos pasado de la premodernidad a la modernidad y de ésta a la posmodernidad.

Así pues, en mis 60 años de vida he conocido tres épocas culturales distintas, muy distintas. Y al decir “épocas culturales distintas”, me refiero a mi manera de ser creyente, de sentirme iglesia, de rezar el Credo. Durante casi 20 años, mi fe fue totalmente premoderna: la tierra el centro del universo presidido por Dios, Dios era el Ser y el Señor Supremo, la Biblia y los dogmas habían sido directamente revelados por Dios, lo sagrado era superior a todo lo profano, ser sacerdote era lo más grande, el pecado mortal lo más terrible, y el papa tenía siempre la última palabra.

El estudio de la filosofía y de la teología trajo consigo la duda, no exenta de angustias: había que reconciliar –no pocas veces un poco a la desesperada– la filosofía con la teología, la fe con la razón, el teocentrismo con el antropocentrismo, el poder de Dios con la libertad humana, la gracia con la responsabilidad, lo sagrado con lo profano, la transformación política del mundo con la esperanza del “más allá”, la verdad con la tolerancia, la religión con la laicidad, la encarnación única de Dios con el respeto de las religiones no cristianas. Tuve que modernizar mi Credo.

Pero para cuando creí haberlo logrado más o menos durante mis cuatro años del Instituto Católico en París, otro mundo se me abría, o más bien se me imponía. Uno de los detonantes decisivos fue el proceso de elaboración de la tesis doctoral sobre la relación del cristianismo con otras religiones a partir del teólogo suizo Hans Urs von Balthasar. Tres mundos se confrontaron entre sí dentro de mí: la teología básicamente premoderna de Von Balthasar (el cristianismo es la única religión revelada o al menos la única religión de la encarnación histórica de Dios), la teología moderna de Rahner (el cristianismo es la culminación histórica de la revelación y de la encarnación de Dios, que se da también en las otras religiones) y la teología claramente “posmoderna” de Panikkar (Dios tiene muchos nombres y se encarna de muchas maneras en todas las culturas y religiones). Opté por el tercer modelo más que nada porque los otros me

encerraban en un callejón sin salida y sin respiro. Pero el paradigma pluralista era también a su vez como un salto en el vacío, de modo que no había paz en mí (tampoco la hubo en el tribunal ante el que presenté la tesis, en enero de 1991).

En los años posteriores fui buscando dando forma a un paradigma teológico radicalmente pluralista, un paradigma ecológico y liberacionista: Dios no es un Ente, es el alma y el corazón del universo en expansión y en creación permanente sin centro alguno; es el Espíritu o la *Ruah* de la paz y del consuelo, que gime en la humanidad y en todas las criaturas, hasta la plena liberación, hasta la plena creación. Nuestra especie humana *Homo Sapiens*, aparecida hace nada más que 200.000 en este precioso planeta verde y azul, no es ni el centro ni la cima de la creación, ni siquiera el centro y la cima de este planeta, sino que es –nada más ni nada menos– una manifestación maravillosa y todavía inacabada de la creación en marcha, con un triple cerebro –de reptil, mamífero y humano– no muy bien coordinado entre sí, que no le permite más que una conciencia aún muy dormida y una paz muy frágil; un día desaparecerá, como todas las demás especies, pero seguirá desarrollándose la vida en la Tierra (y en otros planetas probablemente, aunque todavía nada podemos saber).

¿Y Jesús? Jesús –bendito sea!– es un individuo admirable de esta nuestra pobre y maravillosa especie humana; fue y sigue siendo –porque la Vida que se da no muere– profeta o sacramento o símbolo o encarnación de la Compasión liberadora y creadora; vivió la indignación y la paz, la rebeldía y la esperanza; no le importó la religión, sino la misericordia; no le importó la culpa, sino la curación; él no se opone ni excluye ni incluye a ningún otro sacramento de la Compasión divina, y será plenamente Cristo o Mesías o liberador, en comunión con todos los profetas y liberadores del pasado y del futuro, cuando todos los sueños que él llamaba “reino de Dios” se cumplan del todo. Mientras tanto, la vida en la Tierra seguirá; tiene aún por delante miles de millones de años, y muchísimo más en otras galaxias y planetas; y quiero pensar que aquí o en otro lugar aparecerán especies que puedan y acierten a vivir mejor que nosotros, en una paz

más estable y en una armonía mayor consigo mismo y con todos los seres, para gloria de la Vida o de Dios.

En eso estoy, ahí me muevo. Nunca había pensado en publicar un librito como éste, hasta que Credo Ediciones se empeñó en ello hace un par de meses, a raíz de mi artículo “100 días de papado” sobre el papa Francisco, de apenas dos páginas. Siguiendo su invitación, he reunido aquí diversos textos, la mayoría de ellos no publicados todavía en forma impresa. Si a alguien le pudieran servir de algo, debe agradecerse a la casa editorial.

“Mi Iglesia y mi Credo”: el título es cuando menos equívoco, y puede parecer presuntuoso. No son de ningún modo “mi” Iglesia ni “mi” Credo. No soy fundador de nada. Los artículos posesivos están de sobra. Y, sin embargo, ¿cómo ser Iglesia hoy si no es buscando ser libre, y cómo rezar el Credo de siempre si no es con aquellas palabras que a cada uno nos lleven hoy realmente a vivir?

## **Capítulo 1**

### **OTRO PARADIGMA PARA EL CRISTIANISMO**

## 50 años después...

Yo era un novicio franciscano de 16 años en el convento de Zarautz (País Vasco), cuando adquirí los documentos del Vaticano II por 500 pesetas. Era el año 1969.

¡Cuánto han cambiado las cosas desde aquel noviciado! Aquellas 500 pesetas hoy serían 3 euros, pero entonces era el sueldo de 20 horas de trabajo. Entonces éramos 21 novicios en la sola provincia franciscana de Arantzazu; hoy, en el noviciado común de las ocho provincias franciscanas juntas del Estado español, apenas cuentan con un novicio por año. Acababa de pasar Mayo 68 y un mundo nuevo ya estaba emergiendo con fuerza, pero a la gran mayoría de los franciscanos nos era todavía totalmente ajeno.

Ya estaban también abriéndose paso, entre dudas y grandes obstáculos, una nueva iglesia y una nueva teología, la teología y la Iglesia del Vaticano II, pero la mayoría de los cristianos del País Vasco (y de España) estábamos aún muy lejos de asimilarlas. Y eso que hacía más de tres años que había concluido el Concilio Vaticano II, y sus documentos en español iban ya por la 6ª edición...

Algunos, sin embargo –no pocos– apuntaban ya mucho más allá del Vaticano II. Hacía tres años que el episcopado holandés –¡el episcopado en pleno de uno de los países pioneros de Europa!– había publicado el famoso *Nuevo Catecismo para Adultos* conocido como “Catecismo Holandés”, que la Editorial Herder traduciría al español aquel mismo año de mi noviciado. Un Catecismo que proponía la reinterpretación desmitologizada de los dogmas tradicionales: el pecado original, la concepción virginal,

la divinidad de Jesús, la expiación, la transubstanciación, la Inmaculada Concepción, la infalibilidad y el primado del papa... La historia que siguió es de sobra conocida: Pablo VI declaró estar “perplejo” ante dicho Catecismo y obligó a los obispos holandeses a añadir un apéndice correctivo.

Hoy sería inimaginable que toda una conferencia episcopal de un país cualquiera publicara un texto semejante al Catecismo Holandés de hace 47 años... Pero es indispensable que la iglesia institucional recupere aquellas vetas de renovación eclesial y teológica que algunos adelantados abrieron antes, durante y después del Concilio: Congar, Häring, Rahner, Schillebeeckx, Küng... y el episcopado holandés y su Catecismo.

Ahora bien, ellos nunca pretendieron decir la última palabra de la teología. Hoy no bastaría, pues, con repetirles. Tendríamos que prolongar su impulso y su libertad de Espíritu, y seguir haciendo lo que ellos quisieron hacer: vivir y anunciar el Evangelio de Jesús en un mundo que cambia.

50 años después del Vaticano II, la melodía y la letra vuelven a ser muy distintas. Solo 15 años después de aquel Concilio, se impuso un nuevo rumbo a la barca eclesial. Y en ese rumbo seguimos, a pesar de unas tímidas señales de cambio con el papa Francisco que –ya se deban a una voluntad real de cambio, ya sean mera operación estratégica de maquillaje institucional– no creo que vayan a llegar al fondo de la cuestiones.

50 años después del Concilio, la iglesia institucional volvió a estar muy lejos del mundo, muy lejos de los hombres y de las mujeres de hoy, de sus gozos y angustias. Volvió a condenar al mundo, volvió a reprobarnos los pareceres y sentimientos de las gentes de nuestro tiempo, expulsó de su propio seno a muchos de sus mejores miembros.

La involución se puso en marcha hace 33 años, con el papa Juan Pablo II. Y con Benedicto XVI avanzó con mayor ímpetu y velocidad. Y con el papa Francisco está por ver si a su estilo novedoso le seguirá un camino nuevo.

De momento avanza el retroceso. Y la tarea es tan grande –un salto mortal de dos eras culturales, desde la premodernidad en la que aún sigue anclada hasta la posmodernidad o era postindustrial de la información; un cambio drástico de paradigma teológico, la transformación radical de la institución eclesial y en concreto del papado y de todos los ministerios, la renuncia al poder absoluto, la plena democratización...–, es tan grande la tarea, que se me antoja imposible en este papado. Pero el tiempo dirá.

## Paradigma viejo, paradigma nuevo

El cristianismo tradicional –y también el Concilio Vaticano II– responde de lleno al antiguo paradigma. ¿Cuál?

- Un paradigma estático, donde el mundo se rige por leyes mecánicas e invariables, como un engranaje inamovible.
- Un paradigma *dualista* donde Dios y mundo son dos, donde Dios es un Ente Supremo personal y el mundo ha sido creado de la nada y es regido por Dios desde fuera. Un paradigma dualista en el que también se contraponen como realidades distintas y separables –y subordinadas entre sí– la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, el más acá y el más allá, la vida presente y la vida futura...
- Un paradigma *antropocéntrico* donde el ser humano es el centro y la cumbre de la creación y del universo entero.
- Un paradigma *eclesiocéntrico* donde no hay más que una religión verdadera y una sola Iglesia verdadera, fuera de la cual no hay salvación, a no ser por gracia y excepción divina.
- Un paradigma *jesucéntrico* donde el hombre histórico y particular Jesús de Nazaret es la única revelación acabada de Dios, la única encarnación plena de Dios, y el único salvador definitivo.

Ese paradigma teológico es insostenible. Solo podrá ser mantenido en círculos marginales y cerrados, fundamentalistas más o menos agresivos.

Si la Iglesia quiere anunciar hoy lo que Jesús anunció, si quiere ofrecer a los hombres y mujeres de hoy la liberación y la curación que Jesús les ofreció, debe hablar en otra lengua, en otro paradigma. Pero no se trata solo de traducir sus palabras viejas a una lengua nueva, como se hace en un diccionario. Se trata más bien de situarse en el mundo de otra manera: de mirar y de vivir y de relacionarse con todos los seres con un corazón y una mente distinta. Es necesario abrazar otro paradigma. ¿Cuál?

- Un paradigma *holístico*, no dualista, donde todo está relacionado con todo, desde los átomos hasta las galaxias.
- Un paradigma *dinámico*, no estático, donde todo está en permanente transformación, donde la evolución sigue en marcha, y no podemos saber exactamente hacia dónde.
- Un paradigma *ecológico*, no antropocéntrico, donde todos los seres en todo el universo constituyen una única comunidad, y donde unos seres no están “más arriba” ni son “más dignos” que otros.
- Un paradigma *pluralista*, no exclusivista ni inclusivista, donde una religión no es, de por sí, más “verdadera” que otra religión cualquiera, ni más “espiritual” que la negación de toda religión.

En ese nuevo paradigma, es preciso revisar y reinterpretar a fondo el concepto mismo de dogma y todos los dogmas, si realmente queremos que anuncien algo comprensible y sanador a los hombres y a las mujeres de hoy.

Es indispensable superar la imagen de un Dios Ente supremo, separado y onnipotente, que interviene en el mundo desde fuera y en ocasiones, cuando quiere, de modo “milagroso”.

Es necesario superar el exclusivismo cristiano, que entiende a Jesús como la única revelación y encarnación plena de Dios en el mundo. Es urgente entender su “divinidad” como realización de la humanidad o de la bondad, sin querer medirla ni compararla con nada, con nadie.

Es urgente aplicar los principios democráticos a todos los niveles de la Iglesia y en todas sus instituciones.

Es inaplazable reconocer la igualdad de la mujer en la Iglesia a todos los efectos en todo lo que tiene que ver con la distribución del poder y de las funciones.

Es imprescindible aceptar que todas las normas morales, en cuanto normas concretas, son relativas y cambiantes; es imprescindible, en concreto, revisar por entero todos los planteamientos relacionados con la sexualidad (divorcio, homosexualidad...) o referidos a la vida (investigación genética, métodos de reproducción, métodos de contracepción, control de natalidad, aborto, eutanasia...).

Es imperioso, en esta sociedad pluralista en que vivimos, asumir el principio de una sociedad laica, es decir, plural, en todos los campos ligados a la convivencia pública.

Y es preciso asumir a todos los niveles el no saber, la complejidad y la incertidumbre como rasgos constitutivos de nuestra cultura, así como su corolario básico, el pluralismo, y la exigencia fundamental del pluralismo: el diálogo.

¿Qué forma adoptaría el cristianismo en este nuevo paradigma, con estas transformaciones radicales? No lo podemos saber exactamente. Lo que sí podemos prever con bastante exactitud es que, fuera de este paradigma, el cristianismo será, al menos en nuestra sociedad occidental, un fenómeno social y culturalmente marginal. Ya está sucediendo.

## **Cristianismo en un paradigma ecológico<sup>1</sup>**

Todas las expresiones de la religión –creencias, normas, ritos- son formas culturales. Y surgen, se transforman o desaparecen como todas las formas culturales. Como todo lo que vive, o como todo lo que es. El universo se mueve, animado por el Espíritu divino que en el principio aleteaba o vibraba sobre el caos y sigue latiendo o vibrando sin cesar en el corazón de todos los seres.

Una de las transformaciones decisivas que las ciencias, la espiritualidad y la cultura en general están pidiendo con urgencia a las tradiciones religiosas es el paso de un paradigma antropocéntrico a un paradigma ecológico. Yo me referiré en especial al cristianismo.

Todo el edificio teológico cristiano está construido a imagen y a medida del ser humano, de este pobre *Homo Sapiens* que somos y que apareció en África hace apenas 200.000 años. Supone que el hombre es el centro de la tierra, y la tierra el centro del universo; que el hombre es la última obra, la obra perfecta –consciente, libre y acabada– de Dios en el sexto día de la obra creadora; que el hombre es la meta y la corona, el sentido y el señor de toda la creación; que el hombre es el criterio de la ética, y que lo que es bueno para el hombre, eso es lo bueno sin más; y que el cielo será solo para el hombre (al menos de eso se verán libres las demás criaturas... ¡Todas las criaturas, incluido el hombre, se verán libres de ese infierno! Pero tendrán bastante con el que el

---

<sup>1</sup> Publicado en catalán en *Dialogal* 46 (2013).

propio hombre les hará padecer en la tierra). ¡Pobre hombre sobredimensionado, víctima de su propia presunción! Y digo “hombre”, pues la mujer queda relegada.

¿Y Dios? Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, dice la Biblia, pero salta a la vista que el Dios de la Biblia es un Dios creado por el hombre a su imagen y semejanza: es un Dios que mira y siente, escucha y responde, prefiere y rechaza, elige y desdeña, promete y niega, ordena y juzga, perdona y castiga, cura e hiere... como un ser humano, todavía inhumano, solo que omnipotente. ¡Pobre Dios, convertido en Superhombre para desgracia de los seres humanos y de toda la creación!

¿Y Jesús? Él sí, fue un hombre extraordinariamente humano, libre y hermano, profeta y sanador. Sus discípulas y discípulos reconocieron en él la bondad liberadora y el Espíritu creador que alienta en el corazón de todos los seres, y esto les llenó de esperanza y consuelo para vivir como Jesús. Pero luego los dogmas y la tradición cristiana volvieron a encerrar a Jesús en el estrecho esquema de un mundo y de un Dios a medida humana. Olvidaron el Espíritu divino que alienta en toda carne.

Así llegaron a pensar y seguimos pensando que, en los casi 14.000 millones de años de este universo desde el Big Bang, el Dios lejano y separado se ha encarnado solo una vez, hace 2000 años, asumiendo en Jesús una “naturaleza” que le sería ajena. Y yo me pregunto: “Si dentro de muchos millones de años surgieran en la Tierra unos seres – humanos o no– mucho más inteligentes y espirituales que nosotros, ¿deberían seguir creyendo que Dios se encarnó solamente en un arcaico *Homo Sapiens* desaparecido millones de años atrás? Y si en el inmenso universo se hallaran alguna vez seres tan inteligentes y espirituales o mucho más que nosotros, ¿se les debería hacer creer que Dios se encarnó solamente en este planeta nuestro y en esta maravillosa pero aún incipiente especie que somos, en evolución hacia una forma aún desconocida?

Hay que liberar al cristianismo de ese estrecho marco antropocéntrico. Así no pierde nada de su poder inspirador, sino más bien al contrario: el ser humano se vuelve más hermano de todos los seres y se hace más imagen de Dios. Dios aparece como la

misteriosa Comunión creadora de cuanto es. Jesús es confesado como testigo y sacramento, admirable en su finitud y particularidad, del Espíritu que goza y gime en la creación entera hasta que Dios sea todo en todas las cosas.

## Neuroteología<sup>2</sup>

Leo que científicos británicos han creado un “androide”, un robot capaz de pensar, y me quedo pensativo, imaginando con cierta confusión una máquina preguntándose a sí misma: “¿Yo qué soy?”. Inmediatamente, la pregunta rebota y me la dirijo a mí mismo con la misma confusión: “¿Y yo? ¿Qué soy yo?”.

Las ciencias modernas estimulan a la teología con nuevos interrogantes y búsquedas. Y las neurociencias –junto con las diversas ramas de la biogenética– se llevan en ello la palma. Sus investigaciones, todavía incipientes, nos abren a descubrimientos insospechables que cambiarán nuestro mundo. Todos los campos del saber y de la vida ya se están resituando: no solo se habla de neuropsiquiatría y de neurolingüística, sino también de neuroeconomía, neuropolítica, neurocultura, neuroderecho, neuroética. Y también de neuroteología. Con razón.

El conocimiento de las neuronas y de su funcionamiento es tan provocador e incitante para la teología como lo fue el descubrimiento de que la tierra gira en torno al sol o de que la vida aparece y se desarrolla por la evolución. O mucho más. Vemos, oímos, olemos, saboreamos gracias y de acuerdo a las neuronas, esas células físicas especializadas en enviar, recibir, almacenar, procesar señales de información; gracias y de acuerdo a ellas y a sus innumerables conexiones o sinapsis, que se cuentan por billones, trillones o cuatrillones, somos “un cuerpo orgánico” y un “yo espiritual”.

---

<sup>2</sup> Publicado en catalán en *Dialogal* 47 (2013).

Pensamos, sentimos, cantamos, bailamos, lloramos, reímos, recordamos, admiramos, tememos, amamos, odiamos según cómo sean y funcionen las neuronas. Somos fieles o infieles, generosos o egoístas, felices o desgraciados según cómo sean y funcionen las neuronas. E igualmente “creemos en Dios” y rezamos según sean y funcionen nuestras neuronas, si bien –observación importante– el conjunto de las funciones neuronales modelan a su vez las neuronas y sus relaciones.

En cualquier caso, lo que llamamos “yo”, “alma” o “espíritu” no es más que el “todo” o la forma que adopta el conjunto de las funciones neuronales en cada momento de nuestra vida, si bien –observación igualmente importante– en todos los organismos el “todo” es más que la suma de las partes. Somos neuronas, que son células, que son materia, que es energía, que no sabemos qué es. Lo cierto es que la realidad no está compuesta de materia y espíritu. En realidad, “materia”, “espíritu”... son formas en que nuestras neuronas captan la realidad. ¿Y “Dios”? No puede ser pensado como “puro espíritu”, en contraposición a la materia. Ni como Alguien o Algo separado de la Realidad total de cuanto existe. Podría ser pensado como el “Todo”, la “Forma” o el “Alma” de la Realidad, o como el Fondo o la Conciencia o el Ser o el Amor de todo lo que es.

Ya no podemos hablar de transcendencia, dignidad, libertad, pecado, perdón... como si no fuéramos animales emergentes de las neuronas, como todos los demás animales, que poseen neuronas, salvo las esponjas. ¿Y entonces? ¿Qué tenemos de particular los seres humanos? Alguna neurona complicada provoca en nosotros esa necesidad de ser únicos en el mundo: es nuestro problema. Tu cerebro tiene unos 100.000.000.000 de neuronas, una ballena y un elefante tienen el doble –aunque en un cuerpo muchísimo más grande–, un pulpo tiene 300.000.000, un perro 160.000.000, un ratón 4.000.000, una hormiga 10.000, un gusano nematodo 302... Los orangutanes, con sus neuronas, planifican sus rutas de viaje y las comunican a sus congéneres. Cada ser en el universo es absolutamente único, y nadie es superior a nadie en dignidad.

No es descartable que haya en el universo –o incluso “fabriquemos”, gracias a la neurotecnología y la ingeniería genética– seres más inteligentes que nosotros, y es más probable que en la Tierra, dentro de muchos millones de años, vivan seres no humanos mucho más inteligentes o “espirituales” que nosotros (y que Buda o Jesús de Nazaret...). Científicos de la Universidad de California-Irvine han conseguido crear y borrar recuerdos manipulando las neuronas de unos ratones. Científicos austríacos acaban de crear un “microcerebro” humano, aunque no han encontrado por ahora quien esté dispuesto a que se lo trasplanten.

¿Y entonces? Todo es más maravilloso. Las preguntas valen más que las respuestas. Las respuestas valen en la medida en que suscitan nuevas preguntas. Nuevas preguntas nos abren a nuevos caminos en nuestra manera no solo de pensar, sino sobre todo de sentir, de mirar, de vivir.

¡Qué aburrida resulta una teología que se limita a repetir! ¡Cuán tediosos y estériles son esos manuales y textos, que vuelven a proliferar en nuestras facultades de teología y se limitan a repetir respuestas del pasado para preguntas del pasado! No hay revelación en la mera repetición. Los textos sagrados, o los dogmas de ayer, están llamados a ser cada vez revelación nueva. La lectura se vuelve descubrimiento y sorpresa. El texto del pasado nos abre al futuro. Se da revelación. Solo se da revelación cuando nos acercamos a la Zarza Ardiente con los pies descalzos, la mente desnuda de saberes y el corazón abierto. Con nuevas preguntas.

Así avanzan las ciencias, y también la teología. Claro que la teología no avanza como las ciencias positivas, acumulando conocimientos empíricamente verificados, pero también la teología –al igual que la filosofía, o el conocimiento simbólico en general– se nutre de preguntas, se inspira en la admiración, y avanza en el no-saber, y solo así acoge chispas de luz para la vida.

## La religión y las creencias<sup>3</sup>

Todas las religiones tradicionales –pero también los Nuevos Movimientos Espirituales– conllevan creencias: “Dios” como Persona o Ente Supremo, la elección de Israel, la encarnación de Dios en Jesús de madre virginal, la revelación del Corán a Muhammad por el ángel Gibril (Gabriel), el *samsara* sin fin, la reencarnación según el karma, la acumulación de méritos por los mantras... o la previsión del futuro en el calendario maya de las trece lunas.

¿Esas creencias u otras, innumerables, son esenciales en las respectivas religiones? O dicho de otra forma: ¿qué es lo esencial en tales creencias? Entablaríamos una discusión sin fin. Pues bien, esa discusión sobre las propias creencias ha tenido lugar siempre en el seno de todas las tradiciones religiosas. Todas las creencias, sin excepción, han sido objeto de discusión en el interior de la propia religión.

Es decir: todas las creencias son discutibles. La historia lo demuestra y el sentido común –o la razón, o la palabra– lo exigen. La razón y la palabra hacen inevitable que reinterpretemos en nuestro tiempo las creencias del pasado. Lo que en otro tiempo fue creíble para la mayoría tal vez hoy ya no lo sea para muchos. Las creencias dependen siempre de la cultura, la filosofía o la imagen del mundo de cada época. Y el futuro de todas las creencias, más que nunca y más que de ninguna otra cosa, depende hoy de las ciencias empíricas.

---

<sup>3</sup> Publicado en catalán en *Dialogal* 42 (2012).

El estatuto de las creencias y su evolución futura depende también, hoy de manera muy particular, de la globalización de la información y de la pluralidad religioso-cultural creciente de nuestras sociedades. Si yo creo que Jesús es la única revelación plena y definitiva de Dios, y conozco a mi lado a un musulmán para quien el Corán revelado al Profeta es la última y plena revelación de Allah, me encuentro en un aprieto: uno de los dos se equivoca. ¿Y si, en nuestras creencias y pretensiones exclusivistas, los dos estuviéramos equivocados? No podré eludir el interrogante. Y ésa es la gracia de nuestro tiempo: ensanchar la mente y el corazón más allá del límite de nuestras creencias particulares, confesionales.

Pero nuestro tiempo tiene también su gran tentación, la más grave para una religión: el fundamentalismo. El imparable avance de la investigación científica, la multiplicación de la información y la interrelación creciente de las religiones provocan fácilmente la zozobra del creyente: “¿Y si yo estuviera errado? ¿Y si todo fuese mentira?”. Una oscura fuerza, contraria a la espiritualidad, empuja entonces al creyente a conjurar la inseguridad aferrándose a sus creencias y condenando a su vecino de otra religión.

Pero es una gran pena. Pues aquel que se encastilla en sus creencias no hallará paz en su corazón ni podrá vivir en paz con su hermano. Ni podrá vivir a fondo su propia religión, pues se cierra al Espíritu de la libertad, el consuelo y la fraternidad universal, que es lo único esencial de todas las religiones, más allá de las creencias.

## ¿Hacia el fin de las religiones?<sup>4</sup>

Hace algo más de un año, la Comisión Teológica de la EATWOT (*Ecumenical Association of Third World Theologians*) difundió un documento de reflexión que, efectivamente, merece reflexión. El título es provocador (“Hacia un paradigma pos-religional”), y el contenido no lo es menos, viniendo como viene de una asociación de teólogas/os cristianos. Afirma nada menos que el cristianismo como religión es como un *Titanic* que se hunde irremediamente, incapaz como es de flotar en las aguas profundas de la actual “sociedad del conocimiento”.

Y no se refiere solamente al cristianismo, sino a todas las religiones, grandes o pequeñas, edificadas sobre un paradigma, una cosmovisión, un imaginario que vienen de tiempos remotos y hoy nos resultan totalmente ajenos: mitos entendidos como relatos verídicos de hechos que alguna vez tuvieron lugar; seres espirituales invisibles pero activos en este mundo, como dioses, ángeles o demonios; un “Dios” único como ser personal supremo, anterior y exterior al mundo visible, que se revela y habla cuando quiere, elige al que quiere, dicta leyes y juzga con justicia, si quiere perdona y si quiere castiga; unas escrituras sagradas reveladas e intocables; un código de normas morales que hay que acatar porque está mandado; un credo de verdades que hay que creer porque ha sido revelado; unos sacrificios y ritos que aseguran la expiación de los “pecados” o la comunión con la “divinidad”; una organización jerárquica, presidida por un clero

---

<sup>4</sup> Publicado en catalán en *Dialogal* 43 (2012)

(masculino) dotado de poderes sagrados, intérprete último del bien y la verdad; un cosmos con la Tierra como centro, y una Tierra con el ser humano como centro; y un “más allá” concebido a imagen y en paralelo del “más acá”...

Son elementos de una visión del mundo que fue tomando forma desde hace 10.000 años, a medida que el *Homo Sapiens* iba pasando de la caza y de la recolección a la ganadería y la agricultura, de una vida nómada en grupos pequeños a una vida sedentaria en aldeas o ciudades. Entonces nació la “religión” tal como se ha conocido desde entonces hasta hoy. En efecto, prácticamente todas las religiones del mundo, pasadas y presentes, están básicamente sustentadas sobre ese paradigma “religional”.

Pues bien, ese paradigma ya no se sostiene. Las ciencias han abierto grietas irreparables; una cosmovisión milenaria se ha resquebrajado, y todas las religiones – incluido el cristianismo– sustentadas en ella se están desmoronando al fallar los cimientos. La crisis de las religiones no es una crisis pasajera y regional, por mucho que se empeñen sus asustados y fervientes defensores. Lo que pasa en América del Norte pasa también en América del Sur. Lo que pasa en Europa pasa también en África y en Asia.

Pero no se hundirá el mundo –ni la estética ni la ética ni la mística–, porque se hundan estas religiones. El mundo, lleno de Espíritu, existía antes y existirá después de ellas. Que el mundo sea: he ahí el Misterio. La belleza y la ternura: he ahí el Milagro que nos sostiene. Mirar el Misterio y cuidar el Milagro: he ahí la verdadera mística, con religión o sin ella.

## ¿Predecir o preparar?<sup>5</sup>

Los antiguos observaban el vuelo, el canto o las vísceras de las aves para predecir el futuro. Supongo que los hechos de vez en cuando, por simple ley de probabilidades, darían razón a los augures, y éstos se verían confirmados en su sistema de predicción. Hoy que sabemos más, somos más cautos, nos sentimos incapaces de adivinar el porvenir. Crece la ciencia y aumenta la ignorancia (o su conciencia).

Somos, sí, y por primera vez en la historia, capaces de predecir de modo bastante fiable el tiempo meteorológico con 8 días de antelación, gracias a los mapas de los satélites. Pero nadie es capaz todavía de predecir el tiempo a un mes vista. Nos dicen que el tiempo es un típico fenómeno caótico: un mínimo factor en el origen de un proceso muy complejo puede cambiar totalmente el resultado final del proceso. El vuelo de una mariposa en el Amazonas puede determinar que, dentro de un tiempo, en Barcelona llueva o luzca el sol.

¿Quién se atreve a predecir el futuro de las religiones en las sociedades desarrolladas? Los teóricos de la secularización que auguraban la desaparición de la religión de la escena pública en las sociedades modernas se han equivocado. Pero seguimos queriendo prever el futuro. Según recientes estudios, hacia 2050, el cristianismo habrá aumentado en número en el conjunto del planeta debido al crecimiento demográfico de los países del Sur y de la mano, sobre todo, de los

---

<sup>5</sup> Publicado en catalán en *Dailogal* 44 (2012).

movimientos evangélicos populistas (no de las iglesias tradicionales, católicas y protestantes); también el islam habrá progresado, pero no en Europa ni Asia; el hinduismo y el budismo se mantendrán, al igual que el judaísmo (aunque éste bien podría descender). Otros estudios anuncian drásticamente que las religiones desaparecerán pronto del todo en 9 de los países más desarrollados: Australia, Austria, Canadá, Finlandia, Irlanda, Nueva Zelanda, Holanda, República Checa y Suiza.

El tiempo dirá. Pero ¿de qué sirve prever el futuro, sino para vivir el presente y así preparar el futuro? No conocemos el porvenir, pues depende de demasiados factores imposibles de controlar. Pero hemos de vivir en el presente de acuerdo al porvenir que deseamos preparar para la religión y las religiones. Y ello requiere saber discernir hoy en las religiones lo esencial de lo accidental. Hay creencias, normas y formas del pasado que es imposible seguir manteniendo, o porque ya no resultan razonables o porque constriñen la vida en vez de animarla.

Vivir hoy la religión, preparando su futuro, es decir: dejarnos penetrar por el soplo refrescante y consolador del Espíritu, alma de nuestro tiempo, alma de nuestra alma, alma de los seres que quieren respirar y vivir. Todas las formas son pasajeras. El Espíritu renueva la vida, renueva a los seres, renueva a las instituciones religiosas, para que sigan cuidando la vida en un mundo cambiante y complejo, herido y vulnerable, global y plural.

No conozco el futuro de las religiones, pero quiero que se transformen, para que sigan siendo aquello que en su fuente verdadera siempre quisieron ser: palabra de aliento, germen de vida, levadura de transformación.

## **Es hora de reinventar**

El cristianismo, como todas las grandes religiones, se sustentan en un paradigma que ya resulta insostenible: una visión del mundo, una imagen de “Dios”, unas creencias y unas instituciones religiosas que chocan con la cultura media del hombre y de la mujer de hoy, al menos en esto que llamamos Occidente.

No creemos lo que queremos, sino lo que podemos creer. Pues bien, resulta que buena parte del catecismo, de la moral y del ritual cristiano –en especial católico– ya no resulta creíble a la inmensa mayoría de la gente.

En un mundo donde todo cambia sin cesar, donde todo es fruto de la evolución y de la transformación constante, las verdades inmutables, las normas morales rígidas y las estructuras estáticas ya no tienen sentido.

En un mundo donde las ciencias descubren cada día su propia ignorancia y la incertidumbre constitutiva de la propia realidad, las certezas dogmáticas resultan no solo ingenuas, sino incluso peligrosas.

En un mundo radicalmente plural y fragmentario, la pretensión de ser la religión verdadera o de poseer la verdad absoluta resulta una verdadera amenaza para una convivencia en respeto y tolerancia mutua.

En un mundo que quiere regirse –aunque apenas lo logre– por los principios democráticos, la estructura jerárquica y clerical de la Iglesia (sacerdotes elegidos y ordenados por un obispo, obispos presididos por un papa infalible e investido de

poder absoluto, un papa elegido por unos cardenales elegidos por el papa anterior) resulta simplemente caricaturesco.

Cualquier niño sabe que al rey no lo ha puesto ningún dios, y tampoco al obispo o al papa, por la misma razón. Y cualquiera que conozca un poco del Jesús histórico, sabe que nunca fundó una religión y menos aun una “iglesia” clerical y jerárquica, que ni siquiera se le pudo pasar por la cabeza nada semejante, pues él estaba convencido de que otro mundo justo y feliz –que él llamaba “reino de Dios”, aunque es seguro que hoy no lo llamaría de esa manera– estaba a punto de florecer en este mundo, que ya estaba floreciendo con él, en su compasión sanadora y en su buena noticia de liberación para los pobres. A ello se entregó en cuerpo y alma, arriesgando la vida. Y siempre desconfió del templo, de los sacerdotes y de los puros. Él confiaba en el poder de la ternura más allá de todas las leyes. A él le movía el Espíritu de la libertad y de la bondad creadora, para salud de la vida.

Y a pesar del fracaso, no dejó de confiar. Y a su muerte de condenado en la cruz, sus discípulas y discípulos la llamaron pascua, y siguieron creyendo y promoviendo en su nombre la renovación de la vida, la paz del corazón, la no violencia activa, la fraternidad sin límites. Luego vino una iglesia cada vez más estructurada, rígida y aliada del poder. Es comprensible, pero no responde a lo que Jesús quiso y el Espíritu sueña en el corazón de las criaturas. Pero el Espíritu es una fuerza imparabile, una presencia imposible de ocultar, imposible de atar a ninguna institución.

Es hora de que la Iglesia se libere de lenguajes y de imaginarios caducos, de doctrinas trasnochadas, de creencias insostenibles, de obsesiones morales estrechas. Es hora de que vuelva a Jesús, al Evangelio, al Espíritu. Es hora de reinventar la palabra, de reinterpretar los dogmas, de renovar estructuras. Tal vez ya es tarde, pero no importa: la Vida brotará, ya está brotando de otra forma en otros lugares. El aliento y el consuelo del Espíritu son universales.

## Capítulo 2

### **EL PAPADO PRISIONERO DEL PODER ABSOLUTO**

## **El papado, un atolladero**

La personalidad y la mentalidad de los papas pueden ser un grave problema, una pesada rémora para la Iglesia católica en el mundo de hoy. Pueden condenar el movimiento liberador que Jesús puso en marcha al inmovilismo alienante, al ostracismo social. Traición del evangelio. Lo hemos visto claramente con Juan Pablo II y con Benedicto XVI. Han alejado a la Iglesia católica de la cultura actual, y la han alineado con el neoliberalismo político-económico de los poderosos. Lo contrario de Jesús.

Pero el problema más grave no es la persona de los papas, sino el sistema del papado. El papado está prisionero de su poder absoluto. Nada podrá cambiar en la Iglesia católica mientras no se remuevan los dos dogmas que la atan de pies y manos al poder personal absoluto de los papas: su potestad de jurisdicción sobre todas las iglesias y su infalibilidad personal en cuestiones de “fe y moral” expresadas “ex cathedra”. Puede llegar un papa dialogante y abierto que promueva reformas. ¡Qué alivio para la Iglesia! Pero podrá seguirle otro papa de estilo y de ideas contrarias que desande todo el camino avanzado. ¡Qué frustración! Y así sucesivamente.

La Iglesia católica estará condenada a depender del papa de turno y seguirá oscilando entre la ilusión y el desengaño, mientras no se dé una reforma radical del papado. El problema no es el papa, sino más bien el papado. Nada decisivo cambiará en la Iglesia católica mientras no desaparezca el poder absoluto del papa, mientras no se implante una verdadera democracia. ¿Que la Iglesia no es una democracia

parlamentaria? Claro que no, pero no porque sea menos, sino porque ha de ser mucho más democrática que estas democracias parlamentarias al uso que rigen nuestros estados, dominados por unos partidos que miran más a sus propios intereses que a la voluntad y al bien de las ciudadanas y ciudadanos. “No ha de ser así entre vosotros”, dijo Jesús. Pero no para volver al autoritarismo jerárquico y sacerdotal que él precisamente quiso romper, sino para dejarse guiar por el Espíritu que habita y gime en todos los seres hasta que todas las criaturas sean libres.

Es lo que quieren ilustrar los tres breves artículos que siguen, publicados respectivamente con ocasión de la renuncia de Benedicto XVI, de la elección de Francisco y de sus 100 días de papado.

## **La renuncia de Benedicto XVI<sup>6</sup>**

La Iglesia vuelve a ser espectáculo, no buena noticia. Y así seguiremos en los próximos meses. ¡Qué pena en un mundo tan necesitado de consuelo y esperanza!

Que un papa, a los 85 años y enfermo, se despoje de la tiara y descienda del trono, renunciando al poder religioso más arbitrario y absoluto jamás imaginado, ¿qué tiene de extraño en los tiempos que corren? Tiene de extraño que se limite a eso: a una renuncia personal. Y, sin embargo, ha sido celebrada por clérigos y laicos bien intencionados como un gesto de libertad, valentía y dignidad, e incluso de humildad.

No niego que lo sea. Es digno y humano decir: “No tengo fuerzas, no puedo más”, o decir también: “Estoy harto de este mundo vaticano y me voy”. ¿Y quién sabe si no ha sido más lo segundo que lo primero? Ha sido valiente y libre al hacer frente a las presiones de muchos curiales que querían seguir aprovechando la debilidad del pontífice para seguir ejerciendo su poder en la sombra. Pero ¿su renuncia no constituye a la vez un acto de rendición frente a esa oscura maquinaria de poder que es el Vaticano? Es humano que un papa anciano y enfermo se retire a un monasterio de clausura para dedicar sus últimos años a disfrutar en paz orando, leyendo, escuchando música y tocando el piano. Pero ¿no es también una dejación haberse retirado sin antes saldar de una vez las pesadas cuentas del papado ante la Iglesia y la historia?

---

<sup>6</sup> Publicado en DEIA y en los otros diarios del Grupo NOTICIAS del País Vasco el 17 de febrero de 2013, recogido luego en diversas páginas web.

No reprocho nada a su persona. Es un hombre de gran calidad humana. No hay más que mirar sus ojos limpios llenos de inteligencia, su sonrisa diáfana, su estilo discreto, su falta de ambición, su trato bondadoso y afable. Pero la persona es inseparable del papel que desempeña dentro de un sistema, y en el caso del papa es inevitable que la persona, por admirable que sea, quede aplastada por un papel y un poder desorbitado, dentro de un sistema perverso: un papa elige a los cardenales que elegirán al siguiente papa, el cual impondrá a todos como voluntad divina lo que son en realidad sus propios criterios personales. Así es como Benedicto XVI, primero por mano de Juan Pablo II y luego por su propia mano, ha enterrado lo mejor del Vaticano II y ha ahondado el abismo entre la Iglesia y el mundo de hoy. Todo por voluntad divina.

Ahora se va del Vaticano dejando intacto un sistema esencialmente corrupto. La tiara y el trono, la terrible infalibilidad, el terrible poder absoluto, siguen intactos, esperando al siguiente candidato. Y no faltarán aspirantes. Ya se traman oscuras estrategias, ya se urden alianzas, ya se hacen quinielas. Se maquina y se conspira. Es pura farsa mediática, pura pornografía religiosa. Y cuando salga la fumata blanca dirán: “El Espíritu Santo ha elegido”. Más obsceno todavía.

¿Qué ha sido de las palabras de Jesús, el profeta de Galilea libre, itinerante y compasivo, amigo de los últimos? “A nadie llaméis santo, a nadie llaméis padre, a nadie llaméis señor. Todos vosotros sois hermanos. Buscad cada uno el último puesto”.

Yo hubiera deseado que Benedicto XVI, antes de renunciar, hubiera hecho uso de sus poderes absolutos para poner fin a este sistema, promulgando un escueto decreto que rezara más o menos así: “En virtud de los poderes divinos que se han atribuido al obispo de Roma solo a partir del siglo XI y que el Concilio Vaticano I en el s. XIX elevó a categoría de dogma, yo, Benedicto XVI, un hombre como otro cualquiera pero papa todavía, defino solemnemente que el poder universal y la infalibilidad atribuidos al papa son doctrina humana y errónea. Y por este decreto declaro abolido el modelo monárquico del papado como contrario al Espíritu que animaba a Jesús de Nazaret y que

sigue inspirando a hombres y mujeres de todos los tiempos y culturas, más allá de confesiones y religiones, para respiro y salud de la vida”.

Todo esto puede parecer un delirio. Pero la renuncia de un papa servirá de muy poco mientras siga en pie el modelo medieval del papado.

## **Al papa Francisco<sup>7</sup>**

Querido hermano Francisco: Me alegré como un niño cuando supe que Ud., un jesuita hecho y derecho, había adoptado ese nombre: Francisco. ¡Perfecta combinación!, me dije. Si ha de haber reformas profundas en la Iglesia y el papado –y salta a la vista que ha de haberlas–, aquí tenemos el hombre y el nombre.

Francisco de Asís: humilde y libre, manso y subversivo, y siempre el menor. Ignacio de Loyola: lleno de luz en la mente y de lágrimas en los ojos, maestro y director de almas y de obras, y siempre peregrino. Ambos amaron a Jesús con inmensa ternura y quisieron vivir como él: sin nada y con todos. A tres siglos de distancia –en el umbral del Renacimiento Francisco, en el umbral de la Modernidad Ignacio–, ambos soñaron con que la Iglesia volviera a Jesús, con que aquel imponente aparato de poder y de riqueza erigido en torno a Roma se despojara, se desarmara, se humanizara, se evangelizara, y pudiera ofrecer de nuevo el consuelo y la liberación de Jesús. No sucedió. A Francisco le organizaron una gran Orden, y a Ignacio le utilizaron para la Contrarreforma, y su sueño no pudo ser. Pero sigue en pie, y es más urgente que nunca.

Ud. conoce bien la historia del Poverello que tanto inspiró a Iñigo de Loyola, mientras se reponía de las heridas de su cuerpo y de su espíritu. También Francisco estaba herido y buscaba, y le gustaba retirarse en la penumbra de la capillita semiderruida de San Damián, fuera de la ciudad de Asís, amurallada con sus iglesias y

---

<sup>7</sup> Publicado en DEIA y en los otros diarios del Grupo NOTICIAS del País Vasco el 17 de marzo de 2013, recogido luego en diversas páginas web.

mercaderes. Una tarde, le pareció que los labios de Jesús crucificado le hablaban dulcemente y le decían: “Francisco, repara mi Iglesia, que amenaza ruina”. Y salió contento a mendigar piedras y cuidar leprosos.

Me traslado al atardecer del pasado miércoles día 13, en el momento en que dos tercios de los cardenales reunidos en la suntuosa Capilla Sixtina le acababan de elegir papa. No alcanzo a imaginar a Jesús de Nazaret, el profeta compasivo y sanador, itinerante y libre, en medio de aquel Cónclave solemne, entre sotanas negras y fajas púrpura, y afuera 5.000 periodistas expectantes y el gentío en la plaza de San Pedro, y la chimenea y las fumatas y las agencias frenéticas del mundo llenando de imágenes y de palabras vacías el vacío espiritual que padecemos. Y me acude a la mente la imagen de otra escena en el atrio del templo de Jerusalén: el látigo profético, las mesas volcadas, las palomas y los corderos sueltos, libres del sacrificio, libres para volar y vivir.

Pero vuelvo a la Sixtina y le imagino a Ud., humilde y decidido, ajeno al boato y al show, escuchar de labios de Jesús la misma palabra dulce y exigente que le habló al joven soñador de Asís: “Francisco, repara mi Iglesia, que amenaza ruina. Pero no te empeñes en recuperar las ruinas. Déjalas perderse, y construye algo nuevo, lo que yo soñé: un templo sin piedras, un templo de vida sin torres de poder ni muros sagrados, un templo de corazones libres y buenos”.

Querido hermano Francisco, sus primeros gestos nos han conmovido. Nos ha pedido la bendición y le bendecimos de todo corazón. Pero permítame decirle: ni los gestos personales ni las reformas curiales bastarán. La figura y el sistema del papado es el problema. Deje que las ruinas de una Iglesia del pasado se arruinen del todo. Deje que caiga la enorme cúpula del poder absoluto construido contra el evangelio. Cuanto más tiempo deje pasar, será peor para la Iglesia y para quienes esperan de ella la buena noticia y la presencia de Jesús. Declare solemnemente que no hay otra herejía que la falta de paz y de piedad. Y ponga otra base para construir otra Iglesia plural y tolerante, otra Iglesia democrática desde abajo, desde el Espíritu que sopla donde quiere y en

todos. No sea que todo siga dependiendo de un papa que nunca sabemos de quién depende, y dentro de pocos años volvamos a otro Cónclave para que, en el fondo, todo siga igual que en tiempos de san Francisco y san Ignacio.

## 100 días de papado<sup>8</sup>

Miro con asombro las esperanzas que sigue despertando entre los católicos –y tantos otros que no lo son– el papa actual, el bendito papa Francisco a quien bendecimos como él nos pidió. Ya lleva 110 días, y no soy quién para decir cuánto hay de esperanza y cuánto de expectativas ilusorias en esta euforia papal que siguen mostrando los mejores –los más sencillos, inquietos, abiertos, los buscadores de lo nuevo entre las ruinas de lo viejo– de dentro o de fuera de la Iglesia católica.

Yo no comparto la euforia y tantas expectativas, pero quiero compartir y cuidar la esperanza que late en ellas. Pido perdón de antemano a quienes estas líneas puedan parecer demasiado escépticas, exigentes o simplemente impacientes. Pido perdón, y también licencia para errar. Y si algún día viera que yerro, seré el primero en alegrarme y en reconocerlo, con la bendición del papa Francisco.

1. *No basta con que el papa sea buena persona.* El papa Francisco atrae. Rezuma bondad. Su porte natural, su mirada directa, franca, su rostro afable, sus brazos grandes y acogedores; su trato llano, cercano; su estilo personal austero, sus zapatones viejos, su residencia en Santa Marta en vez del Vaticano, casi como uno más, su asiento vacío en el concierto para gentilhombres de otros tiempos; su palabra sencilla, descomplicada, fresca... todo eso nos toca el corazón, y también la razón, porque es un espejo de lo

---

<sup>8</sup> Publicado en DEIA y en los otros diarios del Grupo NOTICIAS del País Vasco el 16 de junio de 2013, recogido luego en diversas páginas web.

mejor que somos y que no llegamos a ser del todo y a lo que en verdad aspiramos en medio de todas nuestras contradicciones.

¿A qué se deben entonces mis cautelas? Se deben a que en un papa no cuenta solo su persona, sino aun más la institución y la ideología que la sustenta. El problema de fondo es el sistema católico, un sistema teocrático, una monarquía absoluta sustentada en “dios”. Y mientras eso no cambie, nada sustancial cambiará, por bueno que sea el papa. Después de un papa humilde, austero y dialogante, puede venir otro más duro, ostentoso y rígido. ¿Qué habríamos adelantado?

2. *Tampoco basta con reformar la Curia.* Las curias vaticanas forman parte de ese sistema y de todas sus contradicciones. Un enorme aparato de poder sacralizado, de poder sustraído a todo control. Un mundo corrupto de lobbies, como nos acaba de decir el mismo papa (¡y qué más da que los lobbies estén formados por heterosexuales o por gais!). Un inmenso engranaje, del que el papa es cabeza y cautivo a la vez. Es imposible que una persona ejerza un poder absoluto, y es inevitable que el poder se diluya en organismos incontrolados, que oficialmente dependen del papa, pero de hecho y en la sombra manejan los hilos. Una contradicción difícil de resolver.

Ahora bien –se dirá–, el papa Francisco ya ha anunciado reformas radicales en la Curia. Es verdad, y estoy seguro de que las llevará a cabo. ¿Bastará? Creo que tampoco bastará con eso. Y ello porque las curias vaticanas no poseen la última llave del sistema. Las llaves están en manos del papa. Todo el poder está concentrado en una persona, y mientras eso no cambie, lo esencial del sistema seguirá vigente (por mucho que se depuren las curias, se suprima el Banco o incluso se anule el Estado del Vaticano). Seguirá en pie el poder absoluto, y otro papa podrá rehacer lo que éste deshaga.

3. *Otra teología, otra Iglesia.* “Francisco, repara mi Iglesia que amenaza ruina”, dijo Jesús a Francisco de Asís desde el crucifijo de San Damián, según la leyenda. En nuestra sociedad moderna, la Iglesia católica – o el cristianismo católico– es un edificio en ruinas (podría decirse algo similar del cristianismo tradicional en conjunto, pero

dejemos eso de lado). Y no se trata solo, ni siquiera en primer lugar, de su estilo de funcionamiento, ni siquiera de sus riquezas institucionales y escándalos personales, por graves que sean. Hay un abismo creciente entre la Iglesia y la cultura, como se hace patente en el vacío progresivo y desolador de las Iglesias. La Iglesia ya no constituye una buena noticia, un lugar de consuelo y liberación.

“Francisco, repara mi Iglesia”. Si no se repara, se irá cayendo. Pero, para repararla, es preciso remover los cimientos hasta los mismos fundamentos, hasta refundarla en Jesús. No para repetir a Jesús, sino para hacer presente hoy su buena noticia. Que la Iglesia se deje inspirar por el aliento y la energía sanadora de Jesús, por su rebeldía profética, por su confianza apacible, por su esperanza activa. Que reinvente los dogmas o deje libertad para hacerlo, que las creencias valgan en la medida en que inspiran, que todas las normas morales vinculen en la medida en que ayudan a las personas y a todos los seres a respirar y vivir. Que reinvente todo los ministerios de servicio y de autoridad eclesial, rompiendo de una vez la lógica del poder sacralizado, clerical y patriarcal.

Mientras no suceda eso, la ruina de la Iglesia seguirá avanzando, y seguirá sepultando la buena noticia. ¿Pero es posible reparar esta Iglesia?

4. *Solo haciendo que sea plenamente democrática.* La Iglesia católica podrá ser Iglesia liberadora de Jesús con una condición, no suficiente, pero sí necesaria: su plena democratización, desde la última parroquia hasta la cúpula vaticana. La Iglesia católica no podrá ser y anunciar una buena noticia a los hombres y mujeres del siglo XXI, mientras el poder absoluto y vitalicio siga concentrado en manos de un papa, y éste siga nombrando a los obispos y cardenales que elegirán al papa siguiente; mientras no sean las comunidades quienes elijan a sus dirigentes, varones o mujeres, para todas las funciones, superando radicalmente un esquema clerical totalmente ajeno a Jesús; mientras los obispos (varones o mujeres) no sean elegidos por sus diócesis, y el papa no sea un presidente o presidenta elegida por las diversas iglesias locales para un tiempo

limitado; mientras los tres poderes (legislativo, judicial, ejecutivo) no se distingan y vuelvan a las comunidades, que es la única manera de que el poder sea humano (y solo así divino).

Vayamos al meollo: la gran reforma que, desde el corazón del mundo de hoy y de todas las criaturas, el Espíritu o la *Ruah* creadora y consoladora pide a la Iglesia requiere que el papa, con su poder todavía absoluto, declare nulo el poder absoluto del papa, es decir, que anule los dos dogmas que lo sustentan, que fueron promulgados por el Concilio Vaticano I (1870) y que el Vaticano II dejó intactos por imposición de Pablo VI: la infalibilidad y el primado absoluto del papa sobre todas las iglesias.

No basta con que el papa Francisco sea un nuevo Juan XXIII, pues después de éste vinieron Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI, y 60 años después estamos donde estábamos antes; en realidad, hoy estamos mucho más lejos del mundo, pues el mundo ha cambiado mucho desde entonces. Mientras el papa detente todo el poder, todo dependerá de cómo sea el papa (y los poderes ocultos nombrados o tolerados por él).

5. *¿Podemos esperar tanto del papa Francisco?* A mi modo de ver, nada de lo que sabemos de su pasado y le hemos oído decir o visto hacer en estos 110 días permite esperar que promueva la reforma radical que urge en la Iglesia. No se lo reprocho, pues también él, con toda su bondad, es rehén del sistema. Pero en su bondad y frescura también es testigo del Espíritu de la Vida que ama y respira en todos los seres y que sigue recreándolo todo desde el corazón de todo. En él sí esperamos, y seguiremos empujando la reforma de la Iglesia desde abajo, sea o no sea promovida desde arriba.

## **Capítulo 3**

### **CONVERSACIONES SOBRE LA VIDA, LA TEOLOGÍA, LA IGLESIA**

## **Una Iglesia inmóvil en un mundo que cambia**

En las páginas que siguen recojo tres entrevistas ocasionales. En ellas se habla un poco de todo, como sucede en la vida. Se tocan algunos hechos relacionados con la biografía, pero se habla sobre todo del momento presente de la Iglesia, de cómo ser Iglesia, de cómo vivir la fe, de cómo decirlo hoy.

Cada uno de nosotros, cada una de nuestras células y órganos, cada pájaro que canta, cada flor del campo, cada piedrecilla del camino... todo es, todos somos fruto de una larga y azarosa evolución. En el universo nacido con el Big Bang hace 13.700 millones de años, todo está relacionado con todo y todo cambia sin cesar y seguirá cambiando. ¿Cómo no habría de cambiar nuestra manera de entender y de rezar el Credo, nuestra manera de ser y de organizar la Iglesia?

Las ciencias nos enseñan que las formas futuras de la vida y de la realidad en su conjunto son imprevisibles. La indeterminación forma parte de la constitución básica de la realidad que llamamos física. ¿Solo de la realidad física? No, pues no existe nada que sea “solo realidad física”, “solo materia”. La llamada “materia” es energía, algo aparentemente “inmaterial”. Todo lo que llamamos “espiritual” es también “material” en la medida en que emerge de la “matriz” fecunda que es la materia. “Espíritu” y “materia” no son realidades separables: son acaso manifestaciones de la realidad o de la Realidad. Y no sabemos cuántas manifestaciones más pueda haber en este universo u otros.

Lo que sabemos es que todo se mueve, todo danza, todo cambia. También, por supuesto, todas las formas de vivir y de decir esto que llamamos “fe” y “Dios”, en estos seres vivientes y cambiantes que somos, secreta y poderosamente movidos por el Espíritu de Dios que sigue aleteando sobre las aguas o vibrando en el corazón de cuanto es.

## Sobre la situación de la Iglesia<sup>9</sup>

### 1.- *¿Por qué "la fe no consiste en creer sino en confiar"?*

“Fe” significa eso, confianza. Eso es la fe para san Pablo: la confianza incondicional en Dios como misterio de pura gracia. Esa confianza es la que nos hace libres, felices, buenos, compasivos como Jesús. Las creencias dependen de la cultura, de la cosmovisión, del lenguaje. Las creencias, todo el credo, todas los dogmas, no son más que formas y soportes de la fe, y pueden cambiar, han de cambiar según las culturas. Antes creían que el cielo estaba arriba y que Dios estaba en el cielo como un gran señor, que hacía llover o hacía milagros si se le pedía bien o simplemente si le daba la gana. En ese Dios ya no cree casi nadie; es que no se puede creer, no entra dentro de “lo creíble” hoy. Pero lo mismo pasa con otras muchas creencias, con todas: han de cambiar, para poder seguir confiando en el misterio de gracia, es decir, belleza y bondad, que llamamos “Dios”. La Carta de Santiago dice: “¿Qué haces con creer que Dios existe, o esto o lo otro? También los demonios creen” (“demonios” es hoy una forma de hablar). Solo hay que creer “lo creíble” y solo en la medida en que ayuda a confiar, mientras que en aquello que resulta increíble o impide confiar no se ha de creer. O, si se prefiere, hay que reinterpretar todas las creencias para seguir confiando, es decir, siendo felices y buenos, como Jesús.

---

<sup>9</sup> Entrevista realizada por José Manuel Vidal para “Religión Digital” en 2011.

## 2.- *¿Vive la Teología anclada en paradigmas del pasado, anacrónicos y nocivos?*

Eso es, es cuestión de paradigmas. Las imágenes y categorías fundamentales, el credo y la organización, de todas las grandes religiones, responden a culturas agrarias de hace miles de años: Dios como personaje supremo, la tierra y el ser humano como centro del universo, el pecado y el perdón, el “más allá”, jerarquía y poder sacralizados... Al cristianismo tradicional y, en concreto, a la iglesia católica, le pasa lo mismo: sigue anclada en paradigmas trasnochados. Y una de dos: o la Iglesia transforma su lenguaje y sus instituciones para que puedan seguir suscitando y soportando la confianza y la bondad en el mundo de hoy, o se condena a sí misma al ostracismo y la marginación inoperante, deja de ser levadura y sal. En la Iglesia del Vaticano II se hizo un enorme esfuerzo para que fuera posible la primera alternativa, pero la jerarquía católica, desde el año 80, parece empeñada en que se dé la segunda. Es por miedo.

## 3.- *¿Por qué hay miedo en la Iglesia española y entre los teólogos?*

El miedo es un mecanismo sano, porque nos alerta de unos riesgos. Pero el miedo se convierte en el mayor riesgo, cuando nos encierra y paraliza, nos pone a la defensiva, y no pocas veces a la ofensiva; el propio miedo crea fantasmas, en vez de energías positivas y transformadoras; el propio miedo se convierte en el mayor peligro. Creo que es lo que está pasando en la Iglesia católica en general, y creo que ese fenómeno es especialmente patente en la Iglesia española, especialmente politizada y derechizada, especialmente defensiva y agresiva. Es verdad que vivimos tiempos de crisis cultural, pero creo que la reacción del Vaticano y de la jerarquía española están siendo muy contraproducentes; están provocando una ruptura social masiva con la Iglesia, una ruptura que puede ser definitiva. La jerarquía está sectarizando a la Iglesia.

4.- *¿A qué se debe el intento "oficial" de enterrar el Vaticano II?*

No se trata de mala voluntad. Pienso que se debe, fundamentalmente, a un error de diagnóstico. El Concilio Vaticano II quiso ponerse al día en un mundo marcado por la modernidad, pero lo hizo demasiado tímidamente; incluso los que quisieron ir más lejos –en la línea de Rahner– no pudieron hacerlo, porque había un fuerte sector ultraconservador y el sector mayoritario era moderado, pero básicamente conservador, como el mismo Pablo VI. Los documentos del Concilio, fundamentalmente referidos a la Iglesia, son producto de consensos y equilibrios, y albergan no pocas contradicciones. Después del Concilio se iniciaron reformas interesantes, aunque muy insuficientes. Al mismo tiempo, la sociedad europea occidental emprendió una transición rápida y profunda de la era moderna industrial a la era posmoderna de la información y el pluralismo, con la secularización consiguiente. El sector episcopal conservador, con los teólogos von Balthasar y Ratzinger al frente, se alarmó y pensó que la secularización era consecuencia de las reformas conciliares. La elección de Juan Pablo II en 1979 responde a ese diagnóstico, y trajo consigo un viraje, y en eso estamos todavía: están enterrando el espíritu renovador del Concilio, apelando a la letra del Concilio. La lectura que hacen del Concilio, como toda lectura, es muy selectiva e interesada. Pero los resultados en Europa están siendo catastróficos, y creo que pronto lo serán también en otros continentes. Ya lo están siendo en América Latina, donde se extiende sobre todo el pentecostalismo emocional y neoconservador.

5.- *¿Qué quiere decir, en concreto, cuando aboga por "una espiritualidad más allá de la religión"?*

La religión, en cuanto sistema de creencias, normas y ritos, es la forma que adopta la espiritualidad en una determinada cultura. Las formas pueden ser más o menos necesarias, y en general algún tipo de institucionalización es necesaria para una comunidad de creyentes, pero la forma institucional nunca es lo fundamental de ninguna religión entendida como espiritualidad, como experiencia religiosa personal o colectiva. La religión en cuanto forma no es lo fundamental. Lo fundamental es la espiritualidad, que viene de “espíritu” y es respiro, inspiración, esperanza activa. La espiritualidad es espíritu y vida, es veneración, respeto, compasión solidaria, más allá de todas las formas religiosas, más allá de las creencias, de los ritos y de la moral. La institución religiosa puede sostener y fomentar la espiritualidad, debe hacerlo, pero a menudo resulta que ahoga la espiritualidad, impide respirar.

*6.- ¿Cómo explicar a tantos creyentes atormentados una nueva espiritualidad de la carne y de los sentidos?*

Es una de las manifestaciones de la transformación cultural que se está dando. El discurso de la jerarquía sigue aferrado al dualismo enemigo del cuerpo, sobre todo de la sexualidad, que ya está presente en San Pablo y que se impuso definitivamente en la gran Iglesia con San Agustín, y que no tiene raíces propiamente en la Biblia ni en Jesús, sino en el platonismo y en el maniqueísmo. Es preciso revisar a fondo toda esa antropología y cosmología. No estaría mal que leyéramos un poco más el Cantar de los Cantares. Y que se enseñara que el cuerpo, el placer sexual y la relación sexual en cualquiera de sus formas, siempre que sea para bien de uno mismo y de los demás, es sacramento de Dios. Todo lo que tiene que ver con la sexualidad y el sexo es muy delicado, y hay que fomentar esa delicadez, porque es muy fácil hacerse daño a sí mismo o al otro. Pero no se puede decir: “Te hace daño porque está prohibido”, sino: “Solo está prohibido lo que hace daño”. Todo disfrute y placer, comer, pasear, tomar el

sol, bañarse, la caricia, el placer sexual..., en la medida en que es delicado y bueno, es sacramento de Dios, aunque lo prohíba la moral vigente. Creo que es el espíritu del Evangelio de Jesús.

7.- *¿Es hora de que los cristianos "conciliares" volvamos a ocupar los espacios que hemos abandonado en la Iglesia institucional?*

Sería deseable, en la medida de lo posible. Debemos reivindicar que "somos Iglesia" a todos los efectos. Por ejemplo, ¿por qué vamos a depender de que haya sacerdotes ordenados para celebrar juntos la memoria de Jesús, dejarnos consolar e iluminar por el evangelio, compartir pan y vino, fortalecernos para la acción? A Jesús no se le ocurrió nunca que hicieran falta sacerdotes ordenados y varones para celebrar su memoria. Pues lo mismo con otros muchos ámbitos de la Iglesia.

8.- *¿Por qué hay tanto odio, que se destila en sus comentarios, entre los católicos más ortodoxos?*

No es fácil entenderlo, o tal vez es fácil entenderlo: los más ortodoxos suelen ser a menudo demasiado estrechos, y la estrechez nos crispa con nosotros mismos y con los demás. Los comentarios e insultos llenos de resquemor y agresividad que algunos vierten a menudo, por ejemplo en Religión Digital, son pura negación de la fe que dicen defender. Supongo que si algún alejado de la Iglesia o del cristianismo los lee, debe de decirse: "¡Qué horror de religión!" y alejarse más todavía, espantado.

9.- *¿Hay un cisma silencioso entre la jerarquía y las bases de la Iglesia?*

El cisma es evidente. Pero la mayoría de los cristianos ya son lo suficientemente adultos en su mentalidad y en su fe, como para vivir en libertad y paz, a pesar de no acatar las directrices dogmáticas o morales de la jerarquía. Pienso, por ejemplo, en tantas y tantos que viven su fe sin aferrarse a determinadas creencias tradicionales que muchos obispos abusivamente llaman “fe de la Iglesia”. No es fe de la Iglesia, sino creencias de una determinada parte de la Iglesia. O pienso en quienes viven su sexualidad fuera de las normas canónicas: quienes utilizan anticonceptivos, los gays y lesbianas, los divorciados o separados que viven con otra pareja... Si se quieren y se ayudan, son sacramento de Dios. Dios los bendice, aunque la jerarquía los condene.

*10.- Dice usted: "La Iglesia de Jesús, en contra de Jesús, ha humillado a la mujer". ¿Para cuándo la reparación?*

Ya es muy tarde, tal vez demasiado tarde. Las mujeres, como antes los jóvenes, como antes los intelectuales, como antes los trabajadores, están abandonando esta institución eclesial católica, porque no encuentran en ella su lugar de dignidad. Pero conste: no pienso que su lugar de dignidad sea ser sacerdotes de acuerdo al modelo clerical de hoy. La inmensa mayoría de las mujeres católicas de hoy, al igual que la inmensa mayoría de los hombres creyentes, aspiran a otro modelo de Iglesia con otro modelo ministerial muy distinto, más parecido al movimiento de Jesús, un modelo democrático, comunitario, más allá de la distinción clérigo-laico, ministerios ordenados-no ordenados... Que las mujeres sean sacerdotes y obispos según el modelo actual no cambiaría gran cosa, aunque tal vez pudiera ser un paso intermedio para una reforma mucho más profunda.

*11.- ¿Sigue siendo usted un fraile sin convento? ¿Y un cristiano sin Iglesia?*

¡Qué va! Sigo siendo franciscano fuera del marco institucional, pero me siento acogido y querido por los franciscanos tanto o más que antes, y sus conventos son mi casa. En la fraternidad de Bilbao ceno y duermo tres días por semana, cuando estoy en Deusto. Y en Arantzazu tengo mi habitación de antes, y voy cuando quiero. En cuanto a la Iglesia, en ella hay muchas moradas, como diría Jesús, y si te echan de una puedes ir a otra, y allí te encuentras con muchas hermanas y hermanos, y todos formamos una Iglesia sin fronteras, aunque algunos quieran cerrar puertas y ventanas y poner límites claros entre dentro y fuera, y aunque a veces haya conflictos. Son inevitables. No puede haber comunión eclesial sin espacio para la diferencia y el disenso.

*12.- Imagino que la página de monseñor Munilla está pasada. Pero, ¿le sigue doliendo la situación de la diócesis de San Sebastián?*

Mentiría si dijera que todos mis sentimientos son puros, evangélicos. No lo son, y lo siento y pido perdón. Pero mi problema nunca ha sido y menos lo es ahora con la persona de monseñor Munilla, sino con el sistema que él representa y quiere imponer como único: una doctrina, una autoridad, una política, una moral, una Iglesia... la suya. Muy distinta, por cierto, de la Iglesia que vive y quiere la inmensa mayoría de la diócesis. Creo que el mayor atentado contra la comunión eclesial viene hoy de la jerarquía, y nuestra diócesis de San Sebastián es un buen ejemplo, un ejemplo doloroso. No hay más que ver lo que ha pasado con el caso Pagola, el Seminario, el Proyecto Pastoral.

*13.- ¿José Antonio Pagola es un "hereje", como dicen los sectores ultracatólicos?*

La peor de todas las herejías me parece el sectarismo de algunos de esos "ultracatólicos". Es negación radical de la catolicidad, que significa no solo pluralidad,

sino universalidad. Pero bueno, vayamos al concepto formal de “herejía”: “doctrina contraria al dogma”. No conozco ningún ultracatólico que haya demostrado en qué punto Pagola enseña algo contrario al dogma, entre otras cosas, porque Pagola es listo y ha eludido cuidadosamente toda cuestión dogmática. De todos modos, ni Jesús ni San Pedro ni San Pablo conocieron ningún dogma cristológico. Los dogmas son fórmulas históricas. Y no concibo que se pueda anunciar hoy el Evangelio de Jesús a la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de hoy sin revisar –con libertad, con riesgos, y a fondo– todos, todos los dogmas cristológicos, que son de otros tiempos muy distintos. El evangelio no se juega en esas fórmulas y en sus interpretaciones.

*14.- Ha vivido usted en su propia familia la herida de ETA. ¿Cómo se siente, tras el anuncio de que los terroristas dejan las armas?*

Me siento inmensamente aliviado, como casi todos los vascos y vascas. ¡Lo hemos esperado tantos años, demasiados! ¡Se ha sufrido tanto por todos los lados! En cuanto a mi familia, sí, ha sufrido también directamente la violencia de ETA: un cuñado mío, marido de una hermana mía, es guardia civil, y la casa donde vivían fue seriamente dañada por una bomba en junio del 1991, y antes y después han vivido de miedo, y toda la familia con ellos. Y amigos de la familia han sido asesinados por ETA. Pero también hay miembros de la familia que han sufrido injustamente cárcel y tortura. De todos modos, cada víctima es única, tiene su padre, su madre, su marido, su mujer... Se pueden contar las víctimas, “tantos de este lado, tantos del otro”, y tal vez habrá que hacerlo. Pero lo importante es que no haya más víctimas, y tratar de curar y cuidar en lo posible a todas las que ha habido, a cada una en particular, más allá de bandos. Aprovecho la ocasión que me ofrece para referirme a algunos comentarios sobre mí que aparecen reiteradamente en Religión Digital. Por ejemplo: que nunca he defendido a las víctimas de ETA. Es absolutamente falso. O que enviaba “todos mis escritos” al “diario

proetarra GARA”. También es enteramente falso. Nunca lo hice, salvo dos artículos que envié a todos los periódicos del País Vasco y que publicaron casi todos ellos: cuando me rebelé contra la prohibición de predicar, enseñar y escribir por parte de Mons. Munilla en junio del 2010 y cuando decidí dejar la Orden en agosto del mismo año. Si GARA publicó otros artículos míos –no lo sé; otros periódicos sí lo han hecho–, será porque los tomó de Internet.

*15.- ¿Ha llegado la hora de que ETA pida perdón a las víctimas?*

La cuestión del perdón es demasiado personal e importante para que se la utilice con intereses torcidos. Creo que nadie que haya hecho daño curará su memoria y se reconciliará consigo mismo mientras no reconozca el daño y de alguna forma diga: “Lo siento. ¡Perdón!”. Y nadie que haya sufrido el daño, sea quien fuere, curará sus heridas mientras no perdone sinceramente, es decir, supere el odio y la venganza, y vuelva a confiar en cuanto pueda en el que le hizo daño. Todo eso requiere tiempo. Y el perdón ni se puede imponer ni exigir. Los políticos debieran estar a la altura y tener la grandeza para facilitar, en vez de obstaculizar, este proceso de curación de todos los que han hecho daño y de todos los que lo han sufrido.

## Iglesia, fe, teología<sup>10</sup>

1.- *¿A qué se debería esta creciente adhesión a la proyección de tu labor teológica, cuando en otros lugares campa la pasividad y rutina?*

Supongo que estas cosas tienen que ver, ante todo, con el eco mediático tan coyuntural y aleatorio. Mi ámbito de trabajo ha sido muy restringido, y siempre fuera de los grandes círculos o circuitos de la teología. Empecé a escribir muy tarde, y he escrito sobre todo en vasco o en revistas teológicas de poca importancia. En el año 93 empecé a enviar por e-mail los temas de formación teológica que durante años venía dando de manera presencial a un grupo bastante numeroso en Pamplona. La difusión aumentó, fue creciendo considerablemente. Supongo que ese hecho puede ser mirado, a escala local y reducida, como indicio de que hay mucha gente que necesita y busca nuevos lenguajes espirituales y teológicos. Supongo también que, como efecto colateral, empecé a estar en el punto de mira de la institución eclesial.

En cuanto a lo que me dices de la “pasividad y rutina” en otros lugares, pues no sé, creo que el cansancio y el desengaño son evidentes y crecientes por todas partes. La actividad teológica está perdiendo fuelle alarmantemente entre nosotros, diría que en todo el mundo. Muchos grandes pensadores y renovadores de la teología conciliar y

---

<sup>10</sup> Entrevista realizada por Benjamín Forcano y publicado en José Arregi, *Cristianismo. Historia. Mundo moderno*, Ed. Utopía, Madrid 2012, pp. 217-236.

postconciliar o bien fallecieron o van siendo mayores. La inmensa mayoría del clero joven y buena parte de los jóvenes profesores de teología son muy conservadores, cuando no claramente restauracionistas. Tienen en su mano todo el poder y todos los medios. El futuro institucional a corto plazo les pertenece. Esto está trayendo la ruina de la teología – sobre todo en el campo de la teología sistemática o dogmática – y todo indica que seguirán así las cosas en las dos próximas décadas. El precio está a la vista: el alejamiento cada vez mayor entre el lenguaje teológico y la sociedad actual, por un lado, y el desaliento general entre los cristianos más inquietos y abiertos por otro.

*2.- Muchos parecen ver en ti una imagen de la Iglesia vasca, zarandeada y humillada o, por lo menos, desautorizada en el caminar de su trayectoria posconciliar, coincidente en parte con la transición democrática. ¿Qué explicación tienes para la crisis que está atravesando la Iglesia de Euskadi?*

No me considero en absoluto zarandeado, menos aun humillado. Desautorizado sí, pero es el caso de infinidad de cristianas y cristianos –sean o no profesores de teología– que han soñado con una Iglesia acorde con Jesús y con nuestro tiempo, con una fe mística y liberadora para el mundo contemporáneo, con una teología razonable y comprensible en el lenguaje de hoy. Desde el nombramiento de Juan Pablo II en 1979 hasta hoy, la cúpula eclesiástica se ha esforzado por enterrar el sueño del Vaticano II y, en buena medida, han logrado enterrarlo: la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe ha retirado la facultad de enseñar a muchísimos teólogos, el Vaticano ha invertido el perfil del episcopado universal nombrando en todas partes obispos tradicionalistas o incluso integristas, han lanzado el anatema sobre nuevos planteamientos cristológicos, eclesiológicos y morales...

En la Iglesia del País Vasco (en sus seminarios, en sus centros de enseñanza teológica, en sus programas pastorales diocesanos) son muy palpables los efectos de esta

trayectoria, pero esta es básicamente la misma en todo el Estado español, más, en toda la Iglesia Católica en realidad. Sin duda, en el País Vasco ha tenido además un componente político específico: el nacionalismo español exacerbado de Rouco, Cañizares y otros se ha cebado con el nacionalismo vasco, con Setién, con Uriarte, incluso con Ricardo Blázquez...; me parece innegable que el nombramiento de Munilla y de Iceta responde también en parte a esa motivación; y dicen que quieren “despolitizar” a la Iglesia vasca... De todos modos, no creo que la cuestión del nacionalismo sea el factor decisivo, ni mucho menos, en el nombramiento de los últimos obispos. Lo decisivo es el proyecto restauracionista que es general en toda la Iglesia y que en el Estado español lo promovió primero Suquía y luego Rouco al frente de la Conferencia Episcopal Española.

*3.- Han pasado 60 años del concilio Vaticano II. Y, después de él, hemos vivido la restauración del Papa Juan Pablo II y Benedicto XVI, y la llamada la transición democrática democrática. ¿Condicionan –y en qué medida- estos tres factores la presente situación de la Iglesia española?*

Los dos primeros factores son comunes a toda la Iglesia Católica, el tercero afecta en particular al episcopado español. Creo efectivamente que la transición democrática, con el pluralismo y la aconfesionalidad que le son inherentes, transición que el Cardenal Tarancón promovió decididamente, sufrió un grave parón o retroceso en la época en que primero Suquía y luego Rouco han presidido la Conferencia Episcopal Española. Esa transición democrática deja aún mucho que desear en buena parte dentro del actual aparato eclesial. Y me parece claro que la cúpula episcopal española tiene un fuerte cariz político partidista; ha hecho causa común en demasiadas causas con la derecha española más agresiva; hay obispos que han llamado explícitamente a no votar a ningún partido

de izquierda ni a ningún partido nacionalista periférico. Han adoptado unas posiciones mucho más cerradas y agresivas que la gran mayoría de los episcopados europeos.

*4.- Una buena parte de los teólogos, peritos y artífices del Vaticano II, han experimentado la censura, la marginación y hasta la condena? ¿Herejes o víctimas?*

¿Qué es ser “hereje”? Si se entiende “herejía” como negación de la fe y como ruptura de la comunión eclesial, ¿alguien es realmente hereje por unas ideas? ¿Se niega la fe por interpretarla de otra forma? Creo que la peor herejía es el miedo y el no vivir las bienaventuranzas. Todavía no hemos asumido algo que ya lo afirmó Santo Tomás de Aquino: que la fe no se juega en las explicaciones y en las fórmulas. ¿Se rompe la comunión eclesial por entender y expresar la fe en unos paradigmas y con unos conceptos distintos a los tradicionales, distintos al lenguaje del Catecismo Universal? ¿No es también el Catecismo una interpretación de la fe, muy distinta por cierto a la interpretación del Nuevo Testamento? ¿No hay acaso grandes diferencias dentro del Nuevo Testamento? ¿No ha habido en la Iglesia demasiadas declaraciones de herejía y condenas de supuestos herejes que luego la misma Iglesia ha tenido que revisar y corregir y pedir perdón?

Y hay otra cuestión fundamental: ¿Quién decide lo que es herejía y lo que no lo es, quién es hereje y quién no lo es? ¿Lo decide un obispo elegido por un papa elegido a su vez por unos cardenales elegidos a su vez por el papa? Es normal que en la Iglesia, que es comunidad hermenéutica o interpretativa, exista una regulación del lenguaje, hace falta algún lenguaje común. Pero esa regulación no es aceptable si no representa la fe de la Iglesia, y para que esa representación se dé es preciso que todos los ministerios eclesiales se reorganicen o funcionen de acuerdo a criterios democráticos.

*5.-¿ Exegetas y teólogos están agrietando la Iglesia o son parte de su jerarquía que la agrietan por rechazar aportaciones hoy innegables a la luz de los avances científicos? Hace unas semanas, un arzobispo, como si quisiera poner en cuarentena los avances bíblico-teológicos, me decía que la investigación histórica no puede aportar nada a la fe. ¿Piensas que se está resucitando la antinomia de ‘ciencia contra fe’ o de la ‘racionalidad contra el dogma’?*

La grieta abierta en el seno de la Iglesia Católica entre el magisterio episcopal y el sentir de buena parte de la comunidad eclesial tiene proporciones enormes y además está creciendo. No hay cisma declarado, ni creo que lo vaya a haber ni deseo que se dé, pero la distancia entre la jerarquía y una gran parte de la base eclesial está ampliándose. Las posturas de la jerarquía no representan el sentir de la Iglesia en general, y esa quiebra rompe la condición fundamental de la comunión eclesial. ¿Cómo puede la jerarquía apelar a la comunión cuando el sistema autoritario todavía vigente – en contra, por cierto, de la praxis de las primeras generaciones cristianas– constituye uno de los obstáculos fundamentales de la comunión?

No son las diferencias, ni siquiera las contradicciones doctrinales, las que hacen imposible la comunión eclesial, sino la negación o la condena del que piensa o vive de otra forma; es indispensable crear condiciones para que puedan ampliarse muchísimo los márgenes de coexistencia de las diferencias. Vivimos en una época en que el pluralismo de opiniones ha adquirido carta de naturaleza en el campo del sentido, de los valores, de la política, de la filosofía; se ha roto definitivamente la ilusión de la verdad única; ha estallado el saber, la información aumenta de manera incontrolable en todos los campos. Todo obliga a ser más humildes y respetuosos, más dialogantes. Es absurdo que en estos tiempos alguien reivindique la “infalibilidad” para sí, que el magisterio episcopal pretenda tener la última palabra, que se censure la libertad de investigación y de expresión de la teología. El salto cualitativo que constituye la información universal e

instantánea que es Internet ha hecho que el magisterio central tenga más peso que nunca en la Iglesia, que cada vez sean más estrechos los márgenes para el pluralismo, que la uniformidad del pensamiento teológico sea cada vez mayor. Seguramente nunca ha habido en la Iglesia Católica tan poco reconocimiento para el pluralismo teológico, y eso es absurdo. Pero Internet ha vuelto también mucho más frágil y caduco el modelo del magisterio jerárquico centralista y único. Es impensable que la interpretación y el lenguaje del “Catecismo de la Iglesia universal” se imponga como único modelo válido. En un tiempo de transición cultural como el que vivimos, es necesario que varios paradigmas teológicos puedan coexistir en diálogo y respeto. De otra forma, la Iglesia no podrá presentarse a la sociedad como sacramento de nueva humanidad.

*6.-El temor de la Iglesia al cambio y la renovación parece ser una constante en su caminar histórico. ¿Fidelidad al Evangelio o identificación con modelos (paradigmas) anacrónicos del pasado?*

Efectivamente, da la impresión de que la institución eclesial está empeñada en seguir anclada en un paradigma cultural del pasado. Crece la sima entre el lenguaje teológico oficial y la cultura occidental, al menos en Europa. Aquella reconciliación entre la Iglesia y el mundo moderno que el Concilio hizo soñar se está viendo impedida, y eso es lamentable. Los movimientos de izquierda, los intelectuales, los jóvenes en masa... siguen sintiendo que la Iglesia jerárquica con su doctrina y sus pautas prácticas está en otra galaxia, y se van, se van silenciosamente. Una fe en ruptura con el lenguaje, las ciencias, la cosmovisión de cada época es insostenible a la larga, deriva en gueto y en secta, y creo que hoy está sucediendo algo de eso con el cristianismo institucional representado por el episcopado. Y, efectivamente, la raíz del problema es seguramente el miedo.

7.- *¿El miedo de la Jerarquía es a los pensadores de la sospecha (Freud, Marx, Nietzsche,...) o más bien a los resultados de la recuperación del Jesús histórico que cuestiona planteamientos, modelos de actuación y procedimientos muy arraigados en la trayectoria de la Iglesia?*

El cristianismo fue en sus orígenes un movimiento, el “movimiento de Jesús”, un movimiento de reforma e incluso de revolución de valores, un movimiento con un enorme potencial de transformación social, religiosa, teológica. Los primeros siglos de la Iglesia con su dinamismo y con su pluralismo ilustran muy bien ese impulso de renovación y de cambio que animaba a Jesús. Luego, la institución se fue instalando, aunque la búsqueda de lo nuevo y la energía transformadora siguieron manifestándose siempre, a menudo en los márgenes de la institución. No es coherente apelar a las raíces cristianas de la cultura europea, y olvidar las transformaciones que se han ido dando y que hoy se están dando en el seno de esta misma cultura. ¿Por qué no pensar que la fe evangélica y la esperanza mesiánica han de conllevar tensión, cambio, transformación? ¿Y cómo olvidar que algunas de las mejores transformaciones de la cultura europea (libertad religiosa, democracia, racionalidad crítica, derechos humanos, lucha por la justicia...) se han ido abriendo camino contra la institución eclesial recelosa siempre de la pluralidad y del cambio? Sobre todo, como sugieres, ¿cómo seguir dando la espalda a la novedad de Jesús, a su sueño de renovación del mundo, a su espíritu de libertad y de liberación? Difícilmente se puede apelar a Jesús y olvidar que fue un profeta judío profundamente provocador, original, transformador? No es extraño que la institución eclesiástica se resista a descubrir al Jesús histórico más allá del Jesús del culto. Por supuesto, el Jesús histórico no está en contradicción con el Jesús divino del culto, pero el Jesús divino del culto se vuelve irreal y alienante si se separa y se aleja del espíritu profético, libre y rebelde de Jesús.

*8.-¿Qué condiciones consideras indispensables para que la Iglesia vuelva al mundo, tras su huida y aislamiento, y pueda hacerse creíble en esta sociedad tan pluriforme: materialista y a la vez acogedora de movimientos solidarios universales; racional y secularizada a la vez que militantemente crédula o atea; y contradictoriamente tan fascinada por el resplandor tecnocrático del progreso como por movimientos religiosos fanatizados?*

Lo primero sería reconocer efectivamente que vivimos en un mundo complejo, y no pocas veces contradictorio, como señalas. La multiplicación de la información está en el origen de esta complejidad y de no pocas contradicciones. Creo que es indispensable partir de ese diagnóstico, y superar esa lectura simplista que insiste en el indiferentismo, el relativismo, el hedonismo. La Iglesia no puede seguir presentándose como madre y maestra que tuviera las soluciones para todos los problemas y todas las preguntas. También la Iglesia participa de la complejidad, las dudas y las contradicciones de la cultura actual y es preciso que así lo reconozca.

En segundo lugar, creo que los cristianos debemos redescubrir el núcleo evangélico, místico y liberador, de nuestra fe. Y eso requiere ir más allá de nuestra obsesión por las doctrinas y por las normas morales. El mundo de hoy no espera de nosotros creencias (a menudo trasnochadas, expresadas en un paradigma obsoleto) ni normas morales (obsesivamente centradas en todo lo relativo a la sexualidad, el comienzo y el final de la vida individual). Lo que espera de nosotros es inspiración y aliento para recuperar la paz interior, la armonía con la naturaleza, el potencial utópico, la energía para enfrentarse a la injusticia y para impulsar otro modelo económico y político para este planeta.

Creo que son indispensables también unas reformas estructurales profundas en el seno de la Iglesia, en el sentido de la democratización, la descentralización, la aceptación del pluralismo...

Y para que todo eso sea posible es necesaria mucha humildad. Humildad personal e humildad institucional, para aceptar que no poseemos la verdad, que no somos dueños del bien, que estamos lejos de Jesús, que el Evangelio nos juzga a todos empezando por nosotros mismos, que el Reino es don y tarea de todos más allá de todas las fronteras religiosas...

*9.- Hay una profunda crisis eclesiológica, moral, espiritual y pastoral. ¿La quiebra y decepción es del Evangelio de Jesús o de un modelo de cristianismo y de Iglesia? ¿No tendrán todas ellas una misma raíz?*

Creo que estamos viviendo una época de transición histórica, de gran metamorfosis cultural, a un ritmo impresionante. En los 58 años que tengo, ya estoy conociendo el tercer estadio o modelo cultural: en mi infancia viví de lleno el modelo agrario; en mi juventud y primera adultez tuve que adaptar mi cosmovisión y el lenguaje de mi fe a la modernidad propia de la era industrial; desde hace 15 años, trato de mirar el mundo, de vivir mi fe y de decirla en el paradigma postmoderno de la era industrial de la información globalizada. Como todos los de mi generación, he pasado de utilizar pizarras de mano y el tintero de la mesa con papel secante a escribir a máquina y luego en ordenador (compré mi primer ordenador en el año 88 mientras trabajaba en mi tesis; el que utilizo ahora es ya el quinto...). No sólo estamos viviendo una época de cambios, sino también un cambio de época, y eso a un ritmo muy veloz y en aceleración permanente. Nos sentimos desbordados por los cambios científicos, tecnológicos, médicos... Las certezas duran poco, nos preguntamos a dónde vamos. Y nos siguen estremeciendo los gritos de los pobres y los gritos de la Tierra.

En esta situación, tenemos que redescubrir el mensaje sanador y renovador del Evangelio de Jesús, su potencial místico y liberador. No podemos quedarnos anclados en el pasado. No podemos aferrarnos a lenguajes anacrónicos, a imaginarios milenarios de

Dios pertenecientes a la cultura agraria (el Dios separado, el Dios legislador, el Dios castigador del sacrificio y de la expiación, de la elección y de la exclusión, el Dios que interviene desde fuera cuando quiere haciendo “milagros” que rompen las “leyes de la naturaleza”...). No podemos seguir apelando a una supuesta “ley natural” inmutable como fundamento moral... No podemos seguir manteniendo unas instituciones eclesiásticas (ministerios...) arcaicas y obsoletas. Es muy posible que el cristianismo tradicional como religión “plausible” en la cultura occidental está tocando a su fin. Pero el evangelio sigue siendo inspiración para redescubrir a Dios como misterio de consuelo y transformación, de confianza y compasión, de belleza y ternura en el corazón de la realidad y de todos los seres. El Evangelio sigue siendo motor para seguir soñando y liberando. Ese cristianismo tiene futuro.

*10.- Sé que, y sabemos todos, que la Institución te ha señalado blanco de una exclusión cruel sistemática. Tú, franciscano, hijo y hermano del cosmos y de la naturaleza, libre y desprendido de todo, ¿qué armas exhibes para suscitar tanto miedo y perturbación? ¿A quién y a qué amenazas? ¿Qué valores cuestionas y cuáles enalteces?*

Creo que exageras, Benjamín. No creo que yo sea el blanco de ningún proyecto institucional, ni una amenaza para nada ni nadie. De verdad, no me creo tan importante. No lo soy. Simplemente, se ha dado la conjunción de algunos factores que han hecho que se haya formado un cierto revuelo en torno a mi caso. Pero dejemos eso. No interesa. Sí interesa que, dentro de la Iglesia, vaya tomando cuerpo un movimiento de envergadura, un movimiento cohesionado y coordinado que diga: “Somos Iglesia y queremos seguir siéndolo. Somos discípulos de Jesús y queremos vivir hoy lo que él vivió hace 2.000 años. Queremos buscar y encarnar un nuevo paradigma teológico y eclesial para vivir y decir nuestra fe en Dios, en Jesús, en el Evangelio, en el futuro del planeta. Queremos vivir y proponer el evangelio en un paradigma ecológico,

interreligioso, pluralista, místico, liberador, aconfesional... Creemos que el cristianismo ha de transformarse desde su núcleo inspirador místico y comprometido. Creemos que el Evangelio de Jesús puede ser luz, sal, levadura para el mundo de hoy, pero junto con otros, sin exclusión ni inclusión, más allá de todas las fronteras religiosas y confesionales, en reciprocidad y diálogo”. En todo eso creo junto con innumerables cristianos y cristianas. A eso quiero aportar mi granito de arena como tantísimos y tantísimas creyentes.

*11.-Hay que estar dentro de tu piel, para sentir el dilema planteado por un tal conflicto en medio de este mundo, tan distinto al anterior. Te has debatido entre el amor a tu vocación franciscana , sacerdotal, teológica y la presión ejercida desde distintas instancias hasta arrancarte de ella. ¿Cuál ha sido tu delito? ¿En la resolución del conflicto has puesto condiciones indignas para tratarte con dignidad en un diálogo abierto, fraterno, metodológicamente adecuado, movido por tu gran amor a la Iglesia y, en el fondo, por quien la inspira y sustenta?*

Sí, creo que amo a la Iglesia y amo a Jesús. Creo que amo el Amor y la Belleza que sustentan el cosmos en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño. Por supuesto, no quiero plantear ninguna batalla contra nadie. Lo único que he reivindicado es un espacio de libertad, ”un lugar en la Iglesia para mi error”, si fuera error. ¿Quién puede decir en teología: “Esto es verdad, esto es error”? Todos los pronunciamientos en ese sentido, a distancia, todos han resultado falsos o claramente parciales. ¿Para qué seguir, pues, en ese registro, si es seguro que tanto quien afirma como quien niega hablan cada uno desde una perspectiva parcial? Si esto es así en las ciencias, mucho más lo es en filosofía, y mucho más en teología, pues Dios es siempre más grande, y como han dicho San Agustín y Santo Tomás y todos los grandes teólogos: “Si comprendes, no es Dios; eso que comprendes, no es Dios”. Sigue, pues buscando.

En la Iglesia hay lugar para la ambición, la codicia, el autoritarismo, el orgullo, resulta que hay tanta pederastia... ¿Por qué no va a haber lugar para unas opiniones teológicas, aunque parezcan erradas? Lo único que se debiera impedir es que nos hagamos daño. De acuerdo, alguien puede considerar que determinadas ideas son no sólo erróneas, sino también perjudiciales (por eso justificaban San Agustín y Santo Tomás la tortura y la pena de muerte para el hereje: es mayor, decían, el mal que hace el hereje con su herejía que el mal que se le hace al hereje matándole). Bien, si a un le parece que una opinión es errónea, que lo diga, y que argumente, que trate de convencer del error al que lo enseña o escribe, que convenza a la gente para que nadie le haga caso ni le oiga ni le lea. Pero que no recurra al poder, la condena, la exclusión. Que se abran espacios amplios de tolerancia, de contraste de opiniones, aunque sean contradictorias. Y que, si hace falta, haya tribunales representativos del sentir amplio de la Iglesia que puedan juzgar y decir la última palabra, aunque ¡ojalá nadie necesite decir nunca la última palabra! La Iglesia será tanto más sana y sanadora cuanto más amplio sea el margen de pluralidad y de tolerancia en su seno.

Eso es lo que yo pedía dentro de la institución religiosa y del estamento clerical, pero no fue posible. Me encontré sin el espacio que yo consideraba necesario para seguir desempeñando mi misión allí donde estaba. Y tuve que optar: o bien dejar de ser y de hacer lo que era y hacía para seguir siendo franciscano y sacerdote, o bien dejar la Orden y el sacerdocio para seguir siendo lo que soy y lo que creo que debo aportar. He optado para seguir mi camino en nombre de lo que entiendo que me pide la conciencia, la comunidad eclesial, el mundo de hoy, y –me atrevo a decirlo con todos los reparos– Dios.

*12.-¿Cómo has procedido en todo este calvario y qué conclusiones has sacado que puedan aprovecharnos a todos?*

Tengo que decir que, al menos hasta ahora, no puede hablar realmente de calvario. Calvario es lo que viven Haití, Palestina, Etiopía, el Congo. Calvario es lo que viven los inmigrantes sin papeles, de administración en administración o de vuelta a sus países. Calvario es lo que viven los parados haciendo fila a las puertas del Inem. Y los pequeños o inmensos calvarios de los que viven enfermos, deprimidos... Yo soy muy frágil en todos los sentidos, pero en todo este tiempo, me he sentido bien, en paz, y muy acompañado en medio de la soledad. No sé cómo me sentiré mañana, pero pienso que debo procurar que los pasos dados sean para bien. Seguro que he cometido errores en este tiempo, y a lo mejor he tomado decisiones importantes con demasiada celeridad, pero no quiero mirar atrás demasiado, quiero seguir adelante en humildad y en paz.

¿Qué conclusiones saco de todo esto? Pues en primer lugar, que la vida es muy imprevisible, pero que siempre puede haber una salida. Hace un año, me hubiese angustiado mucho pensar que iba a encontrarme donde ahora me hallo, ni me lo imaginaba, pero me encuentro bien, en medio de inseguridades e interrogantes. En segundo lugar, aunque esto pueda sonar a autojustificación y quizá lo sea, saco la conclusión de que no merecía la pena prolongar aquella situación de impasse en que me metí o me metieron cuando me impusieron el silencio para un año hace justo 11 meses o cuando me obligaron a callar definitivamente hace 6 meses; lo que hayas de hacer, hazlo pronto... En tercer lugar, lo más importante ahora: no merece la pena gastar energías en conflictos personales, crispaciones intraeclesiales...; tenemos que cuidarnos de esa tentación y tratar de crear alternativas con respeto, con lucidez, en cooperación. Y tal vez, en ese sentido, saco una cuarta conclusión: es preciso coordinar iniciativas y fuerzas para ir creando plataformas eclesiales alternativas; andamos muy dispersos y desconectados; no se trata de formar ninguna iglesia paralela, ni una nueva estructura rígida y centralista, pero es necesario buscar formas y estructuras comunes para empujar de manera más eficaz la causa que movió a Jesús.

## **Sobre el papa Francisco<sup>11</sup>**

*1.- ¿La renuncia de Benedicto XVI es un gesto profético, revolucionario u obligado por los escándalos?*

¿Y cómo lo podremos saber, si no nos lo ha dicho, o si albergamos fundadas sospechas de que la explicación dada (su estado de salud) no era la única razón y tal vez ni siquiera la razón decisiva? El Vaticano es un mundo opaco, atrapado en su complejidad y en la maraña de sus intereses y relaciones de poder. Como todas las grandes instituciones, e incluso más. Sin embargo, la Iglesia debiera ser un lugar de transparencia, un ejemplo de simplicidad, un modelo de fe en la verdad, ingenua y crítica a la vez. Jesús dijo: “Decid sí cuando sea sí, y decid no cuando sea no”. Es decir: “Al pan, pan, y al vino, vino”, con todos los riesgos. Pero en el Vaticano no es así, y estamos obligados a hablar de lo que no sabemos.

Dicho eso, diría también que su renuncia fue más por su hastío ante las curias que por su estado de salud. Tal vez quiso que el siguiente pudiese adoptar más libremente las medidas que él quería pero no podía. Sea como fuere, quienes celebran su renuncia como gesto de humildad o de valentía censuran, indirectamente, la arrogancia o la cobardía de Juan Pablo II que en una situación peor no renunció.

---

<sup>11</sup> Entrevista realizada por José Manuel Vidal y publicada en “Religión Digital” en mayo de 2013.

En cualquier caso, considero que la renuncia de Benedicto XVI hubiese sido realmente profética si hubiera explicado las verdaderas razones o, más todavía, si se hubiera ido diciendo: “En el Vaticano se imponen estas reformas y las de más allá. Pero yo no puedo ejecutarlas por esto y por esto. De modo que me voy para que el siguiente las lleve a cabo”.

*2.- ¿Cómo es posible que una institución que había tocado fondo en menos de un mes renazca como el Ave Fénix?*

Me temo que voy a parecer demasiado escéptico, pero creo que todavía está por verse si la institución vaticana va a ser capaz de renacer y, sobre todo, de volar. No cabe duda de que el Papa Francisco, con unos gestos y unas palabras muy sencillas – y con un enorme aparato mediático, no se olvide – ha logrado levantar, no el vuelo, pero sí un viento de entusiasmo y esperanza.

La esperanza es lo más activo y transformador, pero los vientos se calman o cambian pronto de dirección. También podría suceder que el entusiasmo deje pronto paso al desengaño.

La gran debilidad de esta oleada de entusiasmo que aún sigue viva es que todo depende de una persona, de su carisma y de su poder personal absoluto. La institución católica es una monarquía absoluta fuertemente sacralizada, y mientras no cambie el sistema monárquico o no se desmonte su legitimación teológica, su rehabilitación será solo aparente o incluso puede ser contraproducente, pues puede contribuir a reforzar el carácter absolutista y personalista del sistema. Yo creo que sería mejor que ese Ave Fénix eclesiástico, por seguir con la imagen, no renaciera. El renacimiento de sus cenizas significaría seguir anclados en el Antiguo Egipto. Lo que hace falta es reinventar la institución al aire del Espíritu que alienta y recrea.

3.- *¿Qué tiene el Papa Francisco que concita el apoyo de la opinión pública y, lo que es más difícil, de la publicada?*

Un rostro bondadoso, un gesto de sencillez natural, una palabra improvisada y fresca... siguen siendo lo que más nos conquista y atrae. Es lo que más nos ayuda a recuperar nuestra fe en nosotros mismos, en la humanidad, en un futuro más humano y fraterno. ¡Y lo necesitamos tanto, tanto! Necesitamos figuras en las que mirar restaurada nuestra imagen personal y colectiva (y no digamos eclesial o eclesiástica...) tan desfigurada. Necesitamos espejos que nos reflejen lo más límpido y lo mejor de nuestro ser, y no hay mejor espejo que la bondad de un rostro, la humildad de un gesto, la autenticidad de una palabra... Y creo que todo eso se da en el Papa Francisco, y explica su atractivo mediático.

Luego, una vez más, surgen las dudas: ¿hasta qué punto es una figura genuina y hasta qué punto es una figura fabricada por los propios medios de comunicación? Lo que la prensa crea la prensa lo destruye o simplemente lo olvida. Todavía es muy pronto para pronunciarse sobre el alcance de esta figura y, sobre todo, de sus proyectos de reforma en la Iglesia.

4.- *¿Sus gestos se concretarán en decisiones y en reformas reales?*

Me resulta muy difícil pronunciarme, y en cualquier caso soy muy sensible al carácter imprevisible del futuro, mucho más acentuado en nuestros tiempos de información globalizada y de cambios acelerados. Nadie había previsto la caída del bloque soviético ni la primavera árabe. Tampoco se había previsto la llegada de Juan XXIII...

Han pasado ya tres meses desde su elección, y todavía no he visto en el Papa Francisco ningún signo inequívoco, no he oído de sus labios ningún mensaje realmente novedoso. Lo que vemos es su estilo de sencillez, la naturalidad de su mirada y de su

palabra, su actitud acogedora, y todo eso es lo mejor que podemos esperar de una persona, pero en un Papa no basta, hace falta un proyecto de reformas profundas. Lo que hemos oído de sus labios son palabras de aliento, de ternura, de solidaridad con los pobres, y es fantástico, pero ¿qué menos podemos pedir de un Papa, cualquiera que sea? Juan Pablo II pronunció discursos y escribió encíclicas muy buenas sobre la justicia, contra las desigualdades, a favor de un modelo distinto al capitalista... En el Papa Francisco no encuentro todavía ninguna novedad tampoco en ese campo.

Lo más novedoso y esperanzador en el mensaje de este Papa, por ahora, me parece no tanto lo que ha dicho, sino lo que no ha dicho: no ha hablado contra el mundo actual – como hacían con tanta frecuencia sus dos predecesores –, acusándolo de relativista, hedonista, materialista, increyente...

Pero lo que más dudas me suscita en el Papa Francisco es igualmente lo que no ha dicho: en tres meses, no ha dicho nada contra la dictadura neoliberal de las entidades financieras y multinacionales (en cambio sí expresó sus condolencias por la muerte de Margaret Thatcher), a favor de la canonización de Monseñor Romero, de la igualdad de la mujer en la Iglesia en todos los campos, de la reforma de la moral sexual o del Derecho Canónico en lo que respecta a los divorciados, a favor de las religiosas de EEUU o de la rehabilitación de los teólogos condenados...

No ha dicho nada sobre las reformas de calado que a mi modo de ver se imponen en la Iglesia en el mundo de hoy, más allá reformas curiales, por profundas que éstas deban ser y vayan a ser. No bastarán.

5.- *¿La reforma de fondo consistiría en reactivar el congelado Vaticano II durante los últimos 35 años?*

Ni siquiera eso. Se me dirá que soy demasiado maximalista. De acuerdo, las reformas de fondo no pueden ser repentinas, pero creo que es importante tener claro el

horizonte hacia el que debemos avanzar. Insisto: no bastará con “reactivar el Vaticano II”. Lo primero que hay que dilucidar es de qué hablamos cuando hablamos del Vaticano II. Juan Pablo II y Benedicto XVI repitieron una y otra vez que ellos estaban aplicando el Concilio. El *Catecismo de la Iglesia Católica* está cuajado de citas del Vaticano II, hechas por cierto de manera muy selectiva y sesgada.

El problema es, pues, qué lectura se hace del Concilio. El problema es si nos quedamos en la mera repetición de la letra del Vaticano II, o prolongamos su espíritu. Pero el problema es también el propio Concilio, pues sus documentos son siempre, y como no podía ser menos en aquel momento, formulaciones de compromiso entre el sector tradicionalista y el sector renovador de los padres conciliares. El problema es que el Vaticano II no formuló en términos inequívocos un nuevo modelo de Iglesia no clerical ni jerárquica, una Iglesia democrática, ni un nuevo paradigma teológico pluralista, una nueva manera de entender los dogmas (en especial los dogmas cristológicos) ... Y de la mujer no dijo nada. Y dejó intacto el poder absoluto del Papa y su infalibilidad...

De modo que la pregunta es: ¿Qué pasa en los documentos del Vaticano II para que 50 años después se hayan podido desactivar, citando el Concilio y en su nombre, los sueños que provocó en muchos? Eso significa que es preciso avanzar mucho más allá de donde llegó el Vaticano II. El mundo ha cambiado mucho desde entonces. No tiene sentido que queramos reactivar el pasado. Hay reinventarlo y prolongarlo, siguiendo su impulso, su espíritu.

6.- *¿Qué es, a su juicio, lo más urgente en la Iglesia?*

Lo más urgente es que recupere lo que es su verdadera entraña: el aliento y la compasión. Que recupere el espíritu de Jesús, hecho de confianza y de misericordia. Que vuelva a escuchar de labios de Jesús las palabras que una y otra vez pronuncia en los

evangelios: “No temáis”. Que vuelva a leer la parábola del Buen Samaritano y se deje interpelar y desafiar. Que mire las multitudes hambrientas, como Jesús, y sienta realmente compasión, como él, y se dedique a dar de comer, más que a defender dogmas, normas morales e instituciones del pasado.

Es decir, lo más urgente es que la Iglesia misma se deje evangelizar en sus personas y estructuras y se atreva a transformar profundamente su teología y sus instituciones, para que pueda anunciar con un lenguaje comprensible una palabra de aliento al mundo de hoy, y pueda contribuir con todas sus fuerzas a humanizar desde la compasión con los últimos, desde un paradigma eco-feminista, todas las estructuras políticas y económicas del planeta. Eso es también lo más urgente para el Papa Francisco.

#### 7.- *¿Le dejarán hacer reformas?*

La pregunta decisiva es, para mí, no tanto si le dejarán hacerlas, sino si él mismo querrá hacerlas. Según el Derecho Canónico y según la teología de todos los que le han elegido, el Papa tiene poder absoluto. Pues que lo ejerza para hacer las reformas que quiera hacer, si realmente quiere hacerlas. Es contradictorio ser, como todavía lo es de hecho, un Papa infalible y plenipotenciario, y ceder a presiones y poderes del exterior. Podrá comprenderse, pero es una contradicción. Es la contradicción de todo poder absoluto concentrado en una sola persona: al ser imposible que lo ejerza una persona – en este caso el Papa –, lo ejercen otros, pero fuera de todo control – en este caso las curias, pero no solo ellas –.

Y vuelvo a lo de antes: no basta con un estilo más sencillo, una vida más austera, un talante más acogedor y dialogante. La cuestión es invertir la lógica jerárquica, el modelo vertical y clerical de la Iglesia y sus ministerios, el poder absoluto del Papa, el paradigma teológico medieval todavía vigente... De igual forma que un Papa impuso, en

el Vaticano I, los dogmas de la infalibilidad y del primado absoluto del Papa, un Papa puede (y a mi modo de ver debe) suprimir esos dogmas y devolver la palabra y el poder al pueblo creyente. Y sin eso todo seguirá estando como antes o en cualquier momento podrá volver a estarlo, dependiendo del Papa que tengamos.

8.- *¿Dónde se va a encontrar mayores resistencias: en el pueblo, en el alto clero...?*

Creo que las mayores resistencias las encontrará en sí mismo, en sus propios esquemas teológicos o en sus miedos personales. No digo que las curias, el episcopado universal cuya inmensa mayoría es muy conservadora, los movimientos eclesiales neoconservadores que tienen inmenso poder... no digo que todo eso no ejerza mucha presión para evitar las reformas de fondo, pero el Papa Francisco debiera hacer uso de su sabiduría ignaciana y de su libertad franciscana para afrontar las dificultades con sencillez y valentía. Y con transparencia. La transparencia sería su mejor arma contra las tramas curiales.

9.- *¿Los movimientos neoconservadores estarán dispuestos a compartir espacios en la Iglesia?*

Salta a la vista que esos movimientos buscan ocupar el máximo espacio de poder en la Iglesia. Eso sí, con el argumento del servicio a la Iglesia y al mundo actual, tan perdido según ellos. Pero no fue ésa la opción de Jesús ni su enseñanza.

Los movimientos neoconservadores son enemigos declarados de la democracia en la Iglesia, del pluralismo teológico, de la laicidad. Quieren copar el espacio y el poder. Pero la imposición, el exclusivismo, el privilegio... no son buena noticia, no son signos del Espíritu que habita en el corazón de todos los seres. En la medida en que esos movimientos sigan imponiéndose en la iglesia institucional, la Iglesia se irá convirtiendo en un gueto social y cultural. Se está convirtiendo ya.

10.- *¿Hay ilusión entre la gente y el clero por el nuevo Papa?*

Creo que sí. Parece indudable que sí. Y perdón por la insistencia, pero eso no me parece decisivo. Lo decisivo es que el Papa emprenda las reformas de fondo a las que he aludido antes, y sin las cuales todo se quedará en una cuestión de estilo y de talante. Y si al siguiente Papa lo van a elegir, como a éste, unos cardenales, y si va a seguir poseyendo el poder absoluto y si su estilo y su mentalidad son diferentes, entonces podrá deshacer todo lo hecho, desandar el camino avanzado, volver a la Iglesia al pasado.

Recordemos al Papa Juan XXIII. Nadie negará su estilo y su carisma evangélicos: abrió puertas y ventanas secularmente cerradas y dejó que irrumpiera dentro un auténtico vendaval; nadie negará que suscitó en la Iglesia un inmenso movimiento renovador... Pero ¿qué pasó entonces para que, 60 años después, estemos donde estamos, es decir donde estábamos hace 60 años, celebrando la llegada de un nuevo Papa que tal vez volverá a abrir puertas y ventanas? Pasó que no adoptó las medidas imprescindibles para que otro Papa no pudiera invertir la situación. Es decir, mientras en la Iglesia católica no se implante el modelo democrático, mientras todo el aparato institucional (obispos, sacerdotes...) no se renueve de acuerdo a este modelo democrático y no clerical, mientras el Papa no pase a ser una especie de Presidente (o Presidenta) democrático elegido por las diversas iglesias por un tiempo limitado y sin poderes absolutos... la ilusión podrá transformarse en desengaño.

Y a decir verdad, yo no veo de momento ningún signo de que el Papa Francisco quiera llegar hasta ahí. Le oigo hablar de Dios, de Cristo, del pecado y del perdón, de los milagros, de la Iglesia, de la mujer... en los términos tradicionales, aunque con un tono más fresco y natural. Es un cambio de clima, pero no bastará, pues el clima podrá cambiar.

*11.- ¿El cambio de clima llega o llegará también a la diócesis de San Sebastián y a su obispo, monseñor Munilla?*

Parece que sí, que el cambio de clima actual puede afectar o incluso ya está afectando en nuestra diócesis de San Sebastián. De hecho - ¡cosa increíble, pero cierta! -, en la tarde del 13 de marzo en que fue elegido este Papa, la página web oficial de la diócesis anunció que había sido elegido Ángelo Scola y había adoptado el nombre de Benedicto XVII..., y así estuvo la versión vasca de la página web de la Diócesis hasta la mañana siguiente. ¿Qué pasó? Tal vez fue alguna información precipitada proveniente de Italia. Tal vez les traicionó el deseo de que el elegido fuera otro...

*12.- ¿Empieza a romperse la dinámica del miedo en la Iglesia jerárquica española?*

¡Ojalá! Parece que la posición de Mons. Rouco se debilita, por su no lejana sustitución por un lado, pero también por los nuevos aires que corren, aunque sean pasajeros. Da la impresión de que vivimos en un compás de espera. No lo sé. En cualquier caso, parece que las grandes cuestiones que preocupan al episcopado español prácticamente en pleno son la ley del aborto, la enseñanza de la religión confesional en los centros públicos, la financiación de la Iglesia y la exención del IBI. La batalla del matrimonio homosexual ya la han dado por perdida, pero las otras también las perderán. Es cuestión de tiempo. El Espíritu y la Vida son imparables.

## **Capítulo 4**

### **EL CREDO EN EL QUE CREO**

## **Rezar el Credo de otra manera**

Amiga, amigo lector, si has leído las páginas que preceden, tal vez te hayas preguntado en más de una ocasión: pero este hombre ¿cree realmente en el Credo cristiano, el símbolo fundamental de todas las grandes iglesias cristianas? Trato de ponerme en tu lugar y comprendo tu pregunta. No la eludiré.

¿Creo en el Credo cristiano? Te diré lo que creo. Pero te diré primero que creer no consiste para mí en asentir a unas creencias, por solemnemente formuladas que estén en el Credo o en los dogmas. Creer es una forma de mirar, de sentir y de vivir. Las creencias dependen del lenguaje, y el lenguaje depende de la cultura. La cultura y el lenguaje son cambiantes, y por lo tanto también lo son las creencias. Yo no creo en el Credo de la misma manera en que creían los primeros que lo formularon. Tampoco tú, aunque te parezca que sí.

Cada época y cada persona tienen el deber de entender el Credo de aquella manera que le parezca creíble. Lo que no resulta creíble no se ha de creer. El que cree algo lo cree siempre porque por alguna razón le parece creíble, razonable, “plausible” creer así. O bien porque piensa que “Dios lo ha revelado exactamente así”, o bien porque está convencido de que es razonable creer como el papa mande que se crea, o por alguna otra razón. Pero quien cree algo lo hace porque le parece razonable. Quien dice “no me parece razonable, pero lo creo” lo dice porque piensa que tienes razones para decirlo, a no ser que no sepa lo que dice.

¿Creo en las afirmaciones del Credo? Santo Tomás de Aquino dijo: “La fe no se refiere a unas fórmulas, sino a aquello a lo que apuntan”. Yo “creo” en aquello que, a mi modo de ver, se refieren las antiguas fórmulas del Credo. E insisto: “creer” no consiste en asentir a unas creencias (¿de qué serviría?). “Creer” es mirar cada ser, sentir la realidad y vivir la vida desde una profunda gratitud, confianza y compasión universal. Como hizo Jesús. Jesús tenía unas creencias (judías) que nosotros no podemos compartir. El mismo Jesús las compartió de manera libre y creativa, y solo en la medida en que le ayudaban a vivir. Lo mismo hemos de hacer nosotros. La vida nueva, despierta, libre y fraterna, es lo que importa. Lo demás es añadidura.

Vayamos, pues, al “Credo”. Ya en el siglo IV, algunas iglesias cristianas de Occidente utilizaban como “regla de fe” una fórmula que equivale prácticamente al “Credo breve” de nuestras misas, y lo llamaban “símbolo apostólico”. “Símbolo” era un objeto –un trozo de madera por ejemplo– partido en dos que servía como contraseña a las dos partes de una compraventa o de un contrato cualquiera: una parte por sí sola no servía de nada, pero conjuntada con la otra refrendaba y autentificaba el acuerdo o el tratado. Eso significa el verbo griego *ymbalein*: lanzar conjuntamente, ensamblar, reunir, ponerse de acuerdo... Y eso significa el sustantivo *symbolon*: marca, señal, contraseña, o incluso contrato.

A esa fórmula de fe o Credo lo llamaban “Símbolo Apostólico” porque creían que lo habían compuesto los 12 apóstoles en Jerusalén el día de Pentecostés. Es una leyenda, claro está. Cuando hoy decimos “símbolo apostólico” o “fe apostólica”, no nos referimos a las creencias de los 12 apóstoles de Jesús o de todas las demás discípulas y discípulos (que eran tan “apóstoles” como los 12). “Apóstol” (de raíz griega) significa “enviado”, lo mismo que “misionero” (de raíz latina). “Fe apostólica” significa acoger y vivir la buena noticia anunciada por Jesús, el “enviado” (imaginaban que “Dios” lo había enviado desde lejos, desde el cielo, como antaño a los profetas, y por eso lo llamaron así).

Jesús es el profeta de la vida libre y fraterna, compasiva y feliz. Es el profeta y testigo de la Vida Buena. Y “fe apostólica” significa el deseo de vivir como Jesús; significa que queremos ser, como Jesús, testigos o profetas (o enviados, misioneros o apóstoles) de la Vida Buena y anunciar todo lo bueno, a denunciar todo lo malo, a curar todo lo herido, a liberar todo lo oprimido.

Cuando un grupo de cristianos rezamos el mismo “Credo”, éste se convierte en una especie de “símbolo” en que nos reconocemos, como una contraseña de lenguaje. Una Iglesia es también una comunidad lingüística, y como tal comparte unos textos, un lenguaje, una tradición de creencias, de normas, de ritos y estructuras. Lo mismo sucede con toda comunidad humana que posee una conciencia de identidad compartida.

Ahora bien, todas las fórmulas de lenguaje y todas las instituciones nos remiten siempre más allá de ellas. Ésa es su función. Nos unen en la medida en que nos llevan a otra parte. Son símbolos en los que nos reconocemos, sí, pero no nos encierran en aquello que significan, sino que nos abren al Misterio indecible. Los miembros de una Iglesia no estamos en comunión de fe porque todos creamos lo mismo y pensemos igual –cosa por lo demás siempre imposible–, sino porque compartimos un horizonte vital –una manera de mirar, de sentir, de vivir– inspirado en Jesús, más allá de todas las palabras, creencias e instituciones.

Para que el Credo sea hoy un “símbolo” que nos une realmente, hemos de entenderlo de manera que nos remita más allá del significado literal de las palabras y de las frases: “padre”, “envió”, “conció”, “está sentado a la derecha”, “ha de venir a juzgar”... No comulgamos en las palabras o en sus significados concretos, sino en la Vida Buena anunciada e inspirada por Jesús. Para que el Credo antiguo nos haga vivir, es preciso reinterpretarlo con nuestras propias palabras –en realidad, siempre se ha hecho así, a sabiendas o sin saberlo–.

En las páginas que siguen<sup>12</sup>, expondré de la manera más sencilla –y siempre aproximada– cómo yo entiendo hoy el Credo, cómo es “símbolo” para mí, o cómo creo que me invita a vivir. Una interpretación del Credo que no aliente a vivir no sirve de nada. Pero solo una interpretación razonable nos puede alentar. Y solo una interpretación alentadora es razonable.

---

<sup>12</sup> Sigo básicamente el texto publicado en José Arregi, *Charlas de José Arregi*, Ediciones feadulta.com, Madrid 2010, pp. 33-109.

## Creo

Desde el fondo de nuestro ser hecho de confianza y de duda, con humildad y resolución, decimos: “Creo”. Lo decimos en primera persona del singular, sabiendo que lo dicen también otros muchos creyentes con fe única y diversa. Decimos “Creo”, y con este simple verbo nos remitimos, no a unas creencias, sino a lo más hondo y verdadero de nuestro ser, de todos los seres, más allá de lo que vemos, pensamos, poseemos, y más allá de lo que decimos. Más allá de las creencias que profesamos.

Decimos “Creo” y nos sentimos presentes, vivos, seres en pie, sujetos actores de nuestro ser. Nos sentimos perdidos en la intemperie, pero decimos “Creo” y de pronto nos sentimos también seguros, acogidos en la gran Presencia, tomados de la mano, mirados con cuidado. Decimos “Creo” y nos sentimos libres y acompañados, heridos y curados, penosamente expuestos y dulcemente protegidos en el Ser, en la Vida, en la Gran Comunión. Decimos “Creo” en respuesta a una palabra, una presencia, una ternura que nos preceden eternamente desde el corazón de la Realidad que somos.

Al empezar decimos “Creo” y al final diremos “Amén”. Es sabido que ambos términos se derivan en hebreo de una misma raíz (*'mn*) que indica seguridad, estabilidad, solidez. La firme seguridad de quien se apoya firmemente y está hondamente cimentado en algo, en alguien, y que puede descansar en medio de todas las luchas. ¿Estamos de hecho cimentados? Lo estamos, sí, pero a la vez nos percibimos profundamente inconsistentes, inestables, inconstantes, inseguros. Nuestro ánimo es

cambiante y quebradizo, y nos volvemos una y otra vez “un gran enigma para nosotros mismos” (S. Agustín).

Para sentirnos seguros, a menudo nos aferramos a nuestras cotas de poder, a nuestro éxito o a nuestra virtud. O tal vez, en nuestra angustia, nos autocastigamos sin fin. O quizá nos empeñamos ansiosamente en defendernos y afirmarnos. Pero es como si al caer nos asiéramos fuertemente a nosotros mismos. ¡Cuántas de nuestras empresas son caminos imposibles de huida de nosotros mismos...!

¿No contradice todo ello nuestro Credo, nuestro “Creo” inicial? Sí, pero no dejemos por ello de decir “Creo”. La contradicción forma parte de nuestra confesión del Credo. No hay ningún “Creo” puro. Los interrogantes persisten. La ambigüedad y la contradicción subyacen a todos nuestros propósitos e iniciativas. Pero el Misterio de la Vida que llamamos Dios nos acompaña también en nuestras ambigüedades y contradicciones, y desde ellas decimos: “Creo”.

“Creo” y “Amén”: entre estos términos transcurre el Credo, como transcurre nuestra vida de creyentes en búsqueda. El Credo es una profesión de esta inseguridad apuntalada que somos. Al decir “Creo” y “Amén”, nos fundamos más allá de nosotros, en el fundamento misterioso de la realidad que nos envuelve y no podemos comprender. Desde la incertidumbre misma decimos: *“Sé en quién he confiado”* (2 Tm 1,12). Y, en medio de nuestros equívocos radicales, nos abandonamos en El/Ella/Ello como un niño en brazos de su madre. Nuestra confesión no es falsa si nuestra conciencia es sincera.

El ser humano está radicalmente inacabado y abierto. Es inquietud permanente, nostalgia y anhelo de lo “totalmente otro”. El creyente es el que tiene dónde descansar su inquietud, dónde hacer pie, a dónde dirigir su mirada. Y dice “Creo”. Pero también la fe del creyente es radicalmente inacabada y abierta, comparte todas las dificultades del “increyente” y, con todo, mantiene el corazón abierto a la confianza y dice: *“¡Creo, Señor, pero ayúdame a tener más fe!”* (Mc 9,24), a no hundirme en la desesperación.

## En Dios

El Credo no es una sucesión de dogmas, de “artículos” de fe. Es un testimonio de fe y una invitación a la fe en “Dios”.

Pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de “Dios”? Decimos “Dios”, como si supiéramos qué o de quién hablamos. Pero no sabemos. “Dios” no es lo que sabemos. La Realidad que llamamos “Dios” no la podemos comprender, y nada de lo que comprendemos es Dios (San Agustín, Santo Tomás y todos los místicos de todas las religiones lo han sabido).

Dios no es un Ente, por supremo que sea, separado del mundo, sino el Ser de todo ente. Dios no es “algo” ni “alguien”, sino el Todo en todo. Dios no es ni uno ni muchos, no se puede contar, no se puede localizar en el espacio y el tiempo. El “teísmo” que afirma a Dios como un ente o como algo tiene tan poco sentido como el “ateísmo” que afirma que “Dios” no es nada o que es pura nada. El Misterio de Dios nos remite más allá del teísmo y del ateísmo. “Dios es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna parte”, dice *El libro de los veinticuatro filósofos* de amplio uso en los monasterios medievales. Quien pueda entenderlo que lo entienda.

Dios no es una Persona suprema, con una psicología similar a la humana (que escoge y prefiere, se aíra y se calma, castiga o perdona...), solo que omnipotente. Dios tampoco es lo que llamamos “impersonal”, otro pobre esquema de nuestra mente

estrecha. Dios es Lo Otro de todo y Lo No-Otro de todo (Nicolás de Cusa, cardenal teólogo del s. XV). Dios y mundo no son dos partes de una única Realidad. Dios tampoco es la suma de todas las partes de la Realidad. Dios es Nada de todo cuanto decimos que es, y es el Todo de cuanto es. Le llamamos con todos los mejores nombres que sabemos pronunciar, aunque no cabe en ningún nombre. Dios no es un tú distinto de nuestro yo. Dios es el yo/tú/nosotros en todo yo y en todo tú. Dios no es Él ni Ella ni Ello, porque todos estos pronombres demostrativos los utilizamos para entes del mundo, y Dios no es un ente.

Es Silencio sonoro y Palabra silenciosa en todo. Le podemos hablar, aunque es una manera de dejarnos hablar por su Misterio desde el fondo de todos los seres y de todas las palabras, de todas las súplicas y lamentos, de todas las alabanzas y acciones de gracias. San Francisco de Asís (s. XIII) se expresa así en una oración que le dejó escrita a su querido hermano León para consolarle en una mala racha vital: “Tú eres el bien, todo bien, solo bien. Tú eres la humildad, tú eres la paciencia, tú eres la belleza, tú eres la mansedumbre, tú eres la seguridad, tú eres el descanso, tú eres el gozo, tú eres nuestra fe, tú eres nuestra caridad, tú eres toda nuestra dulzura, tú eres nuestra vida eterna...”.

En esa Realidad como lo más Real de todo “creemos”.

Pero ¿qué es “creer” en Dios? No es tener algo por cierto, asentir a “verdades de fe”, sino acogerse a Dios o a la Vida con todo el ser. Creer en Dios no es *creer que* Dios existe ni creer *lo que* ha revelado ni creer *lo que* ha hecho. La fe no consiste propiamente en *creer que* (y puedes poner aquí todos los dogmas). Puedes asentir a todas las “verdades de fe” y no ser en absoluto creyente. A la inversa, hay muchos que no asienten a nuestras “verdades de fe” y creen, sin embargo, profundamente en “Dios”, en el Fondo de la Realidad como bueno y creador. Lo específico y diferencial de la fe en “Dios” no es del orden de las ideas, de las elaboraciones conceptuales y de las imágenes o representaciones mentales. ¡Cuán vacías son nuestras “verdades de fe”! No encierres tu mente en “verdades”, aunque sean de fe.

La fe en “Dios” tampoco consiste en tener unos sentimientos, unas emociones, unos afectos, que muy ingenuamente solemos llamar “experiencia”. La fe en Dios no es del orden de la afectividad en contraposición a la inteligencia. ¡Cuán ambiguas son nuestras emociones! Los sentimientos y los afectos pueden ser tan engañosos como las ideas. No pongas tu corazón en tus emociones, ni aun cuando creas que vienen de “Dios”.

¿Qué es, pues, creer en Dios? Desde los primeros siglos, la mayoría de los símbolos de la fe o “Credos” dicen “creo *en*” (*eis* en griego, *in* en latín) cuando se refieren a Dios, y suprimen la preposición “en” cuando se refiere a la Iglesia u otros “artículos de fe”. No se en “Dios” como se cree en la Iglesia o en unas realidades particulares del mundo o en unas verdades. En la Iglesia, en realidades particulares en cuanto separadas y en verdades conceptuales no se “cree” propiamente.

Creer en Dios es poner en Él/Ella/Ello, el Misterio más allá de todo número y género, nuestra confianza vital profunda. Creer es la adhesión de todo el ser al Misterio indecible y próximo que nos funda, en el que somos, que somos. Creer en Dios es un acto de confianza y donación del ser entero, que es inseparablemente mente y corazón. El corazón es más que afectos; la mente es más que ideas. Somos corazón que piensa y mente que siente. El corazón confía y necesita entender el por qué de su confianza. La mente entiende y sabe que el Misterio es más grande y que el corazón tiene razón cuando confía en el Misterio que nos sustenta y que somos. El Credo te invita a entrega tu ser entero a “Dios”: “*Peña mía, refugio mío, Dios mío, confío en ti*” (Sal 18,3). Un acto de confianza y de abandono pleno –y no importa que se dirija de manera inmediata a un astro, un árbol o una mascota– es siempre “fe en Dios”.

La fe consiste en estar seguro no de que Dios existe, sino en poner nuestra seguridad en “Dios”, en LO QUE ES, en vivir en “Dios”, y en confiar en nosotros como “Dios” o la Vida confía, en confiar en el mundo y en su futuro como Dios o la Vida confía: activa y pacientemente. En medio de todas nuestras dudas y de todos nuestros

desvalimientos, en medio de todos los miedos y horrores de la historia, confiamos en Dios, el Amor, la Vida. Él/Ella/Ello nunca cesa de estar con nosotros, de rodearnos de ternura, de creer incondicionalmente en nosotros, de levantarnos de nuestra caída, de acompañar nuestro camino y de conducirnos siempre más allá.

Se dice a menudo que vivimos tiempos de silencio y ausencia de Dios. Un “Dios” que a veces hablara y a veces callara es una creación de la mente humana a su propia imagen. No existe. “Dios” no calla nunca. Lo que sucede es que el Misterio Vivo no se encierra en nuestras palabras. Dios no está ausente en ningún lugar. Lo que pasa es que ningún lugar y ningún espacio lo contienen. La crisis de la fe en Dios es, en primer lugar, la crisis de nuestros lenguajes sobre Dios, de nuestras representaciones de Dios. La crisis cultural de “Dios” es una oportunidad para volvernos al Misterio Real, a su infinitud y a su infinita cercanía.

Para creer en Dios, es preciso que estés constantemente dispuesto/a a purificar tus imágenes y tus ideas acerca de “Dios”. Dios o la Vida debe de “sentirse” muy abrumado/a por todo lo que le hacemos decir, hacer, ser, y por todo el daño que nos hacemos en su nombre. La Seguridad o la Humildad preferiría ser negada antes que ser convertida en factor de angustia, de opresión, de miedo. Libera a “Dios” de tus miedos, y déjate liberar por la Caridad y la Paz. Sobre todo y ante todo, no tengas miedo a Dios, pues de esa forma te harías daño y pervertirías a Dios. La Confianza o el Descanso quiere curar todos tus miedos. Hagas lo que hagas, el Amor o la Vida está siempre de tu lado y a tu favor, para conducirte desde ti a lo mejor de ti, y para hacer de ti un samaritano para con todos los heridos del mundo. Pero el Bien, Sumo Bien, solo Bien no sabe utilizar la amenaza, el castigo ni el chantaje, sino el exclusivo poder de la ternura.

No encierres a Dios en la estrechez de tus conceptos, imágenes, fantasmas y emociones engañosas. Déjate llevar por el Credo a mares más profundos, para que puedas confiar siempre. El Credo te invita a descansar en Dios, misterio infinito de misericordia y consuelo. Cree en Dios, que siempre cree en ti. Vuelve a Dios, que

siempre está contigo. Redescubre al Dios digno de fe, al Dios cuya fe cura tus heridas y las heridas del mundo.

## **Padre**

Muchas religiones desde antiguo han llamado a Dios “Padre”, y le han invocado así. Así lo hizo el judaísmo. Así lo hizo sobre todo Jesús: cuando oraba a Dios, casi siempre le llamaba “Padre” en la no insólita pero sí llamativa y expresiva forma familiar “abbá”.

“Padre” es uno de los más bellos nombres con que podemos dirigirnos a Dios. Pero no está exento de peligros. En efecto, no solamente para lo bueno sino también para lo malo, hemos quedado marcados por nuestra relación con la figura paterna en los primeros años de nuestra infancia. Nadie ha tenido un padre perfecto. Para la inmensa mayoría, el padre no ha sido solamente esa figura entrañable que nos dio amor, seguridad, autonomía y responsabilidad, sino también una figura con la que quedó asociado en nosotros un fondo oscuro de miedos y represiones. Al llamar a Dios “Padre”, proyectamos en Dios no sólo lo mejor, sino también lo peor de nuestro padre. Pero Dios es más que “padre”. Es lo mejor que podemos imaginar en la figura del padre, sin fondo oscuro alguno de miedo y amenaza. E infinitamente más.

Además, muchas religiones –también el AT, también Jesús– han llamado a Dios “Padre” en un marco cultural de corte patriarcal. Todo hace pensar que Jesús llamaría hoy a Dios “Madre” tanto como “Padre”. El dulce nombre de “madre” es uno de los nombres más bellos de Dios. Pero tampoco este nombre está exento de limitaciones y riesgos. La figura materna encarna el calor y el bienestar del útero, el cariño

incondicional, la confianza sin límites. “*Como un niño en brazos de su madre*”: así de protegidos y queridos debemos sentirnos en el corazón de Dios, el Corazón de la Realidad, nuestro propio Corazón y Morada. Pero nadie ha tenido tampoco una madre perfecta, plenamente maternal y madura. Tampoco nos basta, pues, este nombre de Dios.

Ni bastan ambos nombres juntos: “padre” y “madre”. Por lo demás, ambas figuras están sufriendo en nuestro tiempo grandes transformaciones culturales. No debemos oponernos a estas transformaciones, pero debemos cuidar de no identificar a Dios ni con imágenes del pasado ni con imágenes del presente sin más.

Dios es padre y madre porque sólo es dándose y haciendo ser, sólo es feliz regalándose y haciendo feliz. Por eso mismo cabe dar a Dios tantos otros nombres bellos: Dios es Fuente, Fundamento, Compañero/a, Amigo/a, Amante, Amado/a... Y nunca acabamos, porque sin cesar estamos brotando de El/Ella/Ello. Siéntete brotar permanentemente de El/Ella/Ello. Siéntete tiernamente acogido y suscitado por El/Ella/Ello.

## **Todopoderoso**

Estamos demasiado acostumbrados a llamar a Dios “Padre todopoderoso”. Lo imaginamos espontáneamente como un gran señor soberano, como un monarca absoluto que manda y ordena, que todo lo decide y dispone según su real querer, que elige a unos y desecha a otros según su voluntad, que perdona o castiga a su arbitrio. Los seres humanos somos y nos sentimos limitados desde el primer átomo de nuestro ser hasta el último. Somos finitud inacabada. Somos contingencia y fragilidad. Somos devenir. Y fácilmente imaginamos a Dios como la suma de todo lo que nos falta y que anhelamos: como poder absoluto. Ese “dios” es una siniestra estatua gigante. Dios no es eso. Dios es más grande y más pequeño, sobre todo más pequeño. “Tú eres Humildad”.

El problema está en nuestros sueños de omnipotencia. ¿Por qué nos parece más divino poderlo todo y tenerlo todo, el no depender de nada ni recibir de nadie, ser impasible e inmutable, no crecer y no sufrir?

Ese Dios no es el Dios del Credo cristiano. Si fuera así, Dios no sería amor. El Credo narra a Dios como amor, aunque, a decir verdad, no tiene apenas forma de relato. El Credo debiera ser el relato del Amor como fuente y corazón de cuanto es. Creemos en Dios como la Plenitud que es y se hace “pequeño”, abandonado, que se da y se vacía con toda la ternura y la debilidad del amor infinito. Amor y ternura es el último nombre de Dios. Y el amor y la ternura asumen y acompañan siempre la debilidad, y se hacen

siempre frágiles. Ahora bien, ¿hay algo más poderoso que el amor desarmado? ¿Hay algo más irresistible y transformador que la compasión verdadera?

Así es Dios. En el relato del Génesis, Dios echa en falta y busca apenado a Adán y a Eva para pasear con ellos a la brisa de la tarde. Dios es un caminante desconocido que agradece la hospitalidad de Abrahán. Dios es aquel que escucha el llanto de Ismael y el clamor de Israel. Dios es entrañada conmovida. Dios se manifiesta en la humildad y en la pasión de una zarza ardiente. Dios cuelga de una cruz entre dos crucificados. Dios sufre también el desamparo y la impotencia de Dios que padeció Jesús y tantos crucificados. Así es la Realidad última que llamamos “Dios”. Está con nosotros en nuestra debilidad, y acompañándola la transforma. Su fragilidad es nuestra esperanza para nosotros y para todas las criaturas. Pues *“la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad”* (2 Cor 12,9).

Acoge, pues, tu debilidad, deja que Dios la acoja y la acompañe. Y cuando Dios “no pueda ayudarte”, “ayuda tú a Dios” a manifestarse y a liberarse en ti, y ésa será la mejor manera de ayudarte y de que Dios te ayude (E. Hillesum).

## **Creador de cielo y tierra**

*“En el principio creó Dios el cielo y la tierra”* (Gn 1,1). Lo primero que afirma la Biblia sobre Dios es que es creador, y lo primero que afirma sobre el mundo es que es criatura. Ahí está dicho lo esencial sobre Dios y sobre el mundo. En el Credo lo afirmamos también.

Dios no es autosuficiencia cerrada. Es pura donación de sí, autocomunicación y relación, acto puro de creación. Es relación “hacia dentro” y “hacia fuera”. No quiere ocupar todo el lugar. Quiere retirarse para “dar lugar”, contraerse como una madre para hacer sitio y hacer crecer, darse para hacer ser. Y quiere hacer ser para bendecir.

En un universo inmenso y en expansión, con cientos de miles de millones de galaxias y cientos de miles de millones de estrellas en cada galaxia, nada es sin embargo oscuro producto de un destino ciego. Y nada es pura réplica cerrada y rutinaria. Cada ser es una creación absolutamente única y nueva. En la gran comunión universal de las criaturas, tú eres una criatura pensada, pronunciada, mirada, querida, bendecida por el Misterio Dios. Eres criatura única y, sin embargo, eres criatura hermana de todas las criaturas. La bendición de Dios es tu origen y tu verdad última. Es tu destino y tu tarea principal cada día.

Cada día es el día de la creación. En efecto, la creación no es un acontecimiento de un pasado remoto. No tuvo lugar en los “orígenes de los tiempos”, como el Big-Bang. La creación está teniendo lugar. Todos los seres estamos siendo creados hoy. Y todos

estamos siendo creadores. Todo es dinamismo y relación, todo está cargado de posibilidad de ser y de relación. En cada partícula subatómica opera la fuerza creadora de Dios. La creación es esa energía misteriosa por la que todo está creándose, inventándose, recibándose, haciéndose y haciendo ser. Y esa energía misteriosa, en su origen y en su fondo último, es divina: Espíritu, Palabra, Sabiduría creadora de Dios. “*En él vivimos, nos movemos y existimos*” (Hch 17). Todo es en Dios y Dios es en todo. Dios está haciendo ser todo y todo camina hacia Dios, hasta el descanso de la creación entera, en el que Dios será *todo en todas las cosas* (1 Cor 15,28).

Que la fe en la creación fortalezca tu fe en ti mismo/a y en cada uno de los seres. Cree en ti y en cada uno de los demás como Dios, el Fondo de cuanto es, cree. Atrévete a ser libre, porque Dios te quiere libre. Cuida tu ser como Dios lo cuida. Y sal de ti y sé creador como Dios, con Dios. Y a pesar de todo ama la vida, ama el mundo, cree en la humanidad, cree en la belleza y cree en el futuro de la creación que es Dios. “La verdadera antítesis de la fe no hay que buscarla en la incredulidad, sino en el miedo” (E. Biser).

## Creo en Jesucristo

Volvemos los ojos a Jesús. El Credo cristiano empezó con Jesús y en él se centran la mayoría de sus “artículos”, que no son dogmas a creer, sino “símbolos” que nos remiten a la Vida, que más allá de las palabras y de las creencias “articulan” toda la vida, la de Jesús y la nuestra. Como tales nos interesan. Releemos el Credo de Jesús para rezarlo. Lo rezamos para revivirlo y para que nos reavive.

Jesús es el “*autor y perfeccionador de nuestra fe*” (Heb 12,2). Jesús inspira nuestra fe, nuestra confianza vital, nuestra seguridad frágil y firme en el Dios de la vida, en su ternura compasiva y universal. Jesús reinspira, reanima nuestra fe cada vez que flaquea, es decir, cada día. Jesús nos conduce de duda en duda y de fe en fe, de desaliento en desaliento y de confianza en confianza. Y nunca llegamos a la perfección, pero él nos lleva de la mano y en dejarnos llevar consiste la perfección de nuestra fe.

En unos tiempos que eran tan difíciles para la esperanza como los nuestros, Jesús se supo tiernamente tomado de la mano por Dios y esperó contra toda esperanza. Y anunció la esperanza en Dios, que jamás abandona sus criaturas a su suerte, sino que acompaña a cada una en medio de todos sus gozos y sufrimientos. Jesús percibió que “Dios”, como misterio de ternura poderosa en el corazón de la realidad, acompañaba todos sus pasos en la vida, cada una de sus palabras de denuncia y de consuelo, sus dudas y certezas, su desasosiego y su descanso, su rebeldía y su paz, su contestación y su obediencia, su vida y su cruz. Y podemos decir: Dios acompañó a Jesús hasta la cruz,

hasta en el desmoronamiento de la cruz, como acompaña a todos los crucificados y a todos los que se desmoronan.

Al vivirse como acompañado por Dios en cuanto Misterio de Vida y Compasión, Jesús se hizo manifestación de la Compasión universal que sostiene todas las cosas. Y mirando a Jesús, confesamos: Dios acompaña y habita de lleno a cada criatura. Como a Jesús, como si fuese Jesús. Para que seamos Jesús, o hasta que lo seamos. Este es nuestro Credo y nuestra confesión cristológica. La vida y la cruz de Jesús siguen siendo para nosotros pascua y adviento. ¡Ven, Señor Jesús, a tomarnos de la mano, a reavivar nuestra fe, a reverdecer nuestra esperanza!

Eso digo cuando digo “Creo en Jesús”. *Creo en Jesús*, pues Jesús significa “Yahvé ayuda” y ahí, en su nombre propio, se contiene ya la entraña toda de la fe. Jesús es sacramento de Dios que se acerca y ayuda, se inclina y socorre, se abaja y cura. “Dios ayuda”: ¿para qué hace falta más cristología? Creer en Jesús significa acoger y vivir el socorro de Dios a cada herido, y también a mí con todas mis heridas. En eso consiste creer como él, y es lo mismo que creer en él, o también que ser como él, pues de ser se trata en la fe de nuestro Credo.

*Creo en Jesús*, en su nombre propio, en su historia única, en su humanidad radical que, como toda verdadera humanidad, está sustentada por Dios y, más aún, sustanciada en Dios en lo más profundo. Creo en su historia de compasión y solidaridad que encarna la compasión y la solidaridad de Dios. Creo en su humanidad, toda ella convertida en sacramento de Dios, pues nada hay más humano que Dios y nada más divino que la humanidad samaritana o que la relación creadora que constituye el corazón de todas las criaturas.

*Creo en Jesús Cristo*, imagen crucificada de todas las esperanzas de todas las criaturas. “¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?” (Lc 7,19). Observemos su vida y lo sabremos. Jesús fue sensible y estuvo atento a la situación límite de los campesinos de Galilea arruinados por los tributos, despojados de las tierras

de sus padres debido al peso de las deudas. Él se puso de su lado y del lado de los enfermos, de las prostitutas y de todos los despreciados. Y les infundió el inmenso alivio de una certeza más poderosa que todo el sistema: la certeza de que “Dios”, el poder de la Compasión, estaba de su lado y no estaban solos. Por eso le llamamos *Cristo*. Creo en Jesús el Cristo cuya vida, desde el fondo de la tierra o desde el Misterio de Dios, sigue anunciando que ninguna criatura está nunca sola, nunca está abandonada. Aunque tu esperanza se halle arruinada y por los suelos, no estás solo. Dios está contigo como estuvo Jesús con todos, empezando por el último. ¡Ojalá lo supiéramos ver cada vez que nuestros ojos no soportan nuestra propia penuria y la desgracia del mundo! ¡Y ojalá supiéramos ser, como Jesús el Cristo, compañía y compasión de Dios para los perdidos! El mundo entonces estaría salvado.

## **Su único Hijo, nuestro Señor**

*Creo en Jesús, el Hijo único.* El que se supo plenamente amado, fundado, afirmado, enviado y sostenido por Dios, Cercanía y Amor en todo momento. El que impregnó su profecía y su rebeldía en la Ternura, en Dios. “Hijo único”, pero no en el sentido de que sólo él lo sea, sino en el sentido de que en él confesamos la filiación plena y en él descubrimos la filiación universal, la que todos hemos recibido y a la que todos estamos llamados. En él reconocemos, a menudo sólo a tientas, que cada uno – cada criatura– somos para “Dios” –Amor Fontal de todo lo real– “hijo único”, hija única. En él nos percibimos, aunque sólo sea a oscuras, como hijos e hijas amorosamente engendradas, pacientemente gestadas, incondicionalmente amadas. Con él aprendemos a llamar a “Dios” con infinita confianza y humildad: ¡*Abbá!* Él nos llama a querernos como somos y a amar a todas las criaturas, nuestras hermanas, como son, con respeto y cortesía, y a reconocer en ellas la misma dignidad de Dios.

*Creo en Jesús, nuestro Señor,* no el que nos somete, sino el que nos hace libres de todos los señores, de todos los poderes, de todos los temores que nos amenazan y encogen. Pues “*para que seamos libres nos ha liberado Cristo*” (Gal 5,1). Es el Señor que lava los pies y sirve a la mesa y nos impone el único mandato del amor feliz de sí y del amor servicial mutuo. Es el Señor que nos devuelve la confianza en nosotros mismos, así como la confianza en el mundo de hoy con toda su complejidad, con toda su vulnerabilidad. Es el Señor que apoya todo lo que en nosotros es frágil y está caído, y

alienta la rebeldía contra todos los poderes que mantienen atenazados a los pobres del planeta.

## **Fue concebido por obra del Espíritu Santo**

Jesús fue un carismático, un hombre inspirado y libre, imaginativo y renovador, pacífico y subversivo. Y no escatimó ningún compromiso ni rehuyó ningún peligro, pero una paz profunda le habitaba por dentro, una paz tan profunda como su confianza en Dios. Se dio del todo, porque se sabía en buenas manos y no temía perderlo todo. ¿Qué se puede decir de un hombre así? Que el Espíritu de Dios le inspira, le habita, le mueve.

Por eso dice el Evangelio y ratifica el Credo que Jesús “fue concebido por el Espíritu Santo”. No en un sentido biológico o en un momento cronológico puntual, sino en todo su ser a lo largo de su vida. Reconocemos la presencia creadora y pacífica del Espíritu, la *Ruah* creadora y recreadora, en todos los seres, en la bondad y en la alegría de los seres humanos en particular. Y en la bondad feliz y liberadora de Jesús reconocemos los cristianos la presencia plena y vital de la *Ruah* divina. Jesús es el hombre del Espíritu por antonomasia. El Espíritu divino es la raíz de su ser, de su vida reconciliada y mesiánica, sanadora y consoladora.

Esa es la “concepción por el Espíritu” que confesamos en el Credo. No se refiere a un fenómeno biológico singular, al hecho físico de una concepción sin varón, como si la concepción por el Espíritu fuese incompatible con la concepción por un varón o como si la paternidad divina fuese enemiga de la paternidad humana. Entender y rezar el Credo de esa forma sería ahogar la fe cristiana en un maniqueísmo dualista que desprecia la carne, y con ella el Misterio divino, aliento de toda carne. Dios es amigo del cuerpo y el

cuerpo es sacramento de Dios. Cada una de sus manifestaciones humanas, humanizadoras, es manifestación de Dios, realización de Dios, encarnación de Dios. Toda unión de los cuerpos es “virgen” cuando es humana, humanizadora y, por lo tanto, fecunda.

Dios es la fuente de toda paternidad-maternidad humana, y la fecundidad de nuestra humilde carne en todas sus formas es expresión de Dios. Todo lo que crea y recrea la vida, a todos los niveles, viene de Dios, de su Espíritu Santo. Toda paternidad-maternidad verdadera es, pues, “virginal”, es “concepción por el Espíritu Santo”.

## **Nació de Santa María Virgen**

María es el segundo nombre propio presente en el Credo. Jesús nació de María, de mujer, de madre. ¡Qué hay de más normal! En eso tan normal y natural, los cristianos reconocemos lo más grande y admirable: la encarnación de Dios, El Que Es, el abajamiento de Dios, la humildad y la humanidad de Dios, la proximidad carnal y samaritana de Dios.

No hemos de considerar la encarnación de Dios en Jesús como un acontecimiento “milagroso” y singular. ¿No nos invita el Credo a confesar y celebrar la Navidad como sacramento entrañable de la encarnación universal de Dios?

Rûmî, uno de los grandes poetas y santos sufíes de la tradición mística musulmana, del s. XIII, escribió con enorme hondura mística y apertura ecuménica: “Nuestro cuerpo es semejante a María: cada uno tiene un Jesús en su interior, pero éste no puede nacer hasta que los dolores de parto no se manifiesten en nosotros”. El gran místico musulmán sugiere la clave fundamental de la mariología, y también de la cristología.

María es santa, no porque sea intachable, “inmaculada”, angélica, irreal (¿cómo podría una mujer o un hombre identificarse con una figura tan desencarnada?). María es santa porque acoge a Dios, la Vida, como fruto de la gracia y de la tierra. Su santidad no consistió en ser perfecta, sino en acoger sencillamente la gratuidad de Dios. Su virginidad no consiste en carecer de relaciones sexuales, sino en abrir cada día sus

entrañas a Dios en pobreza, en libertad, en confianza. Así encarnó a Dios en su vida y en su carne. Jesús, el hombre del Espíritu, es hijo de sus entrañas, y todas las entrañas, como las suyas, están llamadas a encarnar a Dios.

Toda mujer y todo hombre están llamados a encarnar a Dios, la Vida, el Ser, la Presencia, la Carne y la Ternura de todo cuanto es. Y ser de carne, como somos, no es en absoluto un obstáculo, sino el camino. Estamos llamados a acoger y a concebir a Dios en nuestra carne herida y virgen. Todos estamos llamados a acogerlo en lo más carnal y en lo más espiritual, pues ambas cosas nos constituyen y son inseparables. Estamos llamados a acoger, concebir, encarnar a Dios como lo acogió, lo concibió y lo encarnó María.

## **Padeció bajo el poder de Poncio Pilato**

Fue concebido, nació, padeció. Es una secuencia natural y trágica, y la mención de Poncio Pilato en el Credo es su mejor ilustración. ¿A qué viene Poncio Pilato en el Credo cristiano?, se han preguntado muchos. Poncio Pilato es el tercer nombre propio del Credo, tras Jesús y María? ¿Qué hace Poncio Pilato el cruel junto a Jesús y María? Pues bien, Jesús, junto con y a través de María, constituye para el cristiano la encarnación de Dios en la historia, y Poncio Pilato es la contra-encarnación histórica de Dios. Este siniestro personaje ilustra la lógica que llevó a Jesús, el alegre amigo de la vida, a padecer los horrores de la cruz.

Pero es sumamente extraño que el Credo no diga nada acerca de la vida de Jesús, y pase directamente del “nació” al “padeció”. Nuestra fe no debe hacer abstracción de la vida de Jesús, pues la verdadera encarnación tiene lugar en toda la vida, y la cruz es su consecuencia. Es verdad que todo aquel que nace padece. Pero no es verdad que, como entendió una espiritualidad demasiado dolorista y penalista, nazcamos para padecer y padezcamos para expiar culpas. Entre el “nació” y el “padeció” está toda la vida de Jesús (tanto privada como pública). Jesús no nació para padecer, ni padeció para expiar. Nació para vivir, y murió por la vida que llevó. Y en la vida que vivió encarnó a Dios como Misterio del Ser o de la Vida. Y por haber vivido encarnando la Compasión para con los últimos, los poderes de la muerte le hicieron padecer.

Jesús no murió por designio o por “voluntad” divina. No murió por una supuesta “necesidad expiatoria”. No murió en “sacrificio por nuestros pecados”, por exigencia de un “Dios” ofendido y cruel. Jesús murió por haber sido amigo de la vida hasta el fin, por haberse hecho solidario de los heridos y excluidos de la vida. Murió por haber anunciado la liberación de los pobres, la misericordia de Dios gratuita y el perdón sin condiciones. Murió por haber compartido la mesa con los impuros y condenados, por haber abierto las puertas del banquete mesiánico a los *“publicanos y las prostitutas”* antes incluso que a los justos (Mt 21,31). Murió por haber puesto la vida por encima de las leyes de pureza, el espíritu por encima de la ley, la fe sencilla por encima del templo con todo su sistema sacrificial y sacerdotal, la esperanza de los pobres por encima de los intereses del imperio.

Fue acusado de libertario infractor, de comilón y borracho, de amigo de publicanos y pecadores, de profeta blasfemo, de peligroso mesías político. Y fue condenado por el Sanedrín y por el Pretorio.

En el Credo confesamos, ciertamente, a Dios como Misterio creador y defensor de la Vida, a Dios como Gozo de vivir y de compartir la vida. El Credo nos invita a desplegar nuestro ser más libre y feliz, como lo hizo Jesús, para quien nada fue más importante que curar la vida. Pero no hemos de olvidar, sino asumir con la mayor autenticidad posible, que el despliegue de la vida libre, solidaria y feliz exige a menudo pasar por la pasión y no pocas veces desemboca en algún tipo de pasión. Es el enigma del dolor ligado a la finitud. Es el enigma, aún más oscuro, del dolor y del daño producidos a la vida por las estructuras y las personas, también por cada uno de nosotros. No podremos desplegar en nosotros nuestro ser más feliz si nos empeñamos en negar el dolor o en evitarlo a toda costa. Sin embargo, el Credo nos invita a creer en Dios como Pura Amistad de la Vida, en la misericordia más fuerte que toda justicia, en la solidaridad más fuerte que todo daño, en la dicha más fuerte que toda pasión.

## Fue crucificado

Jesús “no murió en la cama, ni atropellado por un camello en Jerusalén” (L. Boff). Fue crucificado como un esclavo o como un sedicioso político, con la anuencia y la complicidad del poder religioso.

He ahí el hombre. La cruz de Jesús, que compendia y representa todas las cruces, es la ignominia de la humanidad, el fracaso de la justicia, la quiebra de la religión. Pero Jesús no la rehuyó. Se mantuvo fiel a Dios a la Dida, a la causa de los últimos, a la razón de los condenados (por el poder político y religioso). Se mantuvo fiel a Dios en su vida y fue condenado a la cruz. Por eso, los cristianos miramos a Dios en la cruz de Jesús, al igual que lo miramos en su vida. Y más que en ningún otro lugar, miramos a Dios en la cruz de Jesús, pues es para nosotros la máxima expresión de la Solidaridad divina con la vida de todos los perdidos. Miramos en la cruz la compasión divina con todas nuestras pasiones, la absoluta vulnerabilidad de Dios junto a todas nuestras heridas, la Proximidad Samaritana para con todos los crucificados. “Si queremos saber quién es Dios, debemos arrodillarnos a los pies de la cruz” (J. Moltmann).

Así adquiere la cruz para nosotros rango de gloria y de confesión. Confesamos en la cruz la debilidad de Dios más fuerte que todos los poderes, pues es la debilidad del amor. “Sólo un Dios que sufre puede *salvarnos*” (D. Bonhöffer), porque es la Compañía Compasiva lo que en último término nos consuela y libera. Y la Compasión que sufre con nosotros *puede* salvarnos, porque una infinita compañía compasiva es infinitamente

poderosa. Y eso es el Dios de Jesús crucificado, y por eso seguimos esperando en todas nuestras cruces, con Jesús y como Jesús.

## Muerto y sepultado

*Murió, fue sepultado, descendió a los infiernos.* Son diversas locuciones para expresar un mismo hecho: la muerte. Una muerte real. La muerte de Jesús no fue aparente. Murió con el dramatismo de todas las cruces. Probó la fría soledad de todos los sepulcros. Conoció la incertidumbre y el abandono de todas las muertes: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado”* (Mc 15,34).

Fue sepultado. Pero ¿dónde se halla su sepulcro? No faltan quienes sostienen que el cuerpo de Jesús crucificado habría sido devorado por perros y buitres, y sus restos arrojados a una fosa común. Así solía hacerse con los crucificados. En cuyo caso, su tumba nunca habría sido conocida por sus discípulas y discípulos. O tal vez hubo realmente algún amigo (“José de Arimatea”) que, por influencias, pudo recuperar el cadáver de Jesús y depositarlo en un sepulcro digno, que se convirtió pronto en lugar de culto y veneración. El caso es que, junto a un sepulcro desconocido o junto al sepulcro conocido de Jesús, la primitiva comunidad de Jerusalén se reunía y celebraba la memoria de Jesús, la presencia de Jesús, la esperanza de Jesús. También nosotros lo seguimos haciendo.

El sepulcro de Jesús se halla allí donde hay una vida enterrada por la injusticia, la cruz o simplemente la muerte. Junto a su sepultura, acompañamos a Jesús crucificado, sepultado como una semilla en el seno de la tierra madre. Junto a su tumba sellada con todas nuestras esperanzas a medio quebrar, volvemos a decir “Creo”. Junto a todas

nuestras tumbas con nombre o sin nombre, volvemos a reunirnos para recordar y renacer. Recordando la historia de Jesús, curamos nuestra vida.

Dios, Amigo/Amiga de la Vida Buena, estaba con Jesús en su sepulcro, dondequiera que éste se hallare. Dios está en todos los sepulcros como resurrección permanente de la vida. Y si fue arrojado en una fosa común, Dios estaba con él, como con los olvidados de todas las fosas comunes. Y si fue arrojado para que los perros lo devoraran, Dios estaba con Jesús, como con todas las víctimas arrojadas, con todos los seres devorados.

## Descendió a los infiernos

“Descendió a los infiernos” puede entenderse como la máxima expresión de esta Presencia divina en la experiencia extrema de la ausencia de Dios. Es verdad que, en la Biblia, “infierno” (*Sheol* judío o *Hades* griego) significa sencillamente “lugar de los muertos” y que, por lo tanto, el giro “descender al infierno” equivale simplemente a “morir”. Pero, desde muy antiguo, el término “infierno” ha sido entendido también en un sentido más radical: como “lugar” de la condenación eterna, de los eternamente condenados a la ausencia de Dios.

La expresión del Credo puede, pues, adoptar también este sentido radical: en Jesús, la Compasión divina desciende a lo más bajo, acompaña al más abandonado, asiste al más extraviado, acoge al más perdido. De modo que ya no puede haber verdadero “infierno” para nadie, porque aún cuando alguien –en una hipótesis extrema– se condenara a sí mismo al infierno, incluso allí la Presencia divina seguiría acompañándolo, como acompaña a Jesús “descendido al infierno”. Nadie estará nunca solo y condenado del todo, porque Dios estará eternamente con él, y *“si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?”* (Rm 8,31).

Por eso, la muerte no es para nosotros el término final. Es una frontera abierta. La losa del sepulcro no es el último muro. Es una puerta a la vida. Junto al sepulcro de Jesús, seguimos esperando la Pascua. En todas nuestras soledades, decaimientos e impotencias, seguimos confiando en la entrañable cercanía de Dios: *“Padre/madre, en*

*tus manos encomiendo mi vida*” (Lc 23,46). En todos los infiernos del mundo, seguimos confesando que otro mundo es posible, porque Dios está con nosotros, y merece la pena acompañarle y ayudarle.

### Al tercer día

*“Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto”* (Lc 24,21). Dos caminantes vuelven de Jerusalén a su mísera aldea. Por un momento habían albergado la esperanza de que el profeta galileo Jesús fuese, por fin, el liberador tantas veces diferido, tantas veces frustrado (debido unas veces al fraude de los propios pretendientes mesiánicos, y otras veces a la intervención represora del poder romano). ¿Sería esta vez? Una esperanza incierta e inquieta les había empujado detrás de Jesús.

Pero tampoco esta vez había sido. *“Nosotros esperábamos..., pero ya hace tres días de esto”*. Es decir, demasiados días para seguir esperando. Unos vagos rumores de sepulcro vacío no bastan para sostener la esperanza. La historia humana vuelve a sucumbir a su ritmo fatal, a su alternancia fatal de ilusión y desengaño.

Y volvían. ¿Sería la ley inexorable de la historia más fuerte que el sueño, más fuerte que la promesa? ¿Más fuerte que “Dios”? La duda emergía horrible como una tentación, o como una blasfemia. ¿Será la opresión más firme que la alianza? ¿Serán los tiranos más fuertes que Dios?

Vuelven solos y tristes. Sin embargo... Insensiblemente, otro caminante se une a sus pasos, les escucha y les habla. Entre los dos, un tercero, EL TERCERO. Ya no caminan solos del todo, ni tristes del todo, pues conversan, y ninguna soledad, ninguna tristeza es definitiva mientras haya conversación. A pesar del desamparo, no están solos.

En el compartir de todo desengaño y de toda soledad, el Misterioso Tercero se hace compañero. Y puede seguir la vida con su hondo poder, sus poderosas raíces, sus íntimos reclamos. A pesar de su cruel desengaño, dos personas —tal vez un varón y una mujer— siguen caminando. Su fuerza y su bondad no están agotadas. A pesar del desamparo, no están solos. Y es como si el corazón les ardiera de nuevo.

Va cayendo la noche mientras caminan. Y buscan hospedaje. Y ofrecen hospedaje. ¿Cómo podrían sentirse compañeros sin ofrecer compañía? ¿Cómo podrían sentirse hospedados sin ofrecer hospedaje a otro tercero, al Otro Tercero?

Y caminando, conversando, compartiendo, recordando, recordando... el corazón arde más, las palabras consuelan más, el pan es más sabroso, la vida es más pujante. La Presencia es más cierta. Es Él, Ella, Ello, o como quieras llamar al Misterio de lo Real. Han pasado tres días, pero su historia no ha terminado en la fosa común ni en la tumba amiga. Como bellamente dice Flavio Josefo, “aquellos que habían amado a Jesús, después de su muerte no dejaron de amarlo”.

El “tercer día” es precisamente cuando el Crucificado vuelve a hacerse presente y el amor renace. El “tercer día” no es una cifra concreta, no es un dato cronológico preciso. El “tercer día” no es el día en que ya no cabe seguir esperando y hay que desistir. El “tercer día” no es cuando la cruz y la tumba imponen su ley. El “tercer día” no es cuando el silencio y la ausencia de Dios se hacen definitivos. El “tercer día” es una cifra simbólica, puede significar “muy pronto”. “El tercer día” es, sobre todo, un dato teológico, una manera de decir que la historia gira hacia la liberación y la vida porque Dios, la Vida, la hace girar. El giro de la historia parecía retrasarse demasiado, pero en realidad sucede “muy pronto”. El “tercer día” es el “giro salvífico” de la historia del Crucificado, de todos los crucificados: *“Dentro de dos días nos dará la vida, y al tercer día nos levantará, y en su presencia viviremos”* (Os 6,2). El “tercer día” es cuando el Crucificado presente suscita el amor. Cuando el amor lo hace presente.

Dos caminantes, y otros, y otros, muchos caminantes, cada uno/a en su propio itinerario de proyectos y fracasos, sintieron la misma compañía, la misma presencia, el mismo amor. Y emprendieron de nuevo el camino, regresando esta vez de su camino de vuelta, desandando sus pasos de decepción. Y así muchísimos caminantes hasta nosotros, caminantes perplejos del siglo XXI. Han pasado muchos días. Aún pasarán muchos más. Pero nuestra historia no acabará en cruz y condena. Nunca vamos solos. A pesar del cansancio y de la noche, cada día puede ser el “tercer día” en el que se transforma nuestra historia, en el que renace una presencia y el corazón vuelve a amar.

## **Resucitó de entre los muertos**

Así, para muchas discípulas y discípulos de Jesús, algún día fue “el tercer día”, y fueron llegando a la certidumbre vital de que Jesús estaba vivo, de que el Crucificado había sido exaltado, de que el condenado había sido rehabilitado, de que Dios estaba con él y con todos los crucificados para siempre, de que el “Reino de Dios” había germinado precisamente en la semilla del mártir Jesús, de que la glorificación de la historia se había anticipado en la glorificación del Crucificado.

La muerte de Jesús en cruz había conmocionado fuertemente la fe de los discípulos y discípulas en el profeta Jesús y en su mensaje del Reino. Todos se encontraban como los dos caminantes que vuelven tristes a Emaús. Pero recordaron las Escrituras, meditaron los salmos del justo perseguido a quien Dios no deja de asistir, consideraron largamente las profecías sobre el mártir al que Dios exalta. Rememoraron la breve historia de Jesús y sus inolvidables palabras. Y fue tomando cuerpo una certeza coherente con todas las Escrituras y con la fe inmemorial de todos los tiempos y con la esperanza del mismo Jesús: *“Dios ha exaltado al mártir Jesús”. “Dios ha resucitado a Jesús”. “La esperanza de Jesús se ha realizado”. “Nuestra esperanza no se ha frustrado”.*

No tuvo por qué suceder de golpe ni en un día concreto, sino en la trama continua de sus días y de sus vidas. No tuvo por qué darse ningún “milagro” extraordinario y concluyente, sino el milagro mayor que consiste en que el corazón y los ojos se abren

para percibir de pronto el Misterio Viviente, “Dios”. ¿Dónde? Precisamente en el reverso, en el envés de la realidad y de la historia: en un crucificado. Y era una “visión” muy real, la más real que cabe.

Y, para reafirmarlo, crearon relatos muy bellos y verdaderos: cómo Jesús se les había hecho presente en figura de hortelano y les había llamado por su nombre, cómo se les había hecho compañero de camino y le habían reconocido al partir el pan, cómo les había mostrado sus llagas y les había curado la herida de sus dudas, cómo habían comido con él unos peces asados en la orilla del lago, cómo les había ofrecido la paz y les había enviado a ser mensajeros de paz y de perdón.

Ellos creyeron. Y nosotros creemos. No creemos simplemente porque ellos nos lo contaron, ni porque hayamos tenido “experiencia paranormal” alguna. Con nuestra fragilidad y nuestras dudas, creemos porque él se nos hace misteriosamente presente cuando seguimos caminando, cuando damos hospedaje, cuando compartimos la palabra y cuando abrimos los ojos.

Di: “Yo también creo”. Creo que el Amor Poderoso rehabilitó a Jesús y, en él, a todos los crucificados por el poder, la riqueza, la injusticia. Creo que la Gran Compasión sufre con nosotros todas nuestras heridas y daños, como sufrió con Jesús crucificado. Creo que la Vida comparte todas nuestras cruces, como la de Jesús, para conducir las a la Pascua, como a Jesús.

Creo que Jesús resucitado nos sale al encuentro como a María de Magdala, a Pedro, al discípulo amado, a Tomás el incrédulo, y quiere ser reconocido para que así podamos por fin reconocernos. Creo que llama a cada uno con infinita ternura por su nombre más secreto y pronuncia para cada uno, sin nada que reprochar, aquella palabra de confianza que más necesita. Creo que la fe en el resucitado es algo tan simple y sencillo como escuchar al que habla, abrir al que llama, recibir al que viene, creer en el que nos ama, acoger al que nos acoge. Creo que algún día se abrirán nuestros ojos y se

despejarán nuestras dudas y nos rendiremos a su presencia, y confesaremos: “*Señor mío y Dios mío*” (Jn 20,28), y seremos libres y estaremos en paz.

Creo que el Misterio Último que llamamos Dios es como Jesús nos enseña en su vida y en su cruz. Creo que Dios está con el justo para hacerle justicia, y con el injusto para hacerle justo. Creo que Dios, al igual que Jesús crucificado, no condena a nadie y así puede hacer buenos a todos.

Creo que Dios es el Misterio de la Vida en todas las muertes, la curación de la vida en todas las llagas. Creo que Dios es la vida indemne y entera, inmune y sin daño. Creo que Dios es la primavera de toda vida, la Pascua de todos los seres. Creo que La Vida hace y hará con todos las criaturas lo que confesamos de Jesús.

Creo que La Vida es el amor entero y fiel que, como a Jesús crucificado, nos dice: “tú no morirás”. Creo que Lo que Es es el infinito Arco Iris de confianza que envuelve el universo y sostiene nuestras promesas inseguras, nuestros juramentos frágiles.

Creo que el Amor ama en todo amor, espera en toda esperanza y transforma en toda acción. Creo que Lo Real dice sí a lo mejor y más hermoso de nuestro corazón. Creo que Dios es el *Sí* y el *Amén* al corazón de la Tierra y a las promesas y a los sueños mejores. Creo que nuestro corazón y el corazón de toda realidad tienen razón, porque Dios los habita. Creo que Dios sólo es y hace el Bien que hacemos nosotros y todas las criaturas, pero creo en un futuro bueno y absoluto porque Dios o la Bondad acompaña cada instante de nuestro tiempo en su caducidad.

Creo que, como el Jesús resucitado de los Evangelios que franquea puertas y atraviesa límites, se revela y habla también a los creyentes de todas las religiones e incluso a los agnósticos de todos los tiempos, en una forma que los cristianos no podemos controlar.

Es mucho creer. “*Señor, yo creo, pero ayúdame a tener más fe*” (Mc 9,24).

## **Subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso**

*“Resucitó de entre los muertos”, “subió a los cielos”, “está sentado a la derecha de Dios”*: no son hechos teológicos diversos, sino expresiones diversas del mismo hecho, el hecho pascual. De Dios sólo podemos hablar en imágenes. De la Pascua también: resucitar, ser glorificado, subir al cielo, ser subido (exaltado), sentarse a la derecha de Dios... La Pascua es libertad, también libertad e imaginación creadora de lenguaje. Las palabras y las imágenes nos sugieren lo que el corazón espera sin poder decir e incluso sin poder saber. Las palabras y las imágenes pascuales nos invitan a ser humildes y audaces en nuestra esperanza.

*Subió al cielo*. El cielo no está arriba, como imaginaron los antiguos. Significa subió a Dios”. Pero tampoco “Dios” está arriba, como seguimos imaginando. Dios es la Presencia universal, es en el corazón de todo cuanto es. “Dios” está en lo más bajo, con los de más abajo. Está contigo cuando te sientes más bajo/a.

*Subió al cielo*. Jesús crucificado está en Dios o en la Vida, pues Dios o la Vida estaba en él y estaba enteramente con él. En la Biblia y en la literatura judía se hablaba de que Dios “arrebataba” (*asunción*) o “exaltaba” junto a sí al justo mártir antes o después de la muerte, anticipando así en él, de algún modo, la resurrección esperada comúnmente para “el fin del mundo”. Dios es la Compasión poderosa que arrebató de la humillación y de la muerte. Dios ensalza al que los poderosos aplastan. Dios reivindica a las víctimas. Así lo confesaron de Jesús los cristianos en la Pascua: *“Dios lo exaltó y le*

*dio el nombre que está sobre todo nombre*” (Flp 2,9). Al condenado Jesús, la Vida lo ha glorificado. Al crucificado, la Liberación lo ha constituido “Cristo”, “hijo de Dios”, “Señor”, “juez”. La Pascua es una inversión de la historia y de la imagen de Dios.

Lo mismo viene a decir la imagen del *sentarse a la diestra de Dios*. Decir “diestra de Dios” es como decir el poder de Dios. Pero decir el poder de Dios es como decir también la impotencia del Amor, la renuncia de la Gracia al poder, la suma delicadeza y vulnerabilidad de la Ternura, la infinita discreción y ocultamiento de la Realidad o de Dios. La absoluta solidaridad samaritana de Dios. ¿Tiene algo que ver el Dios de la cruz y de la Pascua de Jesús con la imagen del todopoderoso “Dios de los ejércitos”? ¿En qué Dios creemos?

*Jesús está sentado a la derecha de Dios*. Es decir, “comparte el poder de Dios”. Es decir, la debilidad solidaria del Misterio primero y último. Jesús comparte el único poder creador que es el poder de la cruz, el poder de acompañar, el poder de consolar. Jesús comparte el poder del buen samaritano: el poder de bajarse, de acercarse, de echar aceite y vino, de cuidarse y de curar. El poder de hacerse cargo y encargarse del herido. ¿Tiene algo que ver esta imagen de Jesús con el Cristo *Pantocrátor* (“omnipotente”) de brazos poderosos y mirada fulminante? ¿En qué Cristo crees? Cree en el Cristo que te abraza siempre, extendiendo y estrechando sus brazos sobre ti.

No podemos amar, creer y confiar sino en un Dios a imagen de Jesús crucificado. Con todo, nuestra perplejidad no se disipa: el Amor que se hace vulnerable como un crucificado es, sí, digno de nuestro amor, pero ¿es también digno de nuestra esperanza? ¿No sigue la historia después de la Pascua siendo tan cruel y despiadada como antes de la Pascua? ¿Y de qué sirve creer en el Amor, en Dios, si el Amor es tan impotente como nosotros para transformar esta historia?

En la respuesta –que siempre se nos escapa– a esta pregunta que nos hiere se juega nuestro ser o no creyentes cristianos. Ahí nos jugamos el Credo y la fe, el Credo y la esperanza. ¿Esperamos más en el poder de Pilato o en el poder del Crucificado, en el

poder del imperio o en el poder de la Compasión, en el poder de la suficiencia o en el poder de la Solidaridad? He ahí la cuestión. Creemos en el poder de Dios que se deja condenar y clavar en una cruz con todos los condenados y crucificados. Creemos en la Bondad Vulnerable. Creemos que Dios, la Bondad Vulnerable, es más poderosa que todos los poderes que oprimen. La Bondad Vulnerable o Dios aparecería y sería infinitamente poderosa si creyéramos de verdad en ella y la practicáramos como Jesús.

## **Desde allí ha de venir**

En la Biblia y en la literatura judía apocalíptica se conocía la figura del mártir al que Dios exalta y “guarda junto a sí hasta el fin del tiempo”. Y era familiar la creencia de que Dios enviaría a Elías o a un profeta como Moisés para preparar, anunciar, inaugurar “el fin de los tiempos”. Los cristianos combinaron estos motivos y otros, y los aplicaron a Jesús: *“Llegarán tiempos de consuelo de parte del Señor, que os enviará de nuevo a Jesús, el Mesías que os estaba destinado. El cielo debe retenerlo hasta que lleguen los tiempos en que todo sea restaurado”* (Hch 3,20-21).

Jesús “vino”, vivió, murió, y proclamamos que resucitó. Pero hay todavía demasiado dolor. Las esperanzas están incumplidas. La historia no está acabada. El mundo está inacabado y gime en dolores de parto. Nosotros mismos gemimos: estamos inacabados. Aún más: Jesús mismo está inacabado, su historia esperanzada y esperanzadora sigue abierta y lo seguirá estando hasta que toda enemistad desaparezca y toda tristeza se disuelva.

No podemos ignorar ni minimizar el carácter doliente e inacabado de la realidad, si no queremos derivar en una ideología aburguesada barnizada de fe. Nada más contrario a la fe que la insensibilidad. La “espera de la Parusía” es justamente la manera comprometida y sensible de vivir la fe en Jesús Mesías, la fe en su mesianismo todavía en camino.

No esperamos que Jesús “vuelva”, como si se hubiera ausentado. Esperamos que su vida mesiánica se realice y se manifieste enteramente, y en ello está empeñada nuestra fe. “El que apuesta por un cambio radical desde su presente vivirá con la esperanza de la venida de Cristo y de su reino” (J. Moltmann).

## **A juzgar a vivos y muertos**

Es preciso que Cristo “venga a juzgar”, pues en el mundo perdura la injusticia. “La injusticia clama al cielo. Las víctimas que la han padecido no enmudecen. Los malhechores que la ejercen no encuentran reposo. Por eso, la sed de justicia no debe reprimirse. Guarda la memoria de los sufrimiento y hace esperar un juicio que restablezca el derecho” (J. Moltmann).

Es preciso que venga a juzgar. Pero el “juicio de Dios” no consiste en dictar una sentencia, ni en separar justos y malvados, sino en implantar la justicia donde no existe, en hacer justo al injusto y en hacer bueno al justo. Es preciso y es bueno que Jesús venga a juzgar, él que murió perdonando a sus verdugos.

También nuestro corazón alberga injusticia, codicia, envidia, resentimiento. Tal vez seamos injustos. Tal vez seamos justos, pero no buenos. Hacemos lo que no queremos, y no hacemos aquello que querríamos hacer. Necesitamos que Dios o la Vida Buena nos “justifique”, restaure en nosotros la justicia y la bondad.

Dos mil años después, seguimos clamando con los cristianos y cristianas de la primera generación: *¡Marana tha!* Jesús es Mesías futuro, y nuestra fe adopta la forma de la súplica y el compromiso. “Vivir en la esperanza de la parusía es mucho más que la simple espera, perseverancia y mantenimiento de la fe; es una actitud activa y transformadora. Es *vivir anticipando* al que ha de venir, en una ‘espera creativa’ ” ( J. Moltmann).

“Vivos y muertos”, todos, anhelamos la manifestación plena y el juicio mesiánico de Jesús. Y lo anhelan especialmente los muertos, porque ¿quién hará justicia a las víctimas que murieron a no ser “Dios”, el discreto e imparables Poder del Amor? ¿Y quién podrá regenerar a los verdugos que también murieron a no ser la Misericordia en la que y de la que todo vive?

## Creo en el Espíritu Santo

Te invito a decir: Creo en el Espíritu de Dios que habita a todos los seres. Creo en Dios como misterio de comunión de todos los seres, corazón de cuanto existe. Creo que somos Iglesia en cuanto somos sacramento de la comunión universal. Creo en el perdón como compañía que unge y cura todas las heridas. Creo en la resurrección y la restauración de todos los seres. Creo y espero la *eternidad* como plenitud de la Vida, la plenitud del Ser que nos habita y nos atrae.

Te invito a abrir la vida al horizonte último que el Credo nos traza. Te invito a decir *Amén* a Dios como principio y fin, como novedad y principio en todo fin.

Sí, cree en el Espíritu Santo de la Vida que movió a Jesús. Cree en el Espíritu Santo o la *Ruah* del Amor vital que mora en nosotros, suscitando y cuidando la confianza en las horas oscuras. Ella, la *Ruah*, mora en lo más adentro de tí, y tú moras en ella. Ella es tu huésped y tú el suyo. Aunque tú no aciertes a acogerla, ella siempre te acoge, te comprende y te cobija dulcemente, como una madre. Ella es también Él y todos los géneros: es femenino en hebreo (*ruah*), neutro en griego (*pneuma*) y masculino en latín (y en las lenguas romances y germánicas). Es espíritu, alma, vida. Es dinamismo, relación, comunión divina. Es aliento, viento, agua. Es ungüento, es consuelo, es compañía. Es el tú y es el yo y es el nosotros de nuestro yo. Es nombre de “Dios”.

Desde el comienzo del tiempo y desde antes, ella está acostumbrado a abrigar su creación y habitarla, a fecundar, remover y renovar cuanto es. Por ella, por él, el Absoluto se acostumbra a nosotros, a todas las criaturas, y nosotros junto con todas las criaturas nos habituamos al Eterno, habitando en ella. La *Ruah* divina nos alienta para que nunca desesperemos de nosotros mismos y del futuro de la creación, a pesar de tanto horror y de tanto llanto.

Es el "*Espíritu de la verdad*" (Jn 16,13), que nos lleva a trascender todas nuestras nociones y lugares de verdad; nos lleva a conocer una verdad que no es ante todo del orden del pensar y del saber, sino del orden del ser y del hacer; nos ayuda a reconocer, a agradecer la verdad y el bien que hay en el mundo, pero también a reconocer y denunciar las redes de mentira, las redes de injusticia; nos ayuda a discernir nuestra realidad más concreta, a conocer el bien que llevamos en nosotros como tesoro escondido y a fundamentarnos en él; también nos ayuda a conocer y aceptar la fragilidad, el error, el daño y el engaño que hay en nosotros, preciosa vasija que somos de barro; nos ayuda a no aislarnos y a no consentirnos en exceso, encerrándonos; nos ayuda, sobre todo, a no maltratarnos, sintiéndonos solos o condenados.

Es el Espíritu del *consuelo* o de la *solidaridad*: "*Yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros*" (Jn 14,16). La *Ruah* no desenmascara nuestra verdad como fiscal, sino como *Paráclito* o *Paráclita*: como consoladora, defensora, abogada, compañera, solidaria. "Sin esta fuerza protectora, estabilizadora y alentadora desesperaríamos de la fecundidad de la verdad" (G. Müller-Fahrenheit). La *Ruah* nos habilita para ejercitar la *paráklesis* mutua: la exhortación y la consolación; no una exhortación moralizante o culpabilizante, ni un consuelo piadoso y tranquilizante, sino la exhortación que suscita en el otro lo mejor de sí; un *consuelo* que proporciona al otro, frágil como yo, un *suelo* donde apoyarse *sólidamente*; un consuelo en forma de *solidaridad* protectora y paciente.

Es el Espíritu de la *fidelidad* y de la *perseverancia*. Es el amor fiel e irrevocable de Dios. Es la *presencia* (*shekiná*) de Dios que mora y permanece siempre con nosotros. Es la fidelidad tierna e incommovible del Misterio Absoluto, que nos da fuerza para resistir en la prueba, para la “paciencia histórica” hoy más indispensable que nunca. Es la constancia de Dios. Es la amplitud de Dios que nos da respiro. Es la misericordia de Dios, fundamento de nuestra esperanza.

Cree en la *Ruah* divina que es el alma de Jesús, el alma de cada comunidad cristiana, el alma del mundo, el alma de nuestra alma, el alma de cada criatura. Cree en la *Ruah* divina que sigue creando el mundo hasta hacerlo templo de Dios. Cree en el Espíritu Santo, pues “sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el evangelio es letra muerta, la Iglesia es una pura organización, la autoridad es tiranía, la misión es propaganda, la liturgia es simple recuerdo, y la vida cristiana es una moral de esclavos. Pero en el Espíritu, y en una sinergia indisociable, el cosmos es liberado y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre lucha contra la egoísmo, Cristo resucitado está aquí, el evangelio es una fuerza vivificadora, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, y la acción humana es divinizante” (Patriarca Ignacio de Antioquía).

¡Que te sientas acompañado/a por la *Ruah* consoladora de Dios, para no desistir!

## La santa Iglesia católica

Gracias a la Iglesia y con ella confesamos el Credo, del *Creo* al *Amén*. Pero en el Credo confesamos también la Iglesia. Es objeto de nuestra fe en la medida en que es sujeto de nuestra fe. No podríamos creer sin Iglesia, sin otros creyentes que con su palabra, su presencia, su vida, nos engendran como creyentes.

¿Pero la Iglesia es creíble? En todos los sondeos de credibilidad, ocupa el último puesto. ¿Qué ha pasado para que la Iglesia que cree haya dejado de ser creíble? ¿Cómo puede ayudar a creer y tener confianza una Iglesia sin credibilidad?

La crisis de la Iglesia es comprensible en una cultura “postradicional” como la nuestra, en la que se están disolviendo los vínculos con todas las grandes instituciones tradicionales. Pero, además, la profunda ruina actual de la credibilidad de la Iglesia, a pesar del nuevo papa, es debida a las enormes dificultades que está teniendo la institución eclesial para abrirse a las transformaciones radicales que los tiempos actuales le están exigiendo: democratización y desclericalización de todos los ministerios, descentralización de la autoridad, renuncia al monopolio de la verdad, aceptación del pluralismo a todos los efectos... Creo que es el Espíritu divino el que le está urgiendo a estas transformaciones, para que seamos sacramento de una nueva humanidad.

Es bueno seguir confesando la Iglesia, comunidad de creyentes, comunidad de comunidades, comunidad de iguales. La Iglesia que nos ha enseñado a rezar el Credo no como dogma rígido, sino como buena noticia dinámica y liberadora. La Iglesia que nos

precede y acompaña, que constituimos y nos engendra, que somos y nos hace ser. La Iglesia en la que estamos enraizados y cuyas viejas raíces queremos prolongar y transformar, pues son raíces vivas que nos hacen vivir. La Iglesia que se funda en Jesús, pero que el carismático e itinerante Jesús no dejó fundada y establecida. La Iglesia de Jesús que somos todos los creyentes, hombres y mujeres por igual, con pleno derecho evangélico y con plena responsabilidad. La Iglesia en la que circulan el Espíritu, el pan y la palabra, sin que nadie pueda erigirse en su dueño ni retenerlos para sí.

Creo en la *Iglesia santa*. Es santa porque la Bondad divina la habita y la ama, y es humilde tienda de la Presencia cálida del Absoluto que envuelve y habita el universo. Es santa como toda comunidad humana y como toda criatura, habitada y amada por el Amor. Es santa a pesar de todas las cruzadas, todas las inquisiciones y todos los horrores cometidos en ella, por ella. Es santa a pesar de toda la violencia, toda la mentira y toda la opresión que hay tanto en sus miembros como en sus estructuras. Es santa por el amor y la entrega oculta de innumerables hombres y mujeres de todos los tiempos. Es santa porque también con ella está el Misterio Santo que mora en todos los seres, la *Ruah* que santifica haciendo vivir.

Creo en la Iglesia *católica*, universal, amplia y sin fronteras. Una Iglesia que reconozca la presencia y la obra de Dios en el otro, el diferente: en cada iglesia con sus particularidades, en cada religión con su irreductibilidad, en cada persona con su misterio inviolable que el Misterio Absoluto protege. Una Iglesia en la que se superen las fronteras entre “*judío y gentil, esclavo y libre, varón y mujer*” (Gal 3,28), donde nadie se haga llamar *padre, maestro* o *señor*, donde todos sean *hermanos* (Mt 23,8-10). Una Iglesia que no quiera imponerse. Una Iglesia que renuncie a erigirse como institución monolítica. Una Iglesia que sea alternativa de humanidad desde el diálogo, no se sienta amenazada en un mundo hostil y evite encerrarse o convertirse en secta y ghetto. Una Iglesia abierta y sin miedo, fiel al Espíritu libre de Dios. ¿Quieres ser Iglesia de esta manera y contribuir a que lo sea?

## La comunión de los santos

“La comunión de los santos” puede ser aposición o explicitación del artículo precedente del Credo: *Creo en la Iglesia, que es comunión de los santos*. O puede constituir un nuevo “artículo de fe”: *Creo en la Iglesia y en la comunión de los santos*. El sentido de fondo no varía sustancialmente. La *comunión* define y constituye a la Iglesia, pero la *comunión* es un misterio más originario y englobante, el Misterio divino como tal.

El término *koinonía* posee ya desde los orígenes cristianos cuatro sentidos íntimamente ligados: la comunión que es Dios y en el que comulgamos (sobre todo en la eucaristía), la comunión fraterna, la comunión de las Iglesias, la comunión de los vivos con los difuntos. La *comunión de los santos* es la mejor definición de la Iglesia, pero es también un bello nombre de la Realidad Primera y Última, Dios, y de nuestra relación con Ella, y es la vocación de todos los vivos más allá de la muerte. La *comunión* es la mejor definición del ser y de la vocación profundo de todo cuanto es.

Creemos en Dios como Fuente y Océano de toda comunión. Dios como Misterio de Comunicación, cálida Relación de distintos y de iguales, pura Reciprocidad de alteridad y de respeto en el corazón de todo cuanto es. Dios con el que comulgamos cuando respiramos, bebemos, comemos y nos amamos. Dios que comulgamos en el pan y el cáliz, cuando hacemos presente la memoria de Jesús, nos abrimos a su esperanza y celebramos la vida.

La Iglesia que somos es fundamentalmente eso: *comuni3n* de hermanos y *comuni3n* de comunidades. Compartimos la fe y las dudas, compartimos la esperanza y los des3nimos, compartimos la palabra, compartimos el pan. Somos Iglesia y comulgamos con la Vida de Jes3s en la exacta medida en que contribuimos a que se realice en el planeta una comunidad real de todos los vivientes. “*Cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos m3s peque1os, conmigo lo hicisteis*” (Mt 25,38).

Y creemos que la comuni3n no se interrumpe con la muerte. Nacemos de una relaci3n, vivimos gracias a la relaci3n y, cuando morimos, nacemos –en una forma misteriosa que no podemos imaginar– a la verdadera Relaci3n de todos los seres en la Memoria y el Coraz3n universal que llamaos Dios. En la Memoria y el Coraz3n de Dios, seguimos acompa1ando, amando y orando a los difuntos. En la memoria y el coraz3n silencioso de Dios, los muertos nos siguen acompa1ando, hablando y animando. Vivimos en la gran “intercesi3n” de vivos y muertos.

## **El perdón de los pecados**

*Pecado y perdón.* He aquí dos términos correlativos ligados a un sinfín de equívocos fatales. Desde los orígenes de nuestra historia, los cristianos venimos confesando el perdón de los pecados, pero creo que el lenguaje y la disciplina misma “penitencial” han sido obstáculos radicales para una fe real en el perdón. Pues hemos entendido el pecado y el perdón en el registro jurídico-moralista de la culpa, y en ese registro no es posible creer en el perdón. Hemos entendido el pecado en términos de infracción de leyes divinas y de ofensa de un “Dios”, supremo legislador. Y, en la misma perspectiva, hemos entendido el perdón (e incluso la salvación, redención...) en clave jurídica como “absolución de una culpa”, ligada por lo demás a todo un ritual penitencial y expiatorio. De esta manera se deforma de raíz todo el Evangelio de Jesús.

Miremos a Jesús. Nunca exige “confesión” de pecados, nunca pronuncia absoluciones de culpa, nunca exige rituales de expiación. No trata a los “pecadores” como culpables, sino como enfermos. Y los acoge. Y así los regenera. Ahí está la clave. ¿Qué es, pues, el “pecado”? Es el daño que hacemos y nos hacemos, reconocido “ante Dios”. Pero “Dios” no es un juez severo, tampoco es un juez clemente. Es el Amor que crea y regenera. A nadie mira con el prisma de la culpa. A nadie pide cuentas. A nadie castiga. A nadie condena. Es pura compasión con el herido, incondicional compañía del extraviado. Es pura acogida. Su abrazo y su alegría transforman al herido que somos, lo

hacen capaz de curación para sí y para los demás. Ése es el Dios de Jesús. Y su “perdón” no es más que el don de sí redoblado.

Lo expresó de manera espléndida Juliana de Norwich, mística inglesa del s. XIV escribe: “Él mira el pecado como tristeza y sufrimiento de sus amantes, a los que por amor no atribuye ninguna culpa”. Y también: “Su paz y su amor están siempre con nosotros, viviendo y trabajando, pero nosotros no siempre estamos en paz y amor”. Y también: “Nuestro Señor no puede perdonar, porque no puede estar airado –eso le es imposible–”. Ahí sí se supera radicalmente el registro de la culpa y del “perdón de la culpa”. ¡Ojalá lo experimentemos!

Y ¿cómo podemos creer verdaderamente en el “perdón” —la compañía, la acogida, el dulce consuelo— que es “Dios” si no perdonamos o, al menos, no deseamos sinceramente perdonar a todo aquél que nos ha hecho daño? Necesito profundamente ser perdonado, y el otro necesita también ser perdonado tanto como yo. Perdonar es mirar al pasado sin amargura ni vergüenza, es mirar al futuro sin miedo ni rencor. Perdonar es sobreponerse al mecanismo que nos lleva a regodearnos en nuestra propia herida o en nuestra culpabilidad. Perdonar es reconciliarnos con la debilidad o la angustia que nos ha llevado a hacer daño. Perdonar es reconciliarnos también con la herida que hemos sufrido, aun cuando a veces pueda llegar a ser irreparable. Perdonar es regenerar y regenerarnos, curar las heridas de la vida. Si perdonamos así, encarnamos el Misterio de la Vida, Dios.

## La resurrección de los muertos y la vida eterna

El que cree en Dios como Misterio de la Vida no se resigna a que con la muerte física se acabe el milagro de ser y de vivir. El que cree en el Padre/Madre de cuanto es no puede creer que esta creación maravillosa se encamine a la pura extinción. Cree más al ángel de la Pascua: “¡No está aquí!”.

No esperamos la muerte, sino la vida nueva y plena. No esperamos el fin del mundo, sino la recreación de todas las cosas. Esperamos el “arribo de la muerte a la vida, de lo visible a lo invisible, de la oscuridad moral a la luz eterna de Dios” (H. Küng). Esperamos las “bodas”, el “banquete”, el “paraíso”, la “nueva Jerusalén”, el “cara a cara con Dios” o con la Vida con todos sus colores, el “disfrute” pleno de Dios o de la Vida, libres de la cárcel de la individualidad.

Y lo esperamos para todos. Sólo podemos esperar para todos. Porque creemos más en el poder de la ternura divina que en el poder de nuestros miedos y mecanismos mortales. La última palabra será: “*El Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo*” (2 Cor 1,3). Al final será el principio. Al final será “Dios”. “Será nuestro sábado, cuyo fin y término no será la noche, sino el día del domingo del Señor (...). Allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos” (San Agustín). Celebraremos la Vida.

En esa esperanza seguimos padeciendo y disfrutando la vida. “*El Espíritu y la Esposa dicen: ‘¡Ven!’*” (Ap 22,17). ¡Que se revele el futuro en nuestra vida! ¡Que

nuestra vida anticipe el futuro! El presente no basta, pues hay en él demasiadas lágrimas y gritos. Y suspiramos por la dicha y el descanso de toda la creación: “¡Ven, Señor!”.

El Espíritu y la Esposa al unísono y en diálogo. Es el latido, el pulso, el ritmo del ser, de la historia universal con su incierto drama. También de tu pobre ser, con tus heridas y tus anhelos.

El *Espíritu*. La compañía, la comunión, la *paráklisis*, la solidaridad, el consuelo del Amor. Dios mismo presente y orante, Dios que goza y gime en el corazón de todo ser humano, de todo ser viviente, de toda criatura grande y pequeña, de las galaxias inmensas y de las partículas ínfimas. Y la *esposa*. La esposa de Dios esposo o el esposo de Dios esposa. La comunidad de los creyentes en su diversidad insoslayable, la fraternidad y sororidad universal de hombres y mujeres, la gran comunidad de todos los seres, cada criatura amada por el Amor en su secreto singular. El mundo inmerso en el deseo, el amor y la pasión de Dios por la nueva creación.

La Iglesia confiesa y vive, espera y lucha suplicando: “¡Ven, Señor!” Pero la Iglesia ora haciéndose solidaria, portadora, del gemido y de la súplica de todos los seres humanos y de todas las criaturas. Y el Espíritu o la *Ruah* divina gime y ora en el corazón de la Iglesia y de todos los seres, como compañero y compañera de camino, de exilio, de esperanza. El Espíritu o la *Ruah* divina, alma de la Iglesia y de la creación entera, se une a ellas en la misma súplica: “¡Ven! ¡Que se cumpla la esperanza mesiánica! ¡Que se realice la liberación universal! ¡Que Dios sea todo en todas las cosas y todos los seres sean totalmente en Dios!”.

## Amén

Entonces Jesús será verdaderamente Cristo. “Dios” o Lo Real será todo en todas las cosas. Será esposo y esposa, amigo/a y amante para toda la Creación. Y todas las criaturas seremos plenamente en “Dios” o Lo Que Es. Sólo entonces podremos decir el *Amén* del Credo. La vida misma, la Creación entera, será un gran “canto de sí y de amén”.

Pero también entretanto decimos *Amén* cada vez que rezamos el Credo o cada vez que oramos. Y a veces, cuando no acertamos a decir otra cosa y no podemos más, también decimos *Amén*.

Sí, podemos decir *Amén*, pues Dios o Lo Real nos ha dicho *Amén* “desde siempre”. Podemos decir *Amén* al Credo, a la vida, a Dios, porque Dios nos está diciendo sin cesar *Amén*.

*“Sí, estoy a punto de llegar”. “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20).*

A nosotros nos toca hacer lo que podamos para “hacerlo llegar”, es decir: para que se cumpla la esperanza que él anunció y vivió.

## ÍNDICE

A modo de presentación. Un balance..... 2

### **CAPÍTULO 1: Otro paradigma para el cristianismo**

50 años después... ..	8
Paradigma viejo, paradigma nuevo.....	11
Cristianismo en un paradigma ecológico.....	14
Neuroteología.....	17
La religión y las creencias.....	20
¿Hacia el fin de las religiones?.....	22
¿Predecir o preparar?.....	24
Es hora de reinventar.....	26

### **CAPÍTULO 2: El papado prisionero del poder absoluto**

El papado, un atolladero.....	29
La renuncia de Benedicto XVI.....	31
Al papa Francisco.....	34
100 días de papado.....	37

### **CAPÍTULO 3: Conversaciones sobre la vida, la teología, la iglesia**

Una Iglesia inmóvil en un mundo que cambia.....	42
Sobre la situación de la Iglesia.....	44
Iglesia, fe, teología.....	53

Sobre el papa Francisco.....	66
------------------------------	----

#### **CAPÍTULO 4: El Credo en el que creo**

Rezar el Credo de otra manera.....	76
Creo.....	80
En Dios.....	82
Padre.....	87
Todopoderoso.....	89
Creador de cielo y tierra.....	91
Creo en Jesucristo.....	93
Su único Hijo, nuestro Señor.....	96
Fue concebido por obra del Espíritu Santo.....	98
Nació de Santa María Virgen.....	100
Padeció bajo el poder de Poncio Pilato.....	102
Fue crucificado.....	104
Muerto y sepultado.....	106
Descendió a los infiernos.....	108
Al tercer día.....	110
Resucitó de entre los muertos.....	113
Subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso.....	116
Desde allí ha de venir.....	119
A juzgar a vivos y muertos.....	121
Creo en el Espíritu Santo.....	123
La santa Iglesia católica.....	126
La comunión de los santos.....	128

El perdón de los pecados.....	130
La resurrección de los muertos y la vida eterna.....	132
Amén.....	134





MoreBooks!  
publishing



# yes i want morebooks!

Buy your books fast and straightforward online - at one of world's fastest growing online book stores! Environmentally sound due to Print-on-Demand technologies.

Buy your books online at

**[www.get-morebooks.com](http://www.get-morebooks.com)**

¡Compre sus libros rápido y directo en internet, en una de las librerías en línea con mayor crecimiento en el mundo! Producción que protege el medio ambiente a través de las tecnologías de impresión bajo demanda.

Compre sus libros online en

**[www.morebooks.es](http://www.morebooks.es)**



VDM Verlagsservicegesellschaft mbH

Heinrich-Böcking-Str. 6-8  
D - 66121 Saarbrücken

Telefon: +49 681 3720 174  
Telefax: +49 681 3720 1749

info@vdm-vsg.de  
www.vdm-vsg.de

